



UNIVERSIDAD
DE CHILE

Instituto de la Comunicación e Imagen
Magíster Comunicación Política

INTERPRETACIONES INTELECTUALES SOBRE LA ETAPA POS-TRANSICIÓN EN CHILE (2014-2016)

Javier Ignacio Cifuentes Ovalle

Tesis para optar al grado académico de Magíster en
Comunicación Política

Profesor guía: Carlos Ossandón Buljevic

Santiago de Chile
Diciembre, 2017.

Índice

1. Problematicación	3
2. Marco Teórico.....	6
a) Intelectuales y poder interpretativo	6
b) La trayectoria histórica del intelectual en el país	14
c) Relato y Construcción Simbólica del Tiempo Político	18
d) Cambio de ciclo político	22
3. Marco Metodológico	24
4. Análisis de los textos	29
a) Etapa Pos-transición	29
b) Malestares, Clases Medias y Modernización.....	41
c) Intelectuales y sectores ideológicos	56
5. Conclusiones y Palabras finales	87
6. Referencias Bibliográficas	102

1. Problematicación

Es evidente la mutación del «nuevo espacio público» (Ferry, Wolton et al, 1998). Algunos describen este proceso como de «mediatización de la política» (Arancibia, 2006), el *homovidens* (Sartori, 2008) o la democracia de audiencias (Manin, 2006). Algunos se aproximan a esta transformación de manera optimista (Wolton, 1998; Marín y Cordero, 2009) mientras otros de manera crítica (Sartori, 2008; Bourdieu, 2010).

Nos interesa enmarcar esta tesis de magíster en torno al concepto de **comunicación política** que ofrece Lechner (1984), ésta, a diferencia de la **información política** se enfoca en los símbolos y los códigos interpretativos que acompañan la convivencia social. En vez de reducir y almacenar la realidad social como la hace la informática, la política despliega la realidad. Es en este sentido que este trabajo quiere recalcar la importancia de (rescatar) la dimensión simbólica, cultural y discursiva de la política.

Muchos estudios, publicaciones y reflexiones quedan restringidamente enmarcadas en la discusión sobre medios de comunicación y democracia. Mas, el aporte y el diálogo que los intelectuales tienen en democracia pareciera ser un tema, del cual si bien se conversa, no forma parte de una preocupación o debate amplio. Sin embargo, en los últimos años hemos podido verificar el esfuerzo de diferentes instituciones e investigadores por promover esta discusión. Podemos mencionar la revista Anales de la Universidad de Chile en su publicación número 9 del año 2015 sobre “El rol de los intelectuales públicos en la sociedad actual”, el libro de Sergio Micco “La política sin los intelectuales” (2014), el proyecto FONDECYT de Claudio Ramos iniciado el año 2012 sobre “Datos y relatos científicos que dan forma a la realidad social de Chile: Estudio de los entrelazamientos constructivos y performativos de la ciencia social” y los artículos en el libro “Produciendo lo social. Uso de las ciencias sociales en el Chile reciente” (2012), editado por Tomás Ariztía, en el que el editor junto a Oriana Bernasconi analizan las sociologías públicas y el cambio social de los años noventa y el mismo Ramos sobre los alcances performativos de los informes de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Para Garretón (2015) actualmente existe una ausencia de proyectos de sociedad tan presentes en la cultura política de los años que precedieron el Golpe de Estado de

1973. Hoy en día estos proyectos de sociedad, muchas veces, reciben el nombre de relato. Ramos (2012a) lo entiende como las “Construcciones narrativas de la ciencia social, elaboradas en perspectiva principalmente interpretativa y crítica, que proveen interpretaciones, evaluaciones y explicaciones de los procesos sociales”.

Antiguos y nuevos “intelectuales públicos” toman escena en el debate nacional. Columnistas dominicales de diarios de circulación masiva, como el caso de Carlos Peña acaba de publicar el libro “Lo que el dinero sí puede comprar” (2017) o el sociólogo Pedro Morandé que vio re-editada este año libro “Cultura y Modernización en América Latina” (publicado inicialmente en 1984) por el Instituto de Estudios de la Sociedad (IES). Mismo año que la Universidad Católica ofrece una edición de algunas de sus publicaciones en “Textos sociológicos escogidos”. A finales de este año, 2017, se acaba de publicar el libro “La derecha perdida. Por qué la derecha en Chile carece de relato y dónde debería encontrarlo” de Valentina Verbal poniendo el énfasis precisamente en los proyectos intelectuales y políticas presentes en el país.

Las intervenciones de los intelectuales públicos tienen diferentes registro, público y tema. Algunas abordan el Chile de la transición, el tipo de modernización concertacionista. Otras intentan dilucidar avances y retrocesos, diagnósticos y propuestas sobre políticas públicas sectoriales (educación, pobreza, salud, vivienda, etc.). Algunos de ellos se componen de una batería de evidencia científica, en otros el carácter de ensayo es el que prevalece. En algunos casos estos documentos son elaborados por equipos con identidad institucional (PNUD), un coordinador y varios autores o simplemente un autor (que podría ser identificado como intelectual público).

Desde antes del 2014 se vienen publicando libros y artículos (ensayos e investigaciones empíricas) sobre esta realidad política del país. En dichas elaboraciones existen muchas maneras de nombrar este proceso democrático: nuevo/cambio ciclo político, politización, malestar, pos-transición, etc. Las interpretaciones sobre este nuevo ciclo son diferentes, y entran en pugna según los conceptos, fechas (hitos) y actores colectivos que se identifiquen para este nuevo paisaje político. Estos relatos e interpretaciones se complementan con los desarrollados durante los '90 y 2000 por intelectuales y sociólogos como Tomás Moulián, José Joaquín Brunner y Eugenio Tironi o los informes de Desarrollo Humano del PNUD.

En esta investigación, en particular, nos interesa analizar las interpretaciones de intelectuales públicos sobre el acontecer político reciente, en específico lo que algunos han llamado etapa pos-transición o “nuevo ciclo político”. Hemos seleccionado interpretaciones intelectuales del periodo 2014-2016 por ser acotado, tener como referencia el inicio del gobierno de la Nueva Mayoría liderado por Michelle Bachelet y estar un tiempo distanciado del 2010-2011, años que tuvieron como eje el retorno democrático al gobierno por parte de la derecha y, por otro lado, el movimiento social-estudiantil.

No podemos descuidar la dimensión de lenguaje, palabra, interpretación y relato desde la comunicación política. Coincidimos con el diagnóstico de la ausencia de códigos interpretativos para nombrar los cambios en la cultura política: “La política enfrenta un gran desafío cultural: nombrar e interpretar los cambios sociales en curso” (Lechner, 2002, p. 118).

2. Marco Teórico

A continuación se revisarán las 4 constelaciones conceptuales y teóricas que permiten establecer el marco bibliográfico de esta investigación. Para aquello comenzaremos con una a) revisión conceptual acerca de los intelectuales públicos; b) el quehacer y escenario intelectual de las últimas décadas en el país; c) los relatos como construcción simbólica del tiempo social y político y, finalmente, d) el (nuevo) ciclo político.

a) Intelectuales y poder interpretativo

Más allá del declive y crepúsculo que algunos vaticinan para los intelectuales, tenemos cuatro maneras de aproximarnos al fenómeno de los intelectuales. La primera plantea que una teoría sobre los intelectuales debe centrarse en la época histórica y la función intelectual que se cumple. Es decir, según la etapa histórica de la humanidad que se contemple, habrá una manera de ser intelectual (sabio, escritor, sacerdote, por ejemplo). Desde Platón que los filósofos están preocupados de lo que hacen y deben hacer, y de cómo sus ideas inciden (o no) en las conductas humanas. Una segunda manera, sociológica-económica, dice relación con la clase social que significa ser intelectual, su relación con el poder y su función como productores de ideologías en las luchas de hegemonía por la sociedad.

Estas dos primeras son las que Norberto Bobbio identifica en 1998, pero el trabajo de Brunner y Flisfisch en 1983, además de la tradición gramsciana (o sociológica-económica, donde también se encuentran Poulantzas, Larson y Debray), logra reconocer dos más. Por tanto, existe una tercera interpretación que se asocia al intelectual desde la cultura (ya no desde la política y el poder como la visión anterior). Esta perspectiva desarrollada, de manera un tanto implícita, por Max Weber Frank Parkin y Alwin Gouldner definiría a los intelectuales como aquel:

Grupo que ejerce estrategias colectivas destinadas a monopolizar ciertos medios materiales y simbólicos que, una vez legitimados socialmente, confieren a este grupo privilegios especiales y lo transforman en estratos relativamente homogéneos. Su posición y lenguaje diferencial en la cultura expresan su

situación estamental que descansa, por la base, en la monopolización de ciertos medios constitutivos de un capital cultural. (Brunner y Flisfisch, 1983, p. 66)

Finalmente para Brunner y Flisfisch, existe una cuarta tradición que corresponde a las tesis de la elite modernizadora que presentan a la elite intelectual como aquel cuerpo autónomo que intenta modelar la sociedad a su imagen y semejanza que cuenta con instituciones intelectuales y académicas especiales acorde a las sociedades modernas y complejas: universidades, centros de investigación, publicaciones literarias y bibliotecas entre otros. En esta línea argumentativa uno podría encontrar a Edward Shils y Talcott Parsons.

Este estudio está enfocado en los últimos dos concepciones intelectuales, es decir aquellos relacionados con la cultura. Las dos primeras tienen enfoque histórico y la segunda sociológica-económica.

Podemos ver que no sólo existen diferencias en la manera de aproximación que se tiene con los intelectuales. También, no existe una gran y única tipología sobre los distintos tipos de intelectuales. A la clásica distinción propia del sentido común sobre técnicos y humanistas, se suma la concepción gramsciana sobre intelectual tradicional y orgánico, y la que Bobbio identifica entre ideólogo y experto.

Para Bobbio los intelectuales detentan el poder ideológico, es decir, aquel poder que “se ejerce sobre las mentes a través de la producción y la transmisión de ideas, símbolos, de visiones de mundo y de enseñanzas prácticas, mediante el uso de la palabra” (1998, p. 17). Este poder ideológico depende estrechamente de las características del hombre, por sobre otra especie animal, precisamente por el habla. Si el poder ideológico es aquel que “controla” las mentes, el poder político lo hace sobre los cuerpos y el económico sobre los bienes materiales. Cada época cambia en función de alianzas, oposiciones y autonomía con respecto a estos poderes.

Los intelectuales, seguiría el politólogo italiano, en otros tiempos se han llamado: sabios, eruditos, *philosophes*, literatos, escritores, o en sociedad altamente religiosas: religiosos, sacerdotes, clérigos. En este tiempo moderno, las sociedades y democracias son complejas y pluralistas por lo que el poder ideológico está fragmentado y disperso en distintos actores, instituciones y símbolos por lo que cualquier discurso con pretensión global y de homogeneización que intenta predecir la muerte o las características esencialistas del intelectual no debiera ser tomado en consideración. En las sociedades

modernas aumentan los canales de comunicación, y por lo tanto el principal instrumento ideológico: la palabra, y más bien, las ideas a través de la palabra transcurre desde diferentes canales (y medios) de comunicación¹.

Como decíamos, Bobbio identifica al experto y al ideólogo como tipos de intelectual. Tal cual sale retratado en la Tabla N°1, el ideólogo sería aquel que elabora principios, ideas y guías generales sobre fines con una estrecha conexión con sus valores. Por su parte, el experto sería aquel que proporciona conocimientos técnicos para ámbitos específicos responsable de la consecuencia de los medios propuestos. Si la desviación del ideólogo es el utopista, el del experto es el técnico.

Tabla N°1: Tipos de intelectuales según Norberto Bobbio

Tipo de intelectual	Tipo de conocimiento	Tipo de ética "weberiana"	Distorsión
Ideólogo	Principios-guías: Ideas generales sobre fines. - Manipulador de ideas	- Acciones racionales según el fin. - Ética de la convicción: fiel a determinados principios cueste lo que cueste	Utopista: Absorto en el fin, descuida el medio.
Experto	Principios-medios: Conocimientos técnicos para ámbitos específicos. - Manipulador de datos	- Acciones racionales según el valor. - Ética de la responsabilidad: proponer medios adecuados y tener en cuenta las consecuencias que derivan de los medios propuestos	Técnico: Absorto en los medios, descuida el fin.

Fuente: Bobbio, 1998.

Si bien para Bobbio, tanto ideólogos y expertos son intelectuales, para otros par de autores no lo es. Ariztía y Bernasconi (2012) destacan que en los años ochenta la discusión sobre los intelectuales se caracterizó por incorporar el concepto de "intelectual público":

Aunque redundante en su definición, la noción surgió para diferenciar la figura del intelectual de la figura del experto, que habría aumentado su relevancia en la

¹ En las ciudades griegas la fuerza de las ideas se revelaba a través de la palabra, la figura típica del intelectual era el orador y retórico. Con la imprenta pasó a ser el escritor, autor de libros y panfletos. En la modernidad ocurre un doble proceso: a medida que ocurría el fenómeno de la opinión pública también surgía la clase intelectual como tal. Se gestaron a la vez.

composición de la discusión pública, en un contexto de complejización del conocimiento, de crecimiento y diferenciación de audiencias y de diversificación de medios de comunicación. (p.135)

Por otra parte, para Garretón (2015), los expertos (similares, en nuestro país, al tecnócrata, consultor y asesor) aspiran a ser considerados parte del mundo intelectual y muchas veces lo invaden. Sin embargo, no pueden ser considerados como tal, pues si bien hacen sus aportes en sus respectivos campos de especialización, la función propiamente intelectual de pensar la sociedad es lejana respecto al conocimiento instrumental que producen.

Nos parece importante dimensionar adecuadamente la tipología de Bobbio. En sociedades altamente diferenciadas y complejas, los intelectuales-ideólogos pueden cumplir, a ratos, funciones técnicas. Los continuos y profundos procesos de modernización y diferenciación social han hecho que el intelectual-ideólogo no sea el portavoz unitario del cambio social, capital cultural y simbólica. Muchas veces comparten tribuna con otros intelectuales-técnicos como: periodistas, artistas, comunicadores, dirigentes sociales, deportistas, etc.

Siguiendo estos tres matices conceptuales al pensamiento de Bobbio nos quedaremos con la noción de “intelectual público”. De hecho, aunque él no lo mencione, podríamos ver que dicho énfasis por lo público está contenido implícitamente en sus delimitaciones cuando habla que una acepción razonable (ni tan amplia, ni tan estrecha) sobre intelectuales se refiere a la articulación entre política y cultura, “y dirige su pensamiento a las discusiones sobre ese tema, al compromiso, o no compromiso, a la traición o no traición, en resumen, a la tarea de los **intelectuales en la vida civil y política**” (1998, p. 62)

Antes de avanzar hacia una caracterización del “intelectual público” es importante estacar cuatro tensiones que Bobbio pone sobre la mesa en la discusión sobre intelectuales. Lo primero es que al intelectual habría que pedirle **independencia pero no indiferencia**: una fuerte voluntad de participar de las luchas políticas y sociales con la distancia crítica para no quedar atado a una parte. Esto supone una autonomía relativa de la cultura respecto a la política. Que el poder ideológico (formación de ideologías y producción de conocimientos) no quede supeditada por el poder político o económico. Caso contrario de esta autonomía son, por ejemplo, los autoritarismos.

Un segundo aspecto refiere a la **ética de los intelectuales**. Ésta transcurre entre dos polos: la traición y la deserción. En la primera el intelectual se pasa al enemigo mientras que en la segunda se abandona al amigo. Mientras en la traición se toma partido cuando la parte de la que uno se pone realiza mejor sus principios, en la deserción ninguna de las partes promueve los principios del intelectual. Por tanto el compromiso del intelectual se tensa entre ser parte de lugar equivocado (los poderosos, por ejemplo) y el no estar con la parte justa (los oprimidos, afligidos, etc.).

Un tercer factor a tener consideración es lo que el politólogo italiano llama el “**curioso desdoblamiento**”, pues, generalmente, sucede que el intelectual hablando sobre los intelectuales, se desdobra como si no perteneciera a aquel campo que está describiendo. De hecho, cuando se habla del tema de los intelectuales, el emisor ya es un intelectual (o al menos está ejerciendo dicha función en aquella oportunidad) pues, a diferencia de otras actividades, no todos hablan de los intelectuales. Sucede en salud, donde no sólo los doctores hablan de ella, o el deporte, donde el deportista es sólo uno más de los que opinan sobre el tema. De esta manera el ejercicio intelectual, es un ejercicio de autorreflexión.

Finalmente, la cuarta tensión, se asocia a dos confusiones que ocurren en estas circunstancias cuando se habla de los intelectuales. Lo primero es que los análisis pueden tomar un carácter **descriptivo** (sobre lo que son y lo que hacen los intelectuales) pero también uno de perfil **normativo**. El autor diría que muchas veces pretendiendo lo primero (descripción) se realiza lo segundo (prescripción), o viceversa². Una segunda confusión remite a que en torno a los intelectuales y la relación entre cultura y política, subyace una reflexión muy antigua y significativa sobre la **clásica discusión entre teoría y praxis**. Para él esto es importante, y pocos se dan cuenta, pues una consecuencia burda de esta confusión, por ejemplo, es que se piense que las ideas e interpretaciones son (absolutamente) independientes de quién la dice y en qué contexto, por lo que se puede incurrir en comparaciones y/o semejanzas poco afortunadas.

Intelectuales Públicos

² En el caso de esta investigación no podemos desconocer que estamos tensados por estas dos realidades. Si bien recurrimos a descripciones y caracterizaciones sobre los intelectuales, creemos no pecar de ingenuidad cuando reconocemos elementos normativos presentes también en este trabajo.

Hace poco más de una década, Michael Burawoy (2005), en ese momento Presidente de la *American Sociological Association*, instaló el concepto de “sociología pública”. Creía que dicha disciplina debía posicionarse en debate público como “defensa” de la sociedad civil, por sobre otros actores “colonizadores” como el Estado y el mercado. Si bien su tesis responde a una discusión sociológica, y en particular sobre Estados Unidos, bastante interesante, queremos tomar algunos elementos de su teoría para conceptualizar y caracterizar el carácter público del intelectual.

El sociólogo estadounidense elaboró la siguiente división del trabajo sociológico que se puede observar en la Tabla N°2. En ella se aprecia que la sociología pública es parte de una división más amplia del trabajo sociológico que incluye otras tres sociologías: práctica, profesional y crítica. Estas cuatro perspectivas sociológicas responden de manera diferente la pregunta *para quién y por qué*. Mientras la sociología profesional sería para una audiencia académica a través de un conocimiento instrumental, la sociología crítica lo sería como conocimiento reflexivo. Por su parte, mientras la sociología práctica tiene una audiencia extra-académica a través del conocimiento instrumental, la sociología pública lo sería a través de un conocimiento reflexivo.

Tabla N°2: División del trabajo sociológico

		Sociología ¿Para quién?	
		Audiencia Académica	Audiencia Extra-académica
Sociología ¿Para qué?	Conocimiento Instrumental	Sociología Profesional	Sociología Práctica
	Conocimiento Reflexivo	Sociología Crítica	Sociología Pública (Tradicional y Orgánica)

Fuente: Burawoy, 2005, p. 206

Para Burawoy, la sociología pública realiza una “doble conversación” pues pone a la disciplina “en conversación con los públicos a la vez que trata investigar cómo se

produce esa conversación” (2005, p. 202). La sociología pública “tradicional” se dirige a un público más bien invisible pues no produce mucha interacción. En este caso, se podrían ubicar los intelectuales que escriben en las páginas de opinión de los periódicos, por ejemplo. Pero también existe una segunda sociología pública, la “orgánica”, donde hay una conexión más evidente del intelectual con su público: “con movimientos laborales, con asociaciones vecinales, con comunidades de fe, con grupos a favor de los derechos de los inmigrantes, con organizaciones de derechos humanos” (2005, p. 202). La idea de revitalizar la sociología pública se entiende desde el diálogo y defensa de la sociedad civil, y no con el mercado o el Estado como sería el caso de la economía y la ciencia política, respectivamente.

Para el sociólogo estadounidense, estas sociologías no están exentas de formas patológicas. Ya sea por hipersensibilidad con su audiencia, práctica cognitiva o encaje en instituciones divergentes cada sociología desarrolla una patología distintiva. La sociología profesional con la auto-referencialidad, la práctica con el servilismo, la crítica con el dogmatismo. En el caso de la sociología pública esto se puede darse de la siguiente manera: como moda pasajera, tentándose a complacer y adular a sus públicos reduciendo a sus públicos a una especie de “vanguardismo intelectual”. Esta categorización nos amplía la noción del intelectual público. Mientras Bobbio ponía como distorsión al utópico en el caso del ideólogo, Burawoy plantea la hipersensibilidad al público, como patología.

Ariztía y Bernasconi (2012) plantean que el giro reflexivo de las ciencias sociales, en los setenta y ochenta, se reorientó desde la conceptualización del intelectual hacia explicaciones más relacionales, introduciendo la noción de campo del intelectual como nivel intermedio con la estructura y sobre la práctica de la intervención pública. Por tanto hubo una transición desde el análisis desde las características del grupo social intelectual hacia las propiedades del espacio intelectual, propiamente tal. En este sentido, Ariztía y Bernasconi, tomando el trabajo realizado por Eyal y Bucholz (2010) plantea que no sólo habría que hacer una “sociología de los intelectuales” sino que una “sociología de las intervenciones sobre lo público”. Esto significa que si la primera se enfoca en las características sociales del grupo intelectual que explica las lealtades que mantiene, la segunda “despersonaliza” el análisis de modo que más bien lo que importa es la capacidad de impactar en la esfera pública. Por tanto la unidad de análisis es el movimiento de intervención mismo. Por tanto “repensar el rol del intelectual en términos

de tipos de intervenciones implicaría multiplicar los formatos, dispositivos y prácticas clasificadas como intelectuales” (Ariztía y Bernasconi, 2012, p. 135) dando cabida a diversos conocimientos que logran incidencia en la esfera pública.

Sin embargo, es preciso decir que no nos interesa, en esta oportunidad, evaluar y escarbar el impacto en la esfera pública porque estaríamos indagando en el éxito o fracaso de ellos. Así como tampoco contamos con todo el espacio e implementos para medir dicho impacto (entrevistas, prensa, etc.) propios de FONDECYT. Sí nos interesa describir y conocer cuáles son las interpretaciones intervenciones de estos intelectuales sobre la situación política actual.

En resumen, podemos decir que los intelectuales públicos cumplen una labor ideológica-interpretativa en sociedades cada vez más fragmentadas, donde tienen una autonomía relativa con respecto a la política, con un compromiso por causas y grupos civiles y políticos con intervenciones en la esfera pública que no está exento de patologías y distorsiones.

Los intelectuales pueden ser analizados desde una perspectiva histórica, sociológica-económica y una cultural. En esta última podemos decir que se trata de un grupo que ejerce estrategias colectiva, medianamente concientes, por monopolizar medios materiales y simbólicos que conforman privilegios a través del capital cultural.

Intenta modelar a la sociedad (y política), cuenta con instituciones especializadas: universidades, centros de estudios, publicaciones literarias y bibliotecas. Para Bobbio, el poder ideológico que detentan, permite ejercer influencia sobre las mentes a través de la producción y transmisión de ideas, símbolos y visiones de mundo. En las sociedades modernas y complejas actuales el poder ideológico está disperso y fragmentado.

El intelectual puede ser dividido en los ideólogos y expertos. Los primeros, a quienes refiere esta investigación, elaboran principios y guías generales sobre fines, alejados (al menos de manera parcial) de un conocimiento instrumental.

Intelectuales públicos son aquellos que asumen tareas en la vida civil y política. Son cuatro las tensiones a las cuales se ven expuestos: independencia pero no indiferencia (autonomía relativa de la cultura respecto de la política), el lugar correcto (equivocado) y la causa (in)justa (deserción o traición), la autorreflexión y la confusión del carácter descriptivo y normativo del intelectual.

Siguiendo la clasificación de Burawoy entendemos al intelectual público como aquel que genera conocimiento reflexivo (no instrumental) para una audiencia extra-académica. Esto puede ser con o sin interacción directa con su público. Se trata, entonces, de intervenciones en público sobre lo público.

b) La trayectoria histórica del intelectual en el país

Reflexionando históricamente sobre la trayectoria intelectual de Chile, sobre todo desde las ciencias sociales, uno puede distinguir tres grandes etapas en la última mitad de siglo: la de los “largos años ‘60”, la dictadura y la vuelta democrática.

Siguiendo a Garretón (2015) podemos decir que la primera comprende de finales de los años '50 con la creación de instituciones de ciencias sociales hasta el golpe militar de 1973. En este momento la matriz sociopolítica estaba compuesta por una estrecha vinculación entre mundo intelectual y mundo de proyectos históricos políticos. Esto ayudó a, por un lado, elevar la relevancia del trabajo intelectual para los desafíos que la sociedad tiene, junto a, elaborar proyectos y programas políticas con fundamentación y rigurosidad. Teniendo como riesgo, a contracara, la subordinación del mundo intelectual al mundo político, transformándolo en lo mismo, contribuyendo a que el pensamiento crítico se banalice y los académicos terminen convirtiéndose en testigos de los procesos políticos y sistematizadores del discurso que se da en otro campo, el político.

El autor marca, sin embargo, una característica: “la ausencia de una intelectualidad de derecha o conservadora de presencia pública, excepto quizás en el mundo de la disciplina de la historia, ejemplificado en Mario Góngora, lo que refleja la falta de proyecto histórico de dicha derecha” (Garretón, 2015, p. 32).

Bajo la dictadura se produjo una desarticulación de estas atmósferas intelectuales, que llevó, primero a un retraimiento inicial, pero luego a la creación de espacios intelectuales parciales y alternativos (centros académicos independientes) y medios de comunicación (revistas y radios de oposición) llegando a ser productores y difusores, a la vez. Ocurrió la configuración de un nuevo mundo intelectual, con redes alternativas con identidades y perfiles claros, pero no individuales. A pesar de la represión y descomposición fragmentada entre sociedad y política la matriz sociopolítica se mantuvo:

hubo mayor autonomía entre los campos político, social e intelectual y menor fusión de sus lógicas aunque coincidieron en el objetivo de lucha: derrocar al régimen y aspirar a un régimen democrático. Los debates principales giraron en torno a: 1) Derechos Humanos, lo que supuso una renovación de la izquierda intelectual; 2) sobre todo en la relación entre socialismo y democracia; 3) y si el régimen militar se trataba solo de represión o constituía una refundación del orden económico, social y político del país; y las 4) estrategia(s) de transición para la restauración democrática³.

Sin embargo, argumenta el sociólogo, en la derecha se produjo un cambio significativo: por primera vez aparece un proyecto de derecha que no es defensa del *status quo*:

En el ámbito socioeconómico será el proyecto neoliberal propuesto e implementado por los ‘*Chicago Boys*’, que actuarán como los intelectuales del régimen, y en el ámbito político los sectores del gremialismo universitario, que darán origen no solo a la Constitución de 1980, sino al principal partido heredero de la dictadura. (Garretón, 2015, p. 34).

En el tercer periodo, con la llegada de la democracia el panorama intelectual cambió: 1) en el plano institucional los centros académicos y los medios de comunicación independientes se debilitan, la educación pública es sometida por los principios de mercado reduciendo la producción académica y despojando de preocupación central el debate en torno a la sociedad; 2) en el sistema mediático la deliberación argumentativa es paulatinamente reemplazada por una capa atmosférica de opinión alimentada por redes virtuales, que muchas veces generan una ilusión de ciudadanía por el solo hecho de emitir una opinión. El debate se concentra, entonces, en la defensa o ataque de las políticas públicas según sea el gobierno de turno o la interpretación de encuestas de opinión pública realizado por centros de estudios de mercado y/o medios de comunicación; 3) la configuración de un mundo intelectual caracterizado por la ausencia de una identidad común con diversas formas de adaptarse al poder y, la ausencia de un relato desde la esfera intelectual que contribuya a la conformación de un proyecto histórico de la sociedad chilena.

³ Garretón indica que este énfasis mermó otro asunto trascendental para la “nueva” democracia descuidado la naturaleza de ésta.

Para Garretón, las interpretaciones e imagen de sociedad predominante en términos de malestar y clases medias emergentes con desconfianza en la política y las instituciones no dan cuenta del problema de fondo:

La ausencia de un relato de la problemática histórica de una sociedad que se quedó sin proyecto después del término de la dictadura y la consolidación de un régimen de democracia incompleta, en la que los actores clásicos constituidos por la imbricación entre partidos y movimientos social han perdido la capacidad de acción histórica. (2015, p. 38)

Precisamente las multiformes protestas del 2006 y del 2011 en adelante pusieron en el debate los aspectos (aún) heredados de la dictadura en materia socioeconómica y modelo político. Antes de definir más precisamente lo que sería “el relato” no parece pertinente recoger un análisis sobre las narraciones sociales y públicas en nuestro país.

Si bien la investigación empírica de Ariztía y Bernasconi (2012) no trata sobre el panorama intelectual en general (como el caso de Garretón), sí realizan un análisis de los relatos de 4 sociólogos públicos en el Chile de los noventa: Eugenio Tironi, José Joaquín Brunner, Tomás Moulián y Manuel Antonio Garretón. En sus conclusiones se pueden encontrar algunas orientaciones en torno al tipo de intelectualidad pública y relato que presente en nuestro país:

1. El formato de la narrativa es de ensayo-crónica con análisis explícitamente incompletos y en proceso.
2. Los relatos sugieren interpretaciones de la sociedad en rápida configuración. Son narrativas que producen historicidad: “es decir, a proponer un ordenamiento de eventos de modo de generar densidad temporal sobre el presente y posibilitar la lectura de las coordenadas de lo social en un momento de rápida y profunda transformación” (Ariztía y Bernasconi, 2012, p. 159).
3. Los relatos se narran en la perspectiva de cambio social con un fuerte énfasis en la noción de modernidad y modernización
4. Es una sociología pública con componentes testimoniales y generacionales.
5. Proponen una reflexión acerca del papel de los intelectuales en las sociedades y sobre el relato mismo.
6. Muchas veces el relato es el mismo dispositivo productor del cambio (carácter performativo del relato) que contrasta con otras formas de intervención en el

espacio público como las encuestas y estudios de opinión que demuestran la complejización y crecimiento de esta misma esfera.

7. El autor juega un rol central en tanto han sido protagonistas de la historia reciente del país (empresa, gobierno, academia).

Para Lechner (2007) son 5 los desafíos que enfrenta el quehacer intelectual ante el nuevo contexto cultural y político. A continuación hacemos un reordenamiento afirmando que los tres primeros pertenecen a los cambios sociales en curso y los últimos dos con respecto al ambiente intelectual propiamente tal:

1. Complejización del debate en torno a la globalización. La experiencia en la vida cotidiana, así los procesos transnacionales son de un alcance pormenorizado. Por ejemplo, ya no se puede asumir el Estado-nación como supuesto tácito.
2. Nuevo contexto político democrático, donde predomina la ingeniería política (elección de autoridades, reorganización de instituciones) el trabajo intelectual debiera fortalecer la auto reflexividad de la sociedad y su desarrollo democrático
3. Clima cultural posmoderno que permite una pérdida de inteligibilidad erosionando los códigos interpretativos con los cuales estructuramos y ordenamos la sociedad afectando las estructuras comunicativas y, en particular, el debate público en tanto ámbito específico del quehacer intelectual. Este clima propiciado por la televisión y la informática poco tiene que ver con el ágora griega como lugar de deliberación ciudadana
4. Agotamiento de una sociedad Estado céntrica (donde el Estado era respaldo institucional y financiero de las ciencias sociales y la producción intelectual) hacia una sociedad de mercado (donde rige el criterio de utilidad y rentabilidad instalando el conocimiento instrumental por el gratuito) socavando la legitimación para nombrar el cambio social, y por lo tanto la función intelectual misma.
5. El papel y el ambiente intelectual no adelanta respuestas sin que se aborde su marco institucional tras el declive que significa las universidades masificadas y especializadas.

c) Relato y Construcción Simbólica del Tiempo Político

Una de las expresiones que adquieren las interpretaciones intelectuales es a través de lo que se podría denominar como “relato”. Estos, son construcciones simbólicas del tiempo político.

Como decíamos más arriba, para Garretón (2015) las interpretaciones sobre el malestar y la emergencia de diversas clases medias, no dan cuenta del tema de fondo: la ausencia de relato. Es cosa de ir un poco más en profundidad en el debate público actual para encontrar no sólo la tesis del cambio de ciclo político sino que justamente sobre el declive de relato. Ésta crisis puede ser definida para un conglomerado político en particular, el sistema político global, incluso para las diferentes elites que componen el escenario nacional (empresarial, eclesial, militar, mediático, etc.).

Funk (2011) señala que los relatos son mecanismos para simplificar ideas y narraciones complejas con ubicación en un determinado tiempo y lugar. Su estructura narrativa es una manera de “moralizar” acontecimientos, es decir, de darles sentido. El relato se trata de dar un marco y un esquema cognitivo para moldear visiones en común. Por tanto, los relatos, también entran en disputa, ya sea con otros relatos circundantes y con la interacción que produce con los receptores.

Pedro Güell (2009), recurriendo a conceptos propios de la sociología y antropología de los símbolos, mitos y rituales, elabora, en primer lugar, algo así como una “teoría de los relatos políticos” y, en segundo lugar, una hipótesis sobre el fin del relato de la restauración democrática que nosotros conectaremos, al final de este marco bibliográfico, con el cambio de ciclo político. A continuación ocuparemos las definiciones principales de Güell sobre relato y construcción simbólica del tiempo político.

Las sociedades necesitan cierta estabilidad para asegurar mínimo de continuidad y coherencia en el conjunto de las relaciones sociales. El tiempo, entonces, se convierte en un desafío para organizar las relaciones sociales. La sociedad posee mecanismos para crear tiempo. Mientras el cambio es una experiencia natural, el tiempo (significación de vínculos, continuidad y discontinuidad, antes y después) es una construcción social. La creación de tiempo se hace básicamente a través de la cultura:

“sistemas de significación relativamente compartidos que, por un parte, hacen predecibles los intercambios puntuales entre individuos y, por la otra, definen un sentido largo de continuidad para el conjunto de intercambios en un espacio dado o entre un conjunto dado de individuos” (Güell, 2009, p. 20).

a) Tiempo

La sociedad no sólo crea tiempo, también es resultado de relaciones de poder: lucha por la definición de los predomios entre los distintos ámbitos de intercambio: economía por sobre política y religión o viceversa.

Las sociedades tienen distintos relatos de tiempo: En la lavandería (“la ropa estará lista en 24 horas”), el matrimonio (“hasta que la muerte los separe”), la celebración del Bicentenario, una estrategia de desarrollo económico, etc. La construcción de sentido simbólico del tiempo es en la familia, política, religión, deporte, etc. En la mayor parte, los mecanismos funcionan de manera automática y a espaldas de las conciencias pero no basta con dotar de sentido cada ámbito por sí mismo (familia, trabajo, consumo, etc.) sino también es necesario saber hacia dónde marcha el conjunto y cómo contribuyen los esfuerzos particulares en cada ámbito a los objetivos generales del país.

En la política y actividad intelectual los mecanismos simbólicos de la creación del tiempo social son más concientes y reflexivos. Chile, por ejemplo, se ha construido con los materiales aportados por relatos intelectuales y políticos sobre el sentido de la marcha del tiempo. “Sin duda los relatos públicos y políticos sobre el transcurso del tiempo no son el único material ni tal vez el más importante, pero es uno indispensable en la compleja trama de la organización social” (Güell, 2009, p. 18).

Una manera de resolver el desafío de la construcción de sentidos de continuidad temporal es mediante símbolos, rituales y narraciones:

Elaboraciones acerca del sentido simbólico del transcurso del tiempo que contribuyen a articular biografías individuales con el orden social, el cambio de la sociedad con la pertenencia de los individuos a algo fijo, los sacrificios del presente con las plenitudes del futuro. (Güell, 2009, p. 17).

Cuando fallan en su capacidad para dotar sentidos creíbles de la marcha temporal de la sociedad se crean incertidumbres, pérdidas de confianza, y potenciales trastornos de las relaciones sociales, a la vez que se altera los recursos simbólicos que definen la distribución del poder. Tienen componentes mitológicos y modernos en tanto que “racionalizan la espera”, los relatos hacen creíble las promesas de que los sacrificios individuales serán recompensados gradualmente y no de una vez por todas. Los relatos estabilizan las relaciones sociales en tanto ajustan expectativas en la estructura de reciprocidad social de individuo y sociedad.

La noción de relato “de futuro” o “país” se han vuelto habituales en el lenguaje de la política, especialmente en aquellos interesados en aspectos comunicacionales del quehacer del Estado o de los partidos. Muchas veces se piensan como simples piezas publicitarias opcionales. Sin embargo se necesita una imagen algo más fina de la función social de las narraciones e imaginarios públicos sobre el sentido del tiempo. Una sociedad sin relatos de tiempo se convierte en sociedades sin sujetos, es decir, sociedades donde el actor del poder no requiere dar la cara ni pronunciar la palabra en el espacio público.

Una teoría de los relatos del tiempo social, que es lo que desarrolla el sociólogo chileno, supone que son más que una ideología, en tanto que no son justificación ni escamoteo de intereses, además que la vinculación entre temporalidad micro individual y la macro social es real y tensa, pero nunca mecánica o fija. Además, dota de sentido las postergaciones y esperas aspirando a vincular y justificar tanto las renunciadas y postergaciones personales con las esperas. Por último, no puede desconocer la historia previa de relatos y símbolos. La idea de la reconstrucción democrática se diferenciaba sustancialmente de la imagen de pasado autoritario.

No suele ocurrir históricamente que las tendencias encuentren acople perfecto. Sociedades altamente complejas ensayan relatos, a veces de manera muy espontánea, que actores sociales no manejan y que son cada vez más autónomos, pues producto de la secularización y surgimiento de centros plurales de poder se hace cada vez más intensa la diferenciación de la sociedad y la individuación. “En el caso específico de las sociedades modernas puede ocurrir que aquello que la sociedad justifica como desarrollo, crecimiento, reforma, gradualidad, los individuos pueden experimentarlo como frustración, denegación o postergación” (Güell, 2009, p. 25). El malestar subjetivo y malestar de la

cultura se puede entender como contrapartida de la necesidad que tiene la organización de la sociedad por postergar la satisfacción de los deseos a nombre del futuro.

b) Relato transición democrática

La tesis de Güell es que el relato hegemónico de "la transición y consolidación de la democracia" llegó a su fin. Comenzado a mediados de los '80, ya a mediados del '2000 se comenzaron a ver rasgos significativos de resquebrajamiento final. Dicho relato ya no basta para dar sentido para las relaciones e intercambios sociales, pues los bienes a ser cumplidos son distintos a los del relato anterior: El futuro prometido en el relato de la transición se hizo pasado quedando "huérfana" una nueva construcción simbólica del tiempo político.

¿Por qué el relato de la transición democrática ya no es suficiente para fundar un futuro con sentido y un presente con legitimidad? En primer lugar, el miedo mítico perdió su valor. El conflicto y las expresiones de diferencias producen cada vez menos medio. Aunque históricamente en el país esto ha sido alto, distintos antecedentes demuestran su significativa reducción en el último tiempo. Por tanto se relativizó el propio punto de partido al mito del miedo al conflicto. En segundo lugar, estamos viviendo una aceleración enorme de la tendencia a la individualización de las personas. Si el Estado se encargó de organizar el tiempo político, el mercado lo hizo con el de las biografías individuales. La autoconfianza individual creció con el consumo y mercado, pero la autoconfianza como ciudadano disminuyó: hay un temor hacia sí mismos: "Ahora las personas reales se piensan a sí mismas más desde el consumo que desde la política, y desde ahí su propia ciudadanía política no les hace sentido" (Güell, 2009, p. 33). En tercer lugar, se estableció una desconfianza a la propuesta social de reciprocidad. La experiencia de la desigualdad produce gran daño social. Hoy día hay menos piso a la expectativa de la reciprocidad colectiva en que se fundan los relatos de futuro. Los sacrificios no tienen justificación y se experimentan como abuso. "Está cambiando el tipo de desigualdad que importa. Hoy parece importante menos la distribución cuantitativa de los bienes que la distribución cualitativa de las dignidades" (Güell, 2009, p. 33).

Por tanto, las nuevas entidades se ven contradichas: la clase media ha experimentado fuerte movilidad pero ven que tiene un techo en una distancia irremontable entre ellos y la elite. Así como lo que ocurre en la política se organiza a manera de auto

reproducción y beneficio propio de la clase política. El fundamento de poder de la elite parece arbitrario.

La pérdida de eficacia del relato no tiene que ver con su incapacidad por cumplir su promesa, sino precisamente por lo contrario: porque en buena parte su promesa está cumplida. Articuló individuo y orden, pasado, presente y futuro, sacrificios y recompensas. También dio origen a cosas contradictorias: miedo al desorden y, también, autoconfianza; reciprocidad y desigualdad; primacía del orden y afirmación de la autonomía individual. En el límite de su éxito, cual estricta dialéctica, el relato ha producido su propia negación: “el relato de la consolidación de la democracia ha dado origen a experiencias, identidades y demandas que ya no pueden ser ni reconocidas ni satisfechas por él” (Güell, 2009, p. 34). Se requiere un nuevo relato de futuro. No solo para aplacar inquietudes, sino para hacer posible el desarrollo económico, política y cultural del país.

c) Desafíos de un nuevo relato

¿Qué elementos podrían esgrimirse como problemáticos para constituir relato? En primer lugar, el orden al que refiere la política (estatal-nacional) ha adquirido una distancia muy amplia (simbólica y material) respecto de los órdenes en los cuales los individuos organizan los tiempos y sacrificios que les hacen sentido. Por lo mismo, en segundo lugar, el contexto cultural no es propicio para elaboración de narrativas hegemónicas: el tiempo del individuo es “presentista” y, son muchos, y distintos, los voceros del futuro. Compuesto, muchas veces, por temporalidades, contradictorias.

d) Cambio de ciclo político

Finalmente, la última constelación teórica que revisaremos es la de “ciclo político”. Este concepto está aparentado al de etapa pos-transición pero como este último no tiene fundamentación nos gustaría comenzar la discusión ciclo político, que a pesar de poseer bibliografías extensas y vastas, uno puede rastrear ciertas definiciones a partir de la reflexión nacional.

Con Hidalgo (2013) podemos decir que, para algunos, los ciclos políticos están asociados con los ciclos económicos y electorales. Es decir, los ciclos políticos

dependerían (casi) únicamente de las variables de la economía nacional o los procesos electorales propios de las democracias. Una segunda manera de entender los ciclos políticos es a través de los regímenes políticos, es decir un ciclo político es nuevo en la medida que el régimen político también es nuevo (podría ser el caso de Chile el año 1990). Una tercera manera, en la cual Hidalgo registra a Garretón (2010), dice relación con la interrelación de más de un ciclo político. Para Garretón, en los últimos años hemos vivido bajo dos ciclos. El primero relacionado al ciclo del proyecto democratizador de la Concertación que se acabó la segunda mitad del primer gobierno de Michelle Bachelet. El segundo ciclo, con la asunción en el poder de la derecha, mediante Sebastián Piñera, después de 50 años sin saber de triunfos electorales en periodos democráticos.

Nos interesa, más que la extensión o clausura de los ciclos de las coaliciones políticas (como lo puede ser Garretón) y más que la simbólica de las elites (que le interesa a Hidalgo), entender los ciclos políticos desde la convivencia democrática de todo el espectro político. Ottone (2014) define el cambio de ciclo político actual como el:

Agotamiento de un pacto explícito o implícito de convivencia política, donde se funcionaba a través de una relación de conflictos y acuerdos en base a reglas y fronteras de alguna manera aceptadas, dentro de un marco compartido con mayor o menor entusiasmo, en el cual había una especie de sentido común de cómo funcionaba la política y se tomaban las decisiones. (p. 170)

La perspectiva de Ottone añade un elemento que nos interesa considerar. Más que hablar tajantemente de “inicio” y “término” de ciclo político (conceptos que de todas maneras utiliza) habla de “cambio” de ciclo. Creemos que esta última acepción es más asertiva pues plantea el ciclo político como un multiproceso que no está definido completamente por su clausura, declive o muerte del ciclo. Consideramos, en esta investigación, que es una variedad de hitos y sucesos los que develan el “agotamiento” del pacto de convivencia política y que no es posible, ponerle una fecha exacta de término de ciclo y de inicio de otro.

3. Marco Metodológico

1) Pregunta de Investigación y Objetivos

Pregunta de investigación

- ¿Cuáles son las principales categorías que la reflexión intelectual utiliza en la esfera pública entre el 2014 y el 2016, para analizar y describir la etapa pos-transición en Chile?

Objetivo General

- Identificar las principales categorías que la reflexión intelectual utiliza en la esfera pública entre el 2014 y el 2016, para analizar y describir la etapa pos-transición en Chile.

Objetivos Específicos

- Identificar los principales conceptos en torno a malestar y modernización que la reflexión intelectual utiliza en la esfera pública entre el 2014 y el 2016, para analizar y describir la etapa pos-transición en Chile.
- Identificar los principales conceptos en torno a tensiones y desafíos intelectuales que la reflexión intelectual utiliza en la esfera pública entre el 2014 y el 2016, para analizar y describir la etapa pos-transición en Chile.
- Identificar las principales características y definiciones de lo que se puede denominar etapa pos-transición por parte de la reflexión intelectual utilizada en la esfera pública entre el 2014 y el 2016.

2) Metodología utilizada

Para la elaboración de esta tesis se realizaron 5 etapas que van desde la selección de libros hasta el redacción de las principales ideas y conclusiones vertidas por los autores.

a. Selección de libros

- i. Carlos Ruiz. 2015. "De nuevo la sociedad". LOM Ediciones / Fundación Nodo XXI
- ii. José Joaquín Brunner. 2016: "Nueva Mayoría, fin de una ilusión" Ediciones B.
- iii. Daniel Mansuy. 2016. "Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición". Instituto de Estudios de la Sociedad.
- iv. Hugo Herrera. 2014. La derecha en la Crisis del Bicentenario. Universidad Diego Portales

b. Confección de fichas de lectura

c. Elaboración de categorías comunes según el contenido de los textos

- i. Transición
- ii. Nuevo Ciclo Político
- iii. Malestar
- iv. Clase media
- v. Modernidad y Modernización
- vi. Actores Democráticos
- vii. Izquierda y socialismo
- viii. Centro Político
- ix. Derecha
- x. Intelectuales
- xi. Concepciones sobre política

d. Agrupamiento de categorías

- i. Etapa Pos-Transición
 - ✓ Agrupa Transición y Nuevo Ciclo Político
- ii. Malestares, Clases Medias y Modernización
 - ✓ Agrupa Malestar, Clase Media y, Modernidad y Modernización
- iii. Intelectuales y Sectores Ideológicos

✓ Agrupa Actores democráticos, Izquierda y Socialismo, Centro Política y Derecha, e Intelectuales.

iv. Categoría omitida: Concepciones sobre política

e. Análisis y redacción

3) Técnica y procedimiento para el análisis de la información

Análisis de contenido. Luego de revisar el material y la información (los libros seleccionados) se elaboran categorías inductivamente que agrupaban temáticas comunes entre las distintas afirmaciones de los autores.

4) Selección de texto y autores

La elección de autores y libros estuvo regida por los siguientes criterios:

1. Representación de distintos espacios ideológicos-políticos.

- ✓ Carlos Ruiz (1964). Izquierda. Frente Amplio. Sociólogo y Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile. Presidente del Directorio de la Fundación Nodo XXI. Académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- ✓ José Joaquín Brunner (1944). Centro izquierda. Ex Concertación. Egresado de Derecho de la Pontificia Universidad Católica. Doctor en Sociología de la Universidad de Leiden (Holanda). Director de la Cátedra Unesco de Políticas Comparadas en Educación Superior de la Universidad Diego Portales. Fue Ministro Secretario General de la Presidencia. Columnista de El Mercurio.
- ✓ Daniel Mansuy (1978). Derecha. Licenciado en Humanidades, mención Historia y Filosofía, de la Universidad Adolfo Ibáñez. Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad de Rennes (Francia). Académico del Instituto de Filosofía de la Universidad de los Andes y Director de Estudios del Instituto de Estudios Sociales. Columnista de La Tercera.
- ✓ Hugo Herrera (1974). Derecha. Licenciado en Ciencias Jurídicas de la Universidad de Valparaíso. Doctor en Filosofía de la Universidad Würzburg

(Alemania). Director del Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales. Columnista de La Tercera.

2. Reflexiones situadas después del movimiento estudiantil del 2011, no de manera inmediata, y que el análisis estuviera centrado en la transición y el ciclo político
 - ✓ Esto supuso dejar fuera otros textos que ponían el foco en los 20 años de la Concertación, discusión constitucional o en materia educacional, por ejemplo.
3. Elaboraciones personales, es decir, que no compartieran autoría con otra persona
 - ✓ Esto supuso dejar fuera otros textos tales de los mismos autores, el informe de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), entre otros.

5) Justificación de textos

Haciendo una revisión de prensa breve y aleatoria, sólo para mencionar algunos perfiles de los autores y textos seleccionados podemos decir lo siguiente. El Mercurio (2017) realizó una consulta a algunos académicos y políticos nacionales sobre “los libros que iluminan el Chile de hoy”. Guiados por la pregunta “qué libros publicados desde 2010 hasta hoy, de ficción o no ficción, dan cuenta mejor de las complejidades del país” dos textos de esta tesis son mencionados “Nos fuimos quedando en silencio” (Daniel Mansuy) y “La derecha en la crisis del Bicentenario” (Hugo Herrera). Además, otro autor es mencionado. Se trata de Carlos Ruiz y su libro “Los chilenos bajo el neoliberalismo” en que es co-autor junto a Giorgio Boccardo.

José Joaquín Brunner, entrevistado en el artículo “Del intelectual público al líder de opinión” de la revista Santiago de la Universidad Diego Portales (Erlj, 2017), señala a Ruiz, Herrera y Mansuy, entre muchos más, como intelectuales públicos actuales en nuestro país. Carlos Ruiz es sindicado, en El Mostrador (2017), como el “intelectual clave de la izquierda extra-Concertación”. En ésta, se destaca su perfil hacia lo académico e intelectual en la Izquierda Autónoma, por sobre toma de posiciones en torno al trabajo territorial o alianzas estratégicas con otros actores de izquierda.

En otra nota de prensa, esta vez de La Tercera (2017b), entrevistan a Carlos Ruiz y Daniel Mansuy como aquellos intelectuales que “son las voces de una izquierda que

crítica la transición democrática y una derecha que aspira a que no todo se explique desde el mercado”. En la entrevista, que responden ambos, hacen eco de sus diagnósticos sobre el Chile actual.

Hugo Herrera, por ejemplo, participó en un documento titulado “Manifiesto por la República y el Buen Gobierno” junto a otros académicos de derecha, Pablo Ortúzar y Joaquín García-Huidobro. A eso, se sumaron el ex contralor Ramiro Mendoza y los políticos profesionales Andrés Allamand y Hernán Larraín (La Tercera, 2017a). Este documento fue publicado en febrero de 2017 y La Tercera lo tituló como “La avanzada intelectual de la centroderecha”.

4. Análisis de los textos

El siguiente análisis está dividido según categorías. El primer eje corresponde al de la i) etapa pos-transición. La pregunta es por cómo nombran y definen el nuevo ciclo político y/o fin de la transición. La segunda clasificación categorial responde a ii) malestar, clase media y modernización. Hemos agrupado estos tres subtemas en una sola categoría pues permite una comparación y pormenorización más clara y eficiente. En tercer lugar está el eje relacionado a iii) intelectuales y sectores ideológicos-políticos. En él, se observa las principales reflexiones acerca de la importancia de la función intelectual y comprensiva de hoy tanto para la situación política actual como para los distintos conglomerados políticos e ideológicos.

a) Etapa Pos-transición

En esta subsección se identifica la manera en que los cuatro autores escogidos nombran la actual situación política actual y qué actores democráticos (movimientos sociales, intelectuales o gobierno) son los centrales. Mientras para algunos se trata de un cambio de ciclo político (Herrera), para otros la posibilidad de un “nuevo” ciclo histórico (Brunner y Ruiz) o, más bien, un orden pos-transición aún difuso (Mansuy).

En esta categoría destaca el análisis de Herrera quien enarbola siete cambios que ha sufrido el país en las últimas décadas que confirman el cambio de ciclo político. Se trata del único de los cuatro con una detallada explicación sobre este nuevo ciclo.

Carlos Ruiz

Para Ruiz el nuevo ciclo histórico está relacionado con la construcción y conducción de una mayoría social y política (nueva alianza transformadora). Esta posibilidad requiere la apropiación del presente y la comprensión social del Chile actual (orientación capitalista-estatal, neoliberalismo de segunda generación, matrimonio entre neoliberalismo y democracia). El Nuevo Ciclo arranca con la capacidad transformadora de esta nueva fuerza.

“El fin de la transición no llega de la mano de relatos elaborados por los intelectuales de la corte, sino desde el fondo de la sociedad y sus mutaciones más trascendentes” (Ruiz, 2015, p. 26). El malestar, expresado por la sociedad, durante la última década (aprox.) la que da cuenta que la forma de organizar la política de la transición no es capaz de procesar institucionalmente los intereses, demandas y conflictos emanados de la nueva realidad social que arrojó la transformación capitalista (en dictadura y democracia). Este es el matrimonio entre neoliberalismo y democracia: bajo el auge económico, la desigualdad desplaza a la pobreza como tema, abriendo otras inquietudes por la cohesión social. El gobierno de Aylwin traza la línea de los gobiernos de la Concertación: continuidad en los fundamentos de la institucionalidad: modelo económico y políticas sociales heredadas. Excepto concesiones corporativas a grupos con capacidad de presión.

La transformación capitalista desnuda la brecha entre sociedad y política: precarización de la ciudadanía (**desciudadanización**). No participan los viejos actores sociales (grupos medios y obreros que daban vida al PS y DC). La sociedad se vuelve un tema meramente procedimental. La fortaleza del nuevo sistema político se concibe a través de su autonomía de lo social. La mayoría de la gente lleva una vida cotidiana anónima. La sociedad carece de condiciones de organización, agrupación de intereses e identidades colectivas y partidarias.

El empresariado y la Concertación, por conveniencia mutua, prescinden del propio Pinochet. Junto a los empresarios, la prensa masiva, la Iglesia y las Fuerzas Armadas se convierten en los poderes fácticos sin contrapeso a la política económica y dirección cultural de la sociedad. El Estado, por su parte, renuncia a regular muchos espacios sociales (para no politizar) generando un régimen de prescindencia estatal en la regulación de conflictos sociales. Existe un <<silencio político>> por la nula voluntad política por abordar las causas de la exclusión, desigualdad y pobreza. Nuestro país acumula varios consensos inter-elitarios que suponen impunidad, es una suerte de vía chilena de reconciliación. El hambre, los despidos masivos o la manipulación mediática se llaman necesidades básicas insatisfechas, reestructuración, fenómeno mediático. A mayor gobernabilidad, menos democracia. Un exceso de democracia, acarrea un déficit de gobernabilidad. Por eso <<governabilidad democrática>> muestra el empeño por desvirtuar la naturaleza inherentemente contradictoria del concepto.

Se trata de un matrimonio entre neoliberalismo y democracia: dar continuidad al modelo económico y políticas sociales heredadas, excepto la influencia de grupos con capacidad de presión. Lo que sucede en Chile con la Concertación es un neoliberalismo de segunda generación (el primero es el pinochetista) con la <<tercera vía>> propuesta por Clinton y Blair y la prolongación de la denominación <<socialdemócrata>>. La inclusión del Partido Comunista a la posConcertación (Nueva Mayoría) es muestra de que en nombre de la izquierda, las banderas de luchas terminan usadas en contra por el neoliberalismo avanzado chileno.

La transición ya no es el cauce que gravita como antes por lo que la política queda impelida a reformular sus muros. El desborde de demandas sociales tiene su origen en los déficits de representación de un sistema y espacio público-político configurada por una reducida elite. El movimiento pingüino más que una coyuntura económica muestra el encierro de la política oficial. El gobierno de Bachelet fue presentado como renovación pero no trajo un cambio. Encaró las movilizaciones sociales más grandes desde la transición, emergencia de nuevos actores, etc. Reformar el modelo educacional implica mover pilares más pesados, atados a la concepción de sociedad heredado de la dictadura del cual la política prefiere no hablar. El malestar es con la desigualdad social que produce la monopolización de las oportunidades. La independencia de los estudiantes demuestra la expresión del malestar con un actor que no los compromete con reparticiones de la política. Y esa protesta terminó por desnudar la brecha entre sociedad y política.

La dictadura chilena brilla como la más refundacional de todas las de América Latina. La transición también brilla como una de las más conservadoras y restrictivas en toda la región. La exclusión del movimiento popular, bajo el acuerdo entre el pinochetismo y la Concertación, marca el sello de los gobiernos venideros. “Equilibrios macroeconómicos” y “Estabilidad de la transición” son fines en sí mismo. La integración empresarial y concertacionista lleva, por conveniencia mutua, a prescindir del propio Pinochet. La transición se desarrolló de tal manera que se buscó que pagase el capataz (Pinochet) mas no los dueños (Edwards, Ricardo Claro). Esto parece parte de aquellas cuestiones acerca de las cuales la izquierda y los movimientos sociales han de reflexionar críticamente, incluyendo para ello una revisión de su propio actuar.

A la larga expansión neoliberal de los años noventa, le precede un largo declive de la economía mundial iniciada a principios de los años '60. Pero ya a finales de los años

'40 se reformula el liberalismo económico con Friedrich Hayek apuntando a fomentar mecanismos que impidan la distorsión de precios. En los años '70 continúa con Friedman y la teoría del monetarismo se convierte en política económica concreta. Ataca la ideología keynesiana sobre la intervención estatal.

José Joaquín Brunner

Para Brunner, el nuevo ciclo histórico implica un nuevo paradigma y modelo. Ese modelo intentó llevarlo a cabo el gobierno de la Nueva mayoría pero no lo logró factores endógenos y exógenos. Dentro de los primeros se destaca la crisis de confianza política general del sistema político en su conjunto y el enfriamiento de la economía. Dentro de los elementos internos está la distancia entre el discurso del programa y su implementación pragmática, la crisis de conducción: incapacidad práctica del gobierno por contar con agenda y carta de navegación, equipo coherente de alta gestión gubernamental, y una caja de herramientas de políticas públicas mediocre en diseño, formulación y ejecución, y elaboración técnico-jurídica.

Para Brunner el 2015, año crucial en la gestión de la centro izquierda, no hubo ciclo histórico y no se resolvieron los conflictos internos, pues se desplomó el equipo central de Michelle Bachelet comenzando una pugna entre bloques rupturistas y reformistas.

Los rupturistas, dice Brunner, son una alternativa a la crisis del modelo socialdemócrata de la tercera vía (crecimiento con equidad), vieron en el programa presidencial de Michelle Bachelet el eje del cambio de paradigma, son radicalmente democráticos (Asamblea Constituyente) y su estilo político es el de la confrontación con una mayoría parlamentaria a la manera de retroexcavadora. Este bloque, que tiene como base al PPD y al PC es bautizado por Brunner, como “rupturista” disputa la hegemonía con los “reformistas”, el otro grupo de la Nueva Mayoría, que uno encuentra más en la DC y el PS⁴. En ellos hay una énfasis en la modernización incompleta de economía y sociedad por insuficiente capacidad humana en innovación en el Estado, políticas públicas de 3era vía que supone cooperación público-privada con algunos mecanismos de mercado, cambio constitucional con proceso participativo y tecnocracia jurídica y discursos pro acuerdos con sociedad y parlamento.

⁴ Esta confrontación ideológica se desarrolla más en el tercer subcapítulo sobre intelectuales y sectores ideológicos

Finalmente, la crisis de conducción gubernamental viene acompañada, favorece y retro alimenta, la crisis de elite política en general, así como la empresarial y la religiosa (específicamente Iglesia Católica).

Daniel Mansuy

Para Mansuy la definición de nuevo ciclo político y/o pos-transición es más difusa.

La comprensión política de la situación requiere realizar una crítica severa a la transición. Éste agoniza por el de los consensos de la transición. Muchos de los dilemas actuales están configurados, de manera importante, por el modo en que se generó la transición. El derrumbe del orden de la transición se debe a dos razones:

1) Incapacidad por administrar el cambio y la diversidad

La prudencia (de la transición) fue acompañada por la **neutralización de la política**. Es decir, el acuerdo tácito de no discutir cosas muy conflictivas, y reducir los desacuerdos a aspectos fundamentales del régimen. No significa que no haya habido discusión política, sino que siempre se mantuvo al interior de cauces más o menos controlados. Esto significó un creciente sentimiento de impotencia e irrelevancia política (¿De qué sirve la política si desde allí no es posible impulsar cambios importantes?). Si la política y las elecciones han perdido trascendencia, los actores mismos dejan de creer en su propio papel y tienden a abandonar sus responsabilidades.

La lógica del sistema electoral Binominal funcionaba como excusa perfecta. Es el mecanismo más simbólico del periodo. Es la condición de existencia de la Concertación. Proporcionó posición cómoda a la Concertación: siempre se podía culpar al bloqueo de la derecha para no avanzar más (excusa útil pero infantil). Estudios demuestran que la Alianza por Chile fue levemente sobre representada que la Concertación. El binominal favorecía a que el adversario estuviera mucho más fuera que dentro de la coalición. No es un accidente fastidioso, pues “permitió una convivencia relativamente pacífica entre sensibilidades muy distintas. Unidas contra ese enemigo común encarnado en la derecha y el binominal⁵. En el primer mandato del gobierno de Michelle Bachelet se discutieron

⁵ Cuando la Concertación tuvo mayoría (y ya no usaba la lógica del enemigo común: derecha y binominal) no supo utilizarla. Es el caso del proyecto de Reforma Laboral en 1999 y la mayoría breve en el primer gobierno de Michelle Bachelet.

modificaciones, presidida por Boeninger, que no llegaron a buen puerto porque nadie quería ceder cuotas de poder electoral (ante el inminente redistritaje).

La transición tenía pocas capacidades de traducción política, no era capaz de administrar el cambio. La transición, al final, fue muy útil y meritoria en cuanto logró una salida pacífica de la dictadura, pero al quedar atada a esa lógica, no fue capaz de procesar la diversidad política, ya que estaba diseñada para impedir la expresión de esa diversidad.

El “secreto de la Concertación” es que había una distancia entre el dicho y lo hecho. Se decía que se estaban cambiando los cimientos de la dictadura, pero no era realmente así. Esto significó una acumulación de frustración. Además, los más jóvenes ya no tenían miedo – al menos no el mismo miedo – ni los mismos traumas. “El modelo de la transición tenía una dimensión extremadamente contingente; fue construida por quienes habían tenido la experiencia del quiebre de la democracia, y de allí su prudencia y moderación”. (Mansuy, 2016, p. 87). Se trató, por lo tanto, de una responsabilidad histórica en que la historia se repitiera. Tenemos una deuda con todos ellos, replica Mansuy.

- 2) Aparición de nueva clase media (paradoja de la modernización) que no encontró mecanismos para procesar inquietudes y demandas en el orden de la transición.

Esta “nueva” clase media es más exigente con el sistema (económico) y sus promesas. Es una sociedad más educada y más acostumbrada a mecanismos de mercado tiene exigencias correlativas con actores principales del orden; su discurso debe sofisticarse junto con el desarrollo económico. La aparición de esta “nueva” clase media es la demostración de las paradojas de la modernización:

Marchamos por las calles sin dejar de consumir con avidez; votamos a la izquierda y a la vez nos endeudamos para no quedar abajo del modelo; rechazamos toda clase de generación eléctrica sin estar dispuestos a sumir sus consecuencias; aborrecemos el lucro y paseamos en el *mall*; y así podríamos continuar indefinidamente. (Mansuy, 2016, p. 14)

La incapacidad por administrar el cambio y la diversidad de esta clase media, producto de la modernización de las últimas décadas, no se tradujo en un nuevo

consenso. Tras la ruptura de los consensos, que marca el fin de la transición, se volvió urgente una tarea que la elite no había considerado: los principios con los cuales fundar algo así como un nuevo orden:

“Si el orden de la transición puede ser leído como un acuerdo entre las elites para no romper el proceso de desarrollo del capitalismo que había iniciado el régimen militar, esas mismas elites fueron no capaces de procesar el cambio que el sistema iba a producir inevitablemente al interior de la sociedad” (Mansuy, 2016, p. 101-102).

A esta ausencia de un nuevo consenso se suma la insuficiencia, unidimensionalidad y obsesión de las categorías intelectuales actuales. En educación, el mejor ejemplo, se discute desde la economía o las leyes, poco desde la calidad y el aula. Además, creemos que la educación puede resolver todos nuestros problemas: desigualdad, desintegración social, segmentación urbana, incivismo, delincuencia, etc. Corremos el riesgo de instrumentalizar la labor educativa (tecnócratas de derecha vs utopistas de izquierda). Una perspectiva correcta debiera preguntar por qué queremos transmitir a través de la educación, cómo y qué papel juegan las familias.

Esta renuncia fue una manifestación de silencio. Silencio que seguirá roncando, en el pasado no quieren asumir lo que hicieron y para el futuro parecen no tener nada relevante que decir. “Así como fue Brunner, Flisfisch y Boeninger habían sentado las bases de la Concertación en los años ochenta, Fernando Atria fue uno de los primeros en pensar, de modo integral, un orden postransición” (Mansuy, 2016, p. 106)

El 2011 es el ejemplo crucial (movilizaciones estudiantiles, escándalos financieros, gobierno empresarial y de *management*). Más otras cosas de antes permitieron que las movilizaciones estudiantiles (normales en democracia) se convirtieran en *tempo* de la discusión y políticas públicas. En ese momento la transición era un “hijo” del cual nadie quería hacerse cargo: “¿Por qué una generación que había conducido al país durante dos decenios abjuró de todo ello para conformarse al lirismo de un puñado de dirigentes juveniles?” (Mansuy, 2016, p. 14).

Por tanto, la crisis actual es de narración. Si bien es un lugar común que la situación actual es de crisis, pocos, determinan en qué consiste y cuál es su naturaleza. La crisis de narración actual se puede ejemplificar de la siguiente manera: los políticos hablan mucho pero no tienen nada relevante que decir. Las explicaciones del

fenómeno político no deben alejarse en demasía de la comprensión del ciudadano. Los conceptos utilizados en el habla cotidiana reflejan la realidad. Una explicación política que no pueda ser comprendida por el ciudadano responsable sencillamente no merece ese calificativo. Les cuesta asumir el problema actual, la información técnica y estadística es un insumo pero tiene alcance limitado. La desvinculación entre lenguaje común y política se vuelve incapaz de enfrentar problemas serios. Otros lenguajes comienzan a apropiarse de lo político: el técnico, el profético y/o el jurídico. La narración y comprensión actual debieran ser de carácter político y, además, desde un lenguaje cotidiano.

Hugo Herrera

Hugo Herrera tiene una definición muy clara sobre ciclo político. La palabra griega de la que proviene ciclo significa círculo. Esto es incompatible con la concepción lineal de la historia (propia del cristianismo y su variante circular: el progresismo). Así se abre, según Herrera, una oportunidad para relativizar significado cíclico del ciclo en la expresión “cambio de ciclo” pues queda abierta la posibilidad que la circularidad sea una complicación de la línea, por lo que ahora es más bien un espiral.

El filósofo quiere hacer un punto acerca del carácter asombrosamente cíclico de esta discusión: “el momento actual, de ‘cambio de ciclo’, muestra bizarros paralelos con otro cambio de ciclo, que tuvo lugar casi exactamente cien años atrás” (Herrera, 2014, p. 23).

Un cambio de ciclo puede ser descrito como el paso de una etapa a otra distinta que experimenta un conglomerado humano, el cual tiene como expresión de un desequilibrio agudo entre las necesidades y los medios de satisfacerlas. Es un desajuste notorio entre el pueblo, sus ideas, sentimientos y creencias, por un lado, y las reglas, los modos de organización, límite y campos de acción, por otro. En definitiva es un desfase entre pueblo e institucionalidad. Es el historiador Francisco Javier Encina el que desmenuza la mecánica de este desajuste.

Se trata de que ya no se quiere vivir según las ideas y sentimiento que dieron organización e inspiración a Chile los últimos 25 años. Las ideas, de pronto, parecen inadecuadas, inauténticas e irrumpe un malestar confuso y generalizado, clamor por cambios, etc. Probablemente parte importante del desajuste se consecuencia de los cambios y avances económicos, sociales y culturales experimentados en Chile durante

los últimos 30 años, donde aparecen nuevos ciudadanos, aspiraciones y anhelos. Sin embargo, estas nuevas ideas y sentimientos no se han vuelto, aun, organización.

La herramienta comprensiva “cambio de ciclo” depende mucho del uso que se le dé. No es lo mismo contar con un buen instrumento que utilizarlo bien. Más que operar como criterio para indagar en la mentalidad actual, ha servido para organizar una falta de debate de los sectores políticos nacionales. La centro-izquierda se ha preocupado de usarla de forma acotada, interpretando su propio proceso de pérdida y recuperación del poder, así como aparato de subsunción de la realidad social y política. La derecha lo ha empleado sin saber bien a qué se refiere. La izquierda y la derecha han carecido de capacidad comprensiva. Esto lo prueba el destino que está viviéndola noción de cambio de ciclo. A la derecha le falta discurso, a la izquierda le sobra. La derecha en las discusiones más exigentes sufre una parálisis generada en la situación post Guerra Fría. En la izquierda el discurso es más complejo pero se apresura a hablar hegemónicamente y piensa la noción de cambio de ciclo de forma auto referente.

Sin embargo, hablar de cambio de ciclo sí puede ser una manera adecuada de referirse a la situación en la que nos hallamos: “se observan movimientos, desplazamientos o alteraciones en un nivel más bien fundamental de nuestra sociedad, los cuales tienen influencia innegable en la vida política y el debate público chileno” (Herrera, 2014, p. 30).

Son siete las alteraciones significativas según Herrera aunque podrían agruparse de otra manera. Estas alteraciones operan tanto desde el lado del pueblo como desde el lado institucional. Diseñadas hace más de dos o más décadas acusan que están alcanzando límites y frustraciones:

a) Atenuación del miedo

Antes era miedo a la invasión soviética, bombazos, atentados, tortura, pobreza, hambre, cesantía, guerra, etc. Aunque no todos nuestros miedos han sido conjurados, pero ahora las fuentes del miedo no son las que eran antes. El tono del ambiente es distinto. Se pueden expresar opiniones y reformas más arriesgadas que las de antaño. Por último, esta atenuación permite que el pueblo se enfrente de manera más libre a la institucionalidad

b) Debilitamiento de los ejes del pasado reciente

2010 la derecha llega al poder y marca algo parecido al fin de la Transición. De ahora en adelante derecha y centro-izquierda se disputan poder político principal en igualdad de condiciones. Con más distancias que las sombras de la Unidad Popular y la dictadura. Asimismo, los criterios de la división de Allende-Pinochet ya no sirven.

c) Distribución del conocimiento y la información

La masificación de la educación superior tiene alto impacto en vida concreta de afectados. Contribuye a ser un factor dinamizador e incluso desordenador, además nuevas tecnologías y medios de comunicación ganan en rapidez e instantaneidad, pero pierden en intensidad y profundidad.

d) Oligopolio, productividad decreciente, bajo compromiso social

El sistema económico viene dando señales de alerta. Los empresarios no son malos en sentido moral. Pero por excesiva concentración de poder es fácil abusar desde sus posiciones. Por otro lado, desde la dictadura se viene produciendo concentración del poder económico en bancos, pensiones, salud previsional, *retail*, comida, etc. Experiencia del almacén de barrio decae, con ello, las conexiones que constituyen vecindad. Esto no es simple lamento romántico. Los abusos que permite el sistema oligopólico producen desafección e irritación de consumidores y trabajadores, que incide en calidad de la convivencia social.

e) Oligarquía

Este es un aspecto especialmente delicado: la escasa legitimidad de la clase política. De modo parecido a un siglo atrás por una elite devenida en oligarquía. El liderazgo político requiere cualidades intelectuales y éticas, capacidad de independizarse de intereses personales, el régimen electoral binominal (en ese entonces) también es un freno. El actual estatus de los partidos políticos es crítico: la distribución inarmónica entre mesa central y regiones, la deliberación escasa y poco exigida, el crecimiento económico de los partidos por sus vínculos con empresas.

f) Centralismo

Existe una falta de integración entre pueblo y territorio. Las regiones son demasiadas pequeñas e impiden lograr la concentración suficiente de cuadros humanos y recursos en cada una de ellas.

g) Empobrecimiento espiritual

Este contexto es especialmente propicio para la decadencia y el empobrecimiento de las conductas humanas y el deterioro a nivel espiritual y material. A causa de consumo de drogas, ausencia de vínculos estables y afectivos, despliegue intelectual, falta de ambiente vecinal, mal pago laboral.

Como hemos dicho, para Herrera (2014):

Se podría establecer con cierta facilidad una analogía entre la llamada “crisis moral” del Centenario y la situación actual, en algunas causas particulares, que a veces no son muy distintas, así como y especialmente en la mecánica del proceso, que apunta a una desestabilización de la relación entre las demandas sociales y la aptitud del país para abordarlas y encauzarlas. (Herrera, 2014, p. 45)

La situación actual, más que a una revolución en forma, se parece al desajuste antes descrito. Expresado en el modo del malestar y revueltas persistentes, las cuales no alcanzan para algo así como una huelga general, ni boicots con grandes cadenas comerciales sorprendidas en abuso de poder. Líderes de movimientos sociales se acercan más a lo que podría decirse “romanticismo político”: reclaman lo suyo con gestos y actitudes estéticas, pero se niegan a realizar cambios radicales y correr los riesgos aparejados”.

La ausencia de carácter revolucionario del proceso se evidencia especialmente en la casta de irritados, individuos que quieren mejorar rápidamente el estado de las cosas, que unen a esa inquietud una excitada molestia exactamente proporcional a la urgencia e impotencia de su afán progresista contra todos quienes no compartan su programa. Redes sociales sirven como válvula de escape a la irritación. La falta de impulso revolucionario del movimiento social produjo que los líderes de su primera hora terminaran transando con las elites, a cambio de muy poco, la lógica y los procesos burocráticos e institucionalizados del aparato de poder.

Entonces más que revolución, se trata de alteraciones y cambios que son precisos ser conocida e interpretadas de manera lo suficientemente diferenciadas como para que las decisiones que busquen conducirlos sean plenas de sentido. Sin hacerse cargo de esto, la situación puede devenir en un conflicto serio y generalizado con características violentas.

Comprender el nuevo contexto de modo correcto requiere evitar simplificaciones, abrirse a la heterogeneidad y, además, no mantenerse en una actividad meramente contemplativa y reflexiva sino que también decidir. Es necesario desarrollar una metodología o una manera de interpretar específicamente política. Una comprensión política tiene algunas exigencias. Apertura adecuada a la complejidad (generalidad) y singularidad de la situación, por un lado; por otro, capacidad de decisión que lo aleje de la eterna contemplación y, además, someterse al reclamo de la justicia, de manera adecuada y no desproporcionada. Una comprensión decisiva y abierta es un desafío persistente de las elites intelectuales y política. Se trata de legitimidad: la capacidad de articular realmente la voluntad del pueblo según comprensiones plenas de sentido.

La deslegitimidad viene cuando se permanece en contemplación y silencio. Es esterilidad política. Es consecuencia de la impotencia de la comprensión. Esto aleja al pueblo de las elites, siempre hay quienes están dispuestos a decidir. Otra opción es que se entienda la multiplicidad a través de ideas preconcebidas. Esto puede terminar en una concepción estrecha: la impotencia es la consecuencia de la ilegitimidad de la comprensión. También puede ocurrir que la comprensión sea superior al nivel de complejidad. Esto puede dejar de hacer justicia y pasar a modos de violencia.

b) Malestares, Clases Medias y Modernización

En esta subsección se agrupan las interpretaciones de los autores acerca de malestar, clases medias y modernización. Los dos sociólogos, Ruiz y Brunner, ofrecen un análisis más profundo sobre malestar. Para el primero se trata de un fenómeno de des-identificación de la sociedad con la política producto de la des-ciudadanización promovida por el matrimonio entre neoliberalismo y democracia. Para Brunner, en cambio, el malestar tiene distintas capas y, en cierto punto, son inherentes a la democracia, modernidad y cultura. Mansuy, por su parte, pone el énfasis en el concepto de modernización, la que considera, para el caso chileno, como acelerada y desde el mercado aunque sigue manteniendo la identidad cultural católica. Ruiz también dedica unas páginas al concepto de modernización para definir nuestra democracia como una modernización conservadora.

Los tres autores tienen, de manera breve, algunas líneas para el fenómenos de la clase media (frangas medias) destacando su expansión en los últimos años y los dilemas a los cuales se enfrentan hoy. En el caso de Herrera no existe una problematización acerca de malestar, clase media o modernización. Pues, como sabemos, su foco está en el desajuste entre pueblo y organización.

Carlos Ruiz

Para **Ruiz**, las transformaciones neoliberales cambiaron los imaginarios y representaciones sociales de los grupos más importantes del siglo XX. Lejos de la imagen de “país de clase media” tenemos unos inseguros grupos medios atados a las posiciones más volátiles del panorama social, que ostentan el mayor riesgo de perder la posición detentada. El ingreso incide. La salud, educación, vejez digna son tratados como mercancía. El mito asocia esto a una buena salud de la democracia. Mas todo recae sobre el bolsillo individual. Quien se despega del resto de la sociedad es el grupo de mayores ingresos. El sello de la desigualdad está en la concentración del ingreso producida bajo la democracia. Los frutos del auge económico se atorán en una franja muy exclusiva. El mito de clases medias conformes contrarresta con la amarga sensación que no hay medios efectivos para acceder al auge económico.

La experiencia neoliberal chilena no tiene comparación a nivel planetario en cuanto a la extrema privatización de las condiciones de vida. Esto no es consustancial al capitalismo, por eso se habla de “aporte chileno a la experiencia capitalista”. Lo que sucede es que el individuo pierde crecientemente el control sobre la vida cotidiana. El control de las fuerzas empresariales que monopolizan espacios, garantizado por la colonización de la política y del Estado, se convierte en el gobierno definitivo de las vidas individuales aisladas, a través de las condiciones mercantiles de la salud, jubilación y educación. En nombre de la libertad económica, que no es sino pura ideología, **el individuo pierde el control de su vida**. El Estado, por tanto, no le reconoce a sectores subalternos ni la condición de actores sociales, ni de sujetos de derechos.

La judicialización punitiva se extiende sobre las clases subalternas. La nueva dominación no cree en el pacto social, sino en extender la desarticulación social del periodo autoritario. La judicialización es restricción democrática. Se constituye en una expresión política de intereses sociales organizados, y con eso, de la libertad y democracia. Esto significa una restricción de la esfera política como espacio público de deliberación legítima. Demuestra la falsa adscripción de nuestras elites al liberalismo político tan invocado como fundamento de régimen político. La premisa es solo hacia abajo. Es una versión conservadora de liberalismo, norteamericano, que ve en la individuación el paradigma de control social. Diferencia radical con el liberalismo político clásico, donde la democracia moderna es entendida democracia de organizaciones más que individuos.

Tanto en 2006 como en 2011, los grupos movilizados se expanden hacia franjas sociales nuevas, expresando contradicciones más específicas del nuevo patrón de acumulación. El malestar del endeudamiento se superpone con el reclamo por la educación pública y el fin del lucro, siguiendo el trazo de los actores más amplios social y políticamente, que evitan el encasillamiento ideológico. El reclamo tradicional de los universitarios se funde con los nuevos estudiantes, con menos tradición de organización, son más expresivos del nuevo mapa social y las tensiones de la reproducción social privatizada.

Los últimos gobiernos de la Concertación han enfatizado en el ascenso social de la modernización: 7 de cada 10 estudiantes de educación superior constituyen la primera generación familiar en ingresar a éstas. Pero llamarle a esto “clases medias”, como hacen

intelectuales cortesanos y medios de comunicación, invocando la vieja idea de ellos es absurdo. La expansión social trae consigo nuevas formas de diferenciación y exclusión.

Para la centroizquierda tradicional el malestar (la demanda real de cambios) se debió a la derecha en el poder. Pero esto no es real. **El 2006 debuta un malestar mesocrático y conflicto social** de nuevo alcance. Es un **desencanto con el desencanto**. Es una insatisfacción de un sector muy influyente en la configuración cultural de la sociedad. Sobre la educación recae una demanda de certeza proveniente de la precaria seguridad existente en la familia, Iglesia, partidos y Estado. La educación y la familia son formas fundamentales de socialización para integrar al individuo a la vida social. El lugar del trabajo también es central, condiciona bienestar material, psíquico y universo cultural de la gente. En los años noventa mejoran los ingresos en todos los sectores pero ahondan sus brechas. Son insuficientes ante los gastos en salud, previsión, educación, etc. Esta inseguridad y desamparo tiene significado político:

Apuntan a requerimientos que pesan sobre la democracia, de tipo cultural, pero capaces de afectar al sistema político. Actúan como un malestar con la política, en tanto los anhelos no hallan un marco interpretativo y se experimentan como ausencia de todo proyecto. (Ruiz, 2015, p. 45)

Fértil para producir el orden, el sentimiento que subyace a la democracia es el **desencanto**. De ahí la desidentificación, que al crecer, lleva a la desobediencia. La política se encierra y no incorpora las incertidumbres de la experiencia cotidiana. Partidos políticos se escinden del quehacer diario de la gente, no aseguran identidades colectivas por lo que éstas últimas buscan recomponerse al margen e incluso en oposición a las instituciones. La otra cara de la certidumbre es la inseguridad, o sea, el miedo (y por tanto, delincuencia).

La nueva sociedad aparece compuesta por individuos y sus familias que se vinculan según posibilidades y oportunidades según lo que el mercado y consumo ofrecen (Serie "Los Venegas" es una muestra de ello). Los grupos sociales en formación asoman sin representación política pues la política de la transición no se las ofrece. Nuevos grupos medios y asalariados siguen un curso de formación que no tiene otro camino que el desborde de la política cerrada. La crisis de legitimación política estalla:

Las condiciones de formación de actores sociales que derivan de los cambios económicos e institucionales de la experiencia dictatorial están recién en pañales,

dados los tiempos que toman dichos cursos de constitución. De ahí que las elites de la transición no produzcan un marco político e institucional apropiado para el procesamiento de conflictos sociales propios del modelo de sociedad impuesto. (Ruiz, 2015, p. 70)

El nuevo panorama sociopolítico, bajo la ausencia de los lazos del Estado, sindicato y familia (mecanismos de socialización, derechos y solidaridad colectiva), instala una incertidumbre constante y omnímoda de sacrificio y disciplina. Al mismo tiempo desestimula la voluntad de asociación colectiva como vía para encarar las dificultades de la vida. Es una confiscación de la democracia por los expertos y la exacerbación de lo jurídico en detrimento de lo político que confluente en precarizar la democracia y la capacidad de determinación ciudadana. **Por tanto, ante los individuos hay una política que no produce identificación y estimula una desidentificación que deviene malestar.**

Es la **modernización sin modernidad**. O, simplemente, **modernización conservadora**, que se disfraza de liberalismo por ampararse en un rechazo formal al autoritarismo de Pinochet. La democracia política de la Concertación se ve disociada, desde sus inicios, con una democratización social efectiva. Nunca fue su proyecto político. Al restaurar libertades políticas formales se naturaliza el modelo social y económico. El proyecto de la transición en adelante es el de una modernización sin modernidad tal como se concibe en la dictadura militar. Es una modernidad conservadora donde no caben, como los principales beneficiados, los grupos medios y populares que antes fueron las bases de sustentación para proyectos históricos como la DC y el PS.

Los estudiantes secundarios el 2006 son un reflejo de que la intensidad del conflicto social no radica, como se cree, en su drástica y violencia desplegada, sino en la **capacidad que tiene para involucrar otros ámbitos de la sociedad y expandirse**. Los jóvenes ponen en cuestión la idea de consumo como fuente de realización humana, con un individuo espectador, encerrado en el mundo privado, incapaz de advertir cómo se manifiestan los modos vigentes de poder en la vida cotidiana.

Las experiencias de asambleas, vocerías, agenda corta y larga, que debuta con aquellos jóvenes, marcan los movimientos sociales siguientes. Pero el grupo social no pasa, de la noche a la mañana, a ser una demanda política de envergadura nacional, el paso a una fuerza mayor tiene que ver con involucrar a otras franjas sociales por medio

de los dilemas creados por la expansión mercantil. Éstos procesos limitan “la capacidad del individuo para forjar certidumbres sobre la propia vida cotidiana” (Ruiz, 2015, p. 34). Esto las disocia de las demandas propias del clivaje dictadura-democracia.

El movimiento secundario del 2006 acogió expectativas de participación y equidad de la campaña de Bachelet. Sin su posterior frustración, no se explica la conmoción social que produce. **Bachelet expresó malestar con la política pero luego perdió esa condición pues la gente la asimiló con aquellos vicios que antes consideraba inmune.** El ascenso de Bachelet, mujer, socialista, hija de un ejecutado político parece indicar un cambio y novedad. Sin embargo ella enfrenta conflictos sociales inéditos y las respuestas vienen a refrendar el carácter cerrado de la política. **El apoyo que concita la protesta estudiantil secundaria abre otros malestares: la frustración con que la elite impide el ascenso social y la inexistencia de la meritocracia.** De la **sordera** de los años noventa, se pasa a la **mudez**. La protesta desnuda la política encapsulada que ya no responde a los <<amarres>> de la dictadura, sino a la **respuesta tecnocrática que diluye el diálogo social.**

Estos motivos del malestar con la educación se agregan otros más lejos, pues en la cultura dominante la educación se asocia en forma marcada con las expectativas de ascenso social. De ahí el malestar con una educación que reproduce una rígida segmentación social. Aun cuando se en distintos grados y formas, todas las sociedades ostentan una desigualdad en la distribución de la riqueza material y social.

Para Ruiz, **el amplio malestar carga una expresión individual**, aparentemente contradictorio, en la que coexiste una alta propensión al conflicto junto a una baja inclinación a la asociatividad. Es un coctel explosivo que no tiene garantizada la eficacia y trascendencia. Este coctel ha mostrado una capacidad de desbordar y enmudecer a la política, no resulta por actores sociales constituidos, sino en su mayoría por expresiones embrionarias. Va apareciendo que la división entre dictadura y democracia no es fundamental para su experiencia vital y de acción social.

Otras demandas surgieron antes del 2006. En 1997 coinciden mineros de Lota, profesores primarios, trabajadores portuarios, mapuches y estudiantes universitarios. Pero sus demandas resultan poco articulables. Pero el 2006 se mantienen tanto el deterioro de la calidad de la educación como su modelo segregante. Eso logra generalización de interés en la protesta social.

Con respecto a las **nuevas franjas medias**, podemos mencionar que su formación se origina teniendo en cuenta estos elementos que el mundo de los trabajadores es heterogéneo. Existe una disparidad de formas de organización y acción:

- Franjas tradicionales no representan nuevas capas y terminan reducidas a demandas corporativas y particulares.
- Nuevas franjas fruto del giro neoliberal. Trabajadores subcontractados de servicios financieros, comerciales y ciertas áreas productivas. Sus demandas están con la precarización del trabajo reclamando condiciones empleos similares de aquellos trabajos con contrato directo a las grandes empresas. Supone una gran cantidad de sindicatos pequeños pero no decantan en una fuerza mayor. No siguen el modelo de sindicalismo clásico.

La pobreza muestra reducción estadística desde la transición pero con una alta entrada y salida de individuos cual puerta giratoria. Los pobres son menos pobres que antes, pero lo son más definitivamente. Son personas expulsadas del mercado, consumidores deficientes e imperfectos.

Sobre los problemas de género:

- La mujer está al centro de la sociogénesis y reproducción del modelo mercantil. Concentra, quizás como ningún otro actor, una multiplicidad de vectores de desigualdad.
- Contradicción neoliberal: conservadurismo valórico y liberalismo mercantil laboral. Por un lado se repone en control conservador sobre lo que pueden hacer con su cuerpo. Por otro lado, las mujeres se incorporan de manera precaria al mercado ocupacional principalmente en sectores de servicios, con lógicas flexibles e inestables. Detrás de esta incorporación laboral hay una promesa de integración al espacio público. Por lo tanto, resulta imposible separar el carácter subsidiario del Estado y del trabajo

José Joaquín Brunner

Brunner desarrolla un diseño conceptual acerca del malestar bastante desarrollado que tiene dos décadas aproximadamente (Brunner 1998a, 1998b). En estos artículos se

esbozan alguna de los elementos acerca de su “teoría y diagnóstico sobre el malestar”. Para el sociólogo, hay muchas maneras de presenciar el malestar. Una de ellas puede ser desde las patologías de la salud mental. Pero este no es el caso. Para Brunner existen 4 niveles. Se pueden identificar a) en la opinión pública; b) con la democracia contemporánea; c) con las contradicción culturales del capitalismo; d) la civilización (autodestrucción y transparencia), también llamado malestares del panóptico (secretos públicos). Estos 4 escalafones de malestar son confundidos, sin mayor método ni fundamento, por el “discurso del malestar” como uno solo.

Los ejes del discurso del malestar impulsados por el PNUD con su informe de 1998 (Brunner, 2016) pueden ser descritos de la siguiente manera:

- 1- Malestar es difuso y difícil de explicar
- 2- Brecha entre indicadores objetivos e incertidumbre intersubjetivas
- 3- Producto de determinado modelo de desarrollo (simplistamente llamado “de mercado”)
- 4- Separación entre indicadora macro y micro experiencias vitales
- 5- Reacción frente al bajo desempeño en bienestar de la previsión, educación, trabajo (y en estos años: salud, transporte, medio ambiente y otros)
- 6- No se exterioriza (necesariamente) mediante la protesta pero que puede corroer adhesión y legitimidad del orden social.
- 7- No es insatisfacción a naturaleza humana, sino producto de determinada circunstancias sociales, modelos de desarrollo y políticas públicas

a) Malestares en la opinión pública

La primera vertiente de malestar, según Brunner, se ubica en la esfera de la opinión pública encuestada: popularidad del gobierno, desconfianza órganos del Estado, indicadores sobre certidumbre económica del país, seguridad ciudadana y delincuencia, servicios de salud, educación, transporte. Siguiendo a los realistas políticos, dice Brunner, **el gran factor que explica la unificación de estos malestares, molestias y disgustos es la falta de conducción gubernamental**: “En sociedades complejas y altamente diferenciadas solo la ausencia de conducción, de timón, me parece, puede producir una

‘incomodidad indefinible’; esto es, ese malestar del que habla el discurso del malestar” (2016, p. 51).

Sin embargo, a medida que se multiplican los malestares por problemas sectoriales, en la subjetividad más profunda de los individuos crece la satisfacción con la propia vida: privada, familiar e incluso laboral. La satisfacción disminuye a medida que nos movemos hacia la esfera y bienes públicos. Por tanto, **los malestares vienen de causas determinadas (instituciones del sistema político y provisión de bienestar de agencias públicas o privadas) mas no es cosa de subsumirlas bajo un mismo y único concepto de malestar**, como sí lo hace el discurso del malestar. Las políticas públicas resuelven malestares de primer nivel y también generarán otros. Sabemos que las expectativas de bienestar y protección crecen con el desarrollo dando lugar a nuevas demandas e incomodidades.

b) Malestares “en” y “de” la democracia

A diferencia de la *malaise* anterior, éstas son de largo aliento, gravidez y corren por aguas más profundas, se relacionan con la **contradictoria relación entre capitalismo y democracia**:

La democracia se contradice a sí misma al proclamarse como gobierno del pueblo para las mayorías, cuando en realidad el capitalismo en la base crea un orden de economía política donde el poder favorece la reproducción de las desiguales distribuciones del capital económico y cultural. (Brunner, 2016, p. 60)

Están relacionados a la distribución del poder, la representación y participación de los ciudadanos en las decisiones y la legitimidad de éstas. Algunas de estas contradicciones vienen de la relación entre ciudadano-trabajador, representantes-ciudadanos, representación-mediación, Estado-democracia, deliberación-democracia, democracia-mercados, capitalismo-pueblo, del pueblo-por los tecnócratas, democracia-libertades individuales.

Además, la democracia moderna necesita de espíritu cívico y, no pocas veces, es vista conspirativa e irracionalmente como un engaño, de constante traición, inmoralidad y silencio. Si bien no logra trastocar las bases socioeconómicas y culturales del capitalismo, ha desarrollado formas progresistas de bienestar y equidad, asegurando libertades cada vez más amplias. Si bien los ideales democráticos no pueden concretarse en plenitud, se

persiguen incansablemente sin riesgo de perder libertad o el derecho de la mayoría a preferir un cambio de autoridad.

El gobierno de la Nueva Mayoría, para Brunner, es una nueva experiencia de democracia: régimen constituyente, portador de un nuevo paradigma de desarrollo y gobernanza con un programa socialdemócrata maximalista para un país cuyo gasto público social alcanza sólo el 10% del PIB.

Cabe destacar que en este apartado, el sociólogo, realiza un pequeño análisis de su biografía en relación a la democracia. Como partícipe de la renovación socialista afirma: “algunos revalorizamos ideales socialdemocráticos y nos vimos enfrentados al hecho de que la democracia liberal se vinculaba inextricablemente con el capitalismo, bajo diversas formas, pero nunca había podido coexistir -en cambio- con ninguna modalidad de socialismo real, fuese soviética, maoísta y castrista. (Brunner, 2016, p. 57)

c) Malestares como contradicciones culturales

Son más resistentes, difusas y difíciles de manejar. Se ubican en el tercer nivel y están relacionadas con acuerdos básicos de nuestra sociedad entre el capitalismo y la modernidad: “el capitalismo como forma de organizar la producción, el trabajo y los intercambios, y la modernidad como matriz cultural a través de la cual creamos y compartimos sentidos y definimos lo que Max Weber llama nuestra ‘conducción de vida’” (Brunner, 2016, p. 66).

Por un lado, el capitalismo permite la mercantilización del trabajo: la venta de la fuerza de trabajo y la insatisfacción asociada tan bien descrita por Marx. La modernidad como experiencia cultural, por su parte, es representada por una doble cara creativo-destructiva: progresiva, racional, técnico-científica, innovadora; pero a la vez: rupturista, desquiciadora, irracional, sanguinaria, incluso. Como dice Giddens: “Vivir en el mundo producido por la alta modernidad crea la sensación de montar una fuerza imparable”.

La modernidad representa una separación entre el tiempo antiguo y el que se inaugura a través de tres macro procesos históricos: reforma religiosa europea, revolución política burguesa y la revolución industrial. Es lo que la sociología, desde sus clásicos (Marx, Weber y Durkheim) han intentado dilucidar. Hoy en día desde diferentes ciencias sociales se intenta dar cuenta desde diferentes conceptos: posmodernidad, fin de los

grandes relatos, secularización, sociedad de la información, postindustrial, modernidad líquida, tardía, biopolítica, etc.

Según Brunner, Jeffrey Alexander en “The dark side of modernity” del 2013 ofrece una visión sintética de los principales malestares de esta época entre capitalismo global y modernidad tardía:

- 1- Trilogía jerarquía, burocracia, secreto es endémica a todo tipo de organización. Igual que la jaula de hierro weberiana
- 2- Mercantilización continúa transformando otras esferas de valor (política, religión, arte, intimidad, etc.)
- 3- “Comodificación” de la cultura que da lugar a la “industria cultural”, pasando de la ética protestante al bazar psicodélico tal cual anticiparon en la Escuela de Frankfurt. Es decir, siguiendo a Daniel Bell, pérdida del valor de la alta cultura y difusión de cultura masiva de escasa distinción intelectual y estética
- 4- Fragmentación de lazos comunitarios y extrema individuación
- 5- Jerarquías de dominación socioeconómica basadas en diferencias culturales de género, sexo, raza, etnicidad, religión y región. Diversidad aplastada
- 6- Nacionalismo que sigue existiendo
- 7- Amenazas al yo (*self*) que producen una industria de la reparación y el bienestar

Los procesos de creación destructiva y la racionalidad técnica y pragmática generan un continuo sentimiento de vacío de sentido haciendo que las preguntas por el sentido (“cómo” y “para qué vivir”) se vuelven insoportables. El hombre moderno, desencantado podrá sentirse cansada de vivir, mas no saciado. La vida cultural ofrece elementos provisionales pero no definitivos. La muerte, por tanto, es un hecho sin sentido. La cultura, como tal, tampoco lo tiene porque su continua “progresividad” e “indefinición” despoja a la muerte de sentido. Es en esta paradoja, para Brunner, la razón última de nuestro malestar en la cultura, insuperable dentro del marco de capitalismo y la modernidad que lo causan.

d) Malestares del panóptico: Secretos públicos

En esta sección, un cuarto subcapítulo recorre el libro. Se trata de los secretos de la familia, poder y conocimiento. Vivimos rodeados de secretos, incluso es un motivo adicional de fortaleza del vínculo social. También la *polis* es cuestión de secretos. En un primer plano, aparecen los escándalos de dinero y política que han aparecido en los últimos años en el país. En un segundo plano aparecen los “secretos” de la dominación de las elites y la representación. En un tercer plano hay otras elites que guardan para sí, también, fuentes de influencia lejos, ojalá, del escrutinio público. Por un lado, la elite religiosa católica, por otro, elites tecnocráticas y de *technopols*. Tres elementos merecen resaltarse:

- 1- La lucha en torno a los límites entre lo público y lo privado, lo visible e invisible (en fronteras materiales, jurídicas, simbólicas) es un ingrediente fundamental de la democracia y del poder democrático.
- 2- La utopía del poder transparente choca con tres fenómenos sociológicos: (i) los medios de comunicación y redes sociales que parecen ayudar en la transparencia, constituyen ellos mismos organización, mantención y transformación de las jerarquías de poder, (ii) ha aumentado el poder de los medios por sobre otras elites (políticas, económicos, religiosas, tecnocráticas), (iii) analistas de la coyuntura son poco sensibles al rol que juegan los medios en la construcción de lo público, producción de una visibilidad propia del espectáculo y de la administración de la opinión pública encuestada. Ejemplo de esto es que mientras se destapan correos privados entre distintos dirigentes políticos, estas revelaciones no contienen sorpresa alguna.
- 3- Colonización de la esfera pública por parte de los medios de comunicación que se constituirían en una conciencia crítica de la nación: “es una distorsión típicamente posmoderna confundir la esfera pública (habermasiana) con la esfera mediática (contemporánea); la deliberación democrática con el *soft power* de la opinión pública encuestada” (Brunner, 2016, p. 85)

Así, existe una versión “apocalíptica” del discurso del malestar que está de moda y permite presentar la sociedad en constante estado de desasosiego. También, existe una versión “integrada” del discurso del malestar que le bajaría el perfil a los tres niveles de

malestar considerándolos normales. Para Brunner, autoflagelantes y autocomplacientes, como él mismo dice caricaturizar, no hacen los matices y distinciones necesarias para un adecuado análisis del malestar.

Con respecto a la baja confianza social interpersonal y la baja confianza política en elites e instituciones, Brunner considera que es mitad origen, y mitad efecto de la crisis de conducción gubernamental. Esto se retroalimenta con el juicio negativo y baja confianza del resto de las elites, salvo la medial (de los medios de comunicación). Aunque su influencia se incrementa, la manera en que representa mediáticamente la crisis de confianza no hace ver lo compleja y los distintos pliegues que conlleva.

Una de las mayores transformaciones del último tiempo en el país es el **surgimiento de una nueva clase media**. Algunas de sus características radican en:

- Son 150 mil profesionales y técnicos a la fuerza de trabajo por año (tres veces más que en año 2000)
- Su valor axial es el esfuerzo personal y el mérito.
- Relación pragmática y utilitarista con la política (como toda la clase media)
- Desean invertir en sus hijos (igual que padres de clase alta)
- Muy dependientes de crecimiento, empleo, ingreso y capacitación
- Distinta a la clase media tradicional

La reforma educacional cuestiona, precisamente, el principal activo de las nuevas clases medias. La DC ha recogido tímidamente este malestar. Esta es una nueva expresión política en la NM. Probablemente el hecho político-cultural más importante desde la elección de Michelle Bachelet.

Esta clase media emergente se identificó políticamente con la Concertación por producción, consumo, pluralismo y liberalización cultural. En paralelo se gestó demanda por mayor protección, apoyo y expansión del Estado, servicio y bienes públicos. El apoyo del 2009 a la derecha fue para imaginar que la base crecimiento más Estado de Bienestar (de la Concertación) podía ser más eficaz. Esta expectativa del 2009 se frustró con Piñera

por la falta de relato y se transformó en protesta de la calle. La izquierda tradicional reaccionó desde un puritanismo conservador.

Daniel Mansuy

Para Mansuy, en el Chile de la Transición emergió una clase media más exigente con el sistema económico y sus promesas que la elite no fue capaz de administrar. Aquí reside una de las principales paradojas de nuestra modernización:

“Si el orden de la transición puede ser leído como un acuerdo entre las elites para no romper el proceso de desarrollo del capitalismo que había iniciado el régimen militar, esas mismas elites no fueron capaces de procesar el cambio que el sistema iba a producir inevitablemente al interior de la sociedad” (Mansuy, 2016, p. 101-102).

Una sociedad más educada y más acostumbrada a mecanismos de mercado tiene exigencias correlativas con actores principales del orden; su discurso debe sofisticarse junto con el desarrollo económico.

Repensar nuestra modernización nos lleva a vislumbrar los “nudos problemáticos” del proceso. Mansuy identifica tres:

1. Ausencia de política. Justamente la política pretende articular la diversidad de lo humano, en épocas de diferenciación la labor es más compleja (esfuerzo por mediar entre intereses y aspiraciones en una sociedad diferenciada) e indispensable (la sociedad va perdiendo referentes tradicionales, entre esos, la política). Siguiendo a Aristóteles, Mansuy plantea que el hombre en tanto animal político (que necesita a otros al interior de la *polis*) no puede prescindir de la política impunemente.
2. Posibles crisis de sentido identificadas por Berger y Luckmann. Riesgo latente que debe tenerse en cuenta a pesar de la especificidad latinoamericana que otorga cierta resistencia.
3. Fundamentos morales del orden político y económico. El mercado auto regulado es una ficción. Nuestras sucesivas crisis de confianza guardan relación, de alguna u otra manera con esto, y nunca lo hemos tomado muy en serio.

La experiencia chilena indica que nuestra modernización fue particular:

1. Fue un proceso muy acelerado. Recorriendo en pocas décadas lo que otros países recorren en más. En una generación el país cambió de punta a cabo. Este proceso se realizó desde arriba, sin mayores matices o pausas. La auténtica revolución modernizadora fue obra de los economistas de Chicago. Se soportó de manera pasiva sin gobernarlo políticamente. El regreso a la democracia no modificó sustancialmente las cosas. La crisis actual es, de algún modo, una reacción a todo aquello. Nadie quiso asumir los costos asociados a la modernización y esto dejó un curioso estado de vulnerabilidad política.
2. El proceso se realizó casi exclusivamente desde el mercado. Fue el gran instrumento introducido en muchos ámbitos de la vida social, en los que antes habían operado otras lógicas. Comienzan a surgir las preguntas: ¿Hasta dónde queremos que llegue el mercado? ¿En qué medida y cómo el mercado erosiona algunos vínculos sociales?
3. La modernización chilena también conserva rasgos propiamente latinoamericanos, lo que no es un detalle marginal. La modernización opera sobre una cultura católica. Cousiño y Valenzuela caracterizan esta diferencia desde la categoría de “presencia”: “en América Latina, los grados de despersonalización son necesariamente menos profundos que en otros lugares, porque nuestra cultura está marcada por la presencia” (Mansuy, 2016, p. 162).

Para Mansuy Chile ha vivido un rápido proceso de aceleración sin que hayamos caído en la cuenta de lo que esto significa. Se trata, insiste Mansuy, no de proponer políticas públicas o soluciones prácticas, sino de esbozar un marco conceptual que pueda ayudar a posicionarse en la actualidad. Algunos elementos y criterios para conceptualizar modernización son:

- Continua diferenciación social en función de un acelerado desarrollo técnico. Manent dice que la modernidad es el régimen de las separaciones.
- Representa pérdida de unidad de las distintas dimensiones de nuestra vida.
- Cada sistema despliega su código, lenguaje y exigencias específicas diluyendo, así, progresivamente, los vínculos sociales pre reflexivos. Los sistemas desarrollan

una pretensión totalizante buscando explicar toda la realidad a partir de un principio o un aspecto⁶.

- La diferenciación es total: religión ya no es instancia articuladora de sentido, lo privado se distingue de lo público, el Estado de la sociedad, ciudadanos de gobernantes, trabajo de la familia.

Ante esto, hay de todas las posiciones. Los reaccionarios son pura negación sin ninguna operatividad política. Críticos como Rousseau o Marx son presas de una filosofía de la historia más cerca de la fe que de la historia. Atria, según Mansuy, también termina preso de esto pues intenta restablecer la unidad social que el mercado ha roto. Los complacientes, por su parte, son ciegos frente a las tensiones producidas por la modernización. Una cuarta alternativa es la de mirar la modernidad como un hecho tan macizo como imposible de negar, que debe ser analizado con independencia de juicio. Tocqueville es un caso de esto.

Berger y Luckmann ayuda a profundizar en la perspectiva tocquevilliana. Para ellos, la principal dificultad de la modernización es la crisis de sentido, los individuos no encuentran sentido final a su existencia. “La diferenciación moderna también toca los sistemas normativos: aquellas convicciones que, en el pasado, servían para orientar la vida humana de modo integral, se disuelven, dejando al hombre sin coordenadas estables ni seguras” (Mansuy, 2016, p. 159). El hombre moderno recibe orientaciones múltiples y contradictorias provenientes de subsistemas diferenciados de nuestra vida.

Hugo Herrera

Para Herrera lo que se muestra en el último tiempo es quiere vivir según las ideas y sentimiento que dieron organización e inspiración a Chile los últimos 25 años. Las ideas, de pronto, parecen inadecuadas e irrumpe un malestar confuso y generalizado, clamor por cambios, etc. Probablemente parte importante del desajuste se consecuencia de los cambios y avances económicos, sociales y culturales experimentados en Chile durante los últimos 30 años, donde aparecen nuevos ciudadanos, aspiraciones y anhelos. Sin embargo, estas nuevas ideas y sentimientos no se han vuelto, aun, organización.

⁶ Quizás es la expresión patológica del anhelo por recuperar la integración unitaria de la vida.

c) Intelectuales y sectores ideológicos

En esta subsección se destaca la dimensión ideológica de la política según los autores. Herrera y Mansuy señalan la importancia de dar con una comprensión política de la crisis y desajuste actual, sobre todo desde el sector político-ideológico donde ellos tienen domicilio, la derecha. Por su parte Ruiz, desde la izquierda, y Brunner, desde la centro izquierda concertacionista, analizan la situación actual de sus proyectos políticos-ideológicos. En los cuatro aparecen propuestas cognitivo-intelectuales (más que meramente práctica) para sus conglomerados culturales-políticos.

Ruiz analiza la renovación socialista (y sus intelectuales cortesianos) criticando la concepción de socialdemocracia con la que opera. Brunner, además de contextualizar el papel de los intelectuales en la democracia, analiza los proyectos detrás de la Nueva Mayoría y la Concertación. A su vez propone una clasificación con respecto a los partidos políticos nacionales acorde al eje de economía política y cultura. Mansuy plantea la necesidad de una orientación cartográfica para entender la modernización. Estipula que uno de sus mayores problemas es la crisis de sentido que genera en la personas. Herrera, por su parte, analiza los déficits de la derecha y propone reflexionar sobre la historia intelectual de la derecha desde sus diferentes tradiciones políticas no siempre presentes en la discusión.

Carlos Ruiz

a) Intelectuales cortesianos y Renovación Socialista

Ruiz plantea que uno de los aspectos centrales de la ideología de la transición es la llamada <<renovación socialista>> (RS), supone un giro de concepciones marxistas y otras, malentendidas, socialdemócratas. En este escenario toma peso la figura de los intelectuales vinculados a los partidos políticos que en nombre de socialdemócratas permean las políticas estatales venideras, reconfigurando la elite nacional durante la transición y enfrentándose al peso de burocracias partidarias más abocadas a la conducción tradicional de organizaciones sociales. Esto trae un cambio en el perfil de la cultura política de izquierda: “proyección como sujeto político de un intelectual izquierda desvinculado de los procesos sociales subalternos allana el proceso de empalme con el control tecnocrático venidero” (Ruiz, 2015, p. 145).

Estos intelectuales son acogidos por la comunidad académica internacional, ampliando la influencia de reformulaciones teóricas externas a las ciencias sociales locales, diluyendo la preocupación por el desarrollo y bases sociales de sustento. Se trata de internacionalización de ciencias sociales locales y empresarialización cortesana.

Muchos intelectuales de izquierda se esmeran en medir si los índices de pobreza crecen o no, pero no se dedican a descifrar los mecanismos concretos que producen y reproducen esa pobreza, es decir, “a reorientar la mirada hacia la gestación de la realidad social y dedicarse menos a medir su manifestación ulterior” (Ruiz, 2015, p. 183). La dominación capitalista construye una visión de la realidad centrada en los objetos y los fenómenos de superficie, y oculta el carácter de las relaciones humanas que hacen posible su poder. La visión predominante de la lucha política hace predominar el poder cuando aparece en forma ruidosa e incontestable, pero no se aprecia el curso cotidiano de la lucha política en que ese poder se forma y reproduce. La visión burguesa de la política se centra en los momentos de realización del poder y no en su formación.

Pero la RS fue una renovación en el campo de las alianzas políticas más que en el campo intelectual. Se sigue un análisis de la modernidad desde categorías liberales, un tratamiento de la realidad social donde predomina el ámbito estrictamente político escindido de consideraciones sobre los condicionamientos de la estructura social y económica. Esto supone eclipsar la posibilidad de entender la democracia más allá del rito electoral y la defensa de los derechos individuales. O sea vincular democratización política con social.

La RS lleva a **enfaticar democracia por sobre socialismo**. El socialismo, como solución democrática final, impide la alianza con sectores democráticos no socialistas, sectores medios. Surge la tesis del <<compromiso histórico>> de Enrico Berlinguer que viabiliza alianza entre comunistas, socialistas y DC. En esta misma dirección se deja **el pensamiento leninista por el de Gramsci**. Este cambio teórico responde al papel que asumen los intelectuales. Cunde una aceptación de idearios conservadores de la ciencia política estadounidense: gobernabilidad democrática y democracia política (por sobre el diálogo social). La adopción de Gramsci es cuestionable (Ruiz, 2013).

Esta reformulación del socialismo democrático adopta elementos del ideario democrático liberal y se confronta al ideario nacional-popular, de largas raíces en el PS. En la RS los anclajes teóricos e históricos actúan como aderezos en funciones de

legitimación, no de fundamentos. Las bases sociales ya no son el público de referencia de la elite política de izquierda. Es reemplazado por la Iglesia Católica, la DC, organizaciones sociales y agencias financieristas externas, gobiernos y partidos socialdemócratas europeos. Se produce una creciente conformación de un <<circuito extra institucional del poder>> de curia eclesiástica, empresariado, conglomerados de medios de comunicación, cúpula castrense. Constituyéndose así un acceso privilegiado a la elite concertacionista (y socialista) que no debe tantas explicaciones a sus bases.

La RS, en tanto progresismo neoliberal, no se afianza en los ochenta, sino más bien en democracia. Con una pretendida identidad socialdemócrata, y perfilado como de izquierda, o al menos de centro, **se trata de actitudes abiertamente de derecha.**

Los medios de comunicación propagan una visión de sociedad producto de los intelectuales y los publicistas cortesanos. Es “un proceso de producción de imaginarios y relatos que se empalman con modalidades de dominio abocados a la naturalización de transformaciones ocurridas bajo la dictadura, y a su proyección en la etapa democrática” (Ruiz, 2015, p. 24)

“Intelectualmente hablando, los años noventa son eminentemente oscuros en Chile” (Ruiz, 2015, p. 87). Mientras en América Latina la discusión está en torno al giro neoliberal, en Chile ya se tiene como irreversible. La discusión brasileña, argentina, francesa o alemana no se comunican con la escena local, obsesa en conceptos heredados como <<gasto social focalizado>> o el paradigma de combate a la pobreza. Esto supone preparar intelectual y académicamente en la elaboración mecánica de instrumentos para realizar y analizar encuestas pero incapaces de preguntarse por qué y para qué dichas encuestas se hacen.

Muchos intelectuales de izquierda se esmeran en medir si los índices de pobreza crecen o no, pero no se dedican a descifrar los mecanismos concretos que producen y reproducen esa pobreza. Es decir, “a reorientar la mirada hacia la gestación de la realidad social y dedicarse menos a medir su manifestación ulterior” (Ruiz, 2015, p. 183). La dominación capitalista construye una visión de la realidad centrada en los objetos y los fenómenos de superficie, y oculta el carácter de las relaciones humanas que hacen posible su poder. La visión predominante de la lucha política hace predominar el poder cuando aparece en forma ruidosa e incontestable, pero no se aprecia el curso cotidiano

de la lucha política en que ese poder se forma y reproduce. La visión burguesa de la política se centra en los momentos de realización del poder y no en su formación.

En el plano cultural general la cosa no es distinta. La <<norteamericanización>> impuesta en el oscurantismo de la etapa militar se mantiene. Además escasean las rebeldías creativas y las genuinas vanguardias. La cultura de masas se transmite a las capas “beneficiadas” de la modernización heredada, es decir a las que hoy saldrán a reclamar por la educación por el incumplimiento de la promesa meritocrática de un liberalismo que los impulsó a competir individualmente en aras del ascenso social.

b) Socialismo democrático para el Siglo XXI

Un tema que guarda especial centralidad, en el agotamiento de las fuerzas en el campo de la izquierda como de las que abdican al progresismo neoliberal, es el “agotamiento de la capacidad de pensar el socialismo y, con eso, de la capacidad de pensar la lucha anticapitalista propiamente tal” (Ruiz, 2015, p. 165). Hay que dejar de eludir la **crisis de la izquierda**.

El socialismo, entendido como proceso destinado a superar el capitalismo como forma de organizar los asuntos de la especie humana, entonces podemos añadir que el objetivo de esa transformación de la sociedad no se reduce a problemas de la conquista del Estado, sea por urnas o armas. El Siglo XX alecciona que la <<conquista del poder>> no asegura nada. La construcción del socialismo es un asunto que va más allá del Estado y del fortalecimiento del partido. **Un verdadero socialismo democrático triunfará a partir de un máximo expansión**-y no de constricción-de la democracia popular organizada.

La izquierda ha tenido la incapacidad de abordar las nuevas desigualdades, que se suman a las antiguas. Las antiguas son las propias de la distribución del ingreso contenidas en las antiguas luchas de la izquierda, se suman las nuevas de carácter más individual sin eco en política, medios de comunicación, solidaridades sociales. Las nuevas y las viejas el individuo las padece en soledad.

Se ha diluido el antiguo centro de conflictividad social del sindicalismo o las asociaciones de empleados. La escuela ya no ejerce su capacidad integradora. Los viejos

códigos de comprensión social y política quedan apabullados por imágenes inorgánicas de individuos aislados.

Una interpretación socialista del trabajo y sus demandas no pueden reducirse al trabajo asalariado tradicionalmente concebido, sino que referirse a todas las capacidades humanas en toda su generalidad y las opresiones que enfrenta: cárcel, fábrica, escuela, cuartos, hospital.

El socialismo del siglo XXI tiene que enfrentar la expansión del control del capital, y la consiguiente pérdida de soberanía del individuo sobre las distintas facetas de la vida social. En el Siglo XX el Estado socialista coincidió con el Estado republicano capitalista en reproducción común de las nociones patrimonialistas de Estado disciplinario moderno. Además los idearios democráticos del siglo pasado limitan la igualdad, para los capitalistas liberales, y la libertad para los socialistas.

Es un error común en izquierdas sobre ideologizadas, creerse inmunes al poder ideológicos de los grupos sociales dominantes gracias al manejo de unas cuantas verdades teórico-abstractas.

Para Ruiz, en la ceguera de la cultura de izquierda, se pretende construir fuerza política –por las armas o por las urnas- sin fuerza social, pero si ingresan más grupos sociales al campo de las confrontaciones en un momento dado, es mucho lo que está en juego para épocas venideras. En la racionalidad política dominante el poder aparece en el momento de las confrontaciones pero ese es sólo el momento culminante del poder, su realización. En cambio, los procesos de su gestación se ignoran.

José Joaquín Brunner

a) Tecnocracia e intelectuales

Para Brunner en las **sociedades democráticas compiten** (aunque se necesitan) los políticos (con el voto y la representación popular) y los técnicos (con su saber experto). Sin embargo, todo gobierno se compone de tecnócratas. Se han vuelto indispensables en los regímenes políticos. Ayudan a dar legitimidad, efectividad y eficacia a los gobiernos. Existen desde siempre y en la modernidad se acentúa su presencia por los procesos de racionalización, intelectualización y burocratización.

Son distintas las concepciones que se puede tener de tecnócrata. Éstas pueden ir desde: i) **intelectual público** (tánatos dentro de la polis), ii) académico especializado en políticas públicas para ejercer influencia (como es el caso de Eduardo Engel), iii) tecnócrata que sirve o critica al poder, iv) Technopol, que ingresa a política por su capital experto (Edgardo Boeninger), v) tecnoburócrata permanente en posiciones superiores de Estado, vi) político-técnico, en tanto hombre de poder (y partido) que actúa con enfoque ingenieril en acción pública.

b) Análisis de la izquierda en América Latina

La distinción de Bobbio, igualdad y desigualdad, por un lado, libertario y autoritario, por otro, no dan cuenta de las nuevas formas ideológicas. Tampoco quienes plantean que las ideologías se acabaron o que se entrecruzan por similitud. **En ese sentido se puede analizar el establecimiento de dos izquierdas en América Latina: socialdemócrata, por un lado, populista, por otro.** Tienen diferencias sobre: i) mediaciones institucionales del sistema político, ii) relación con la sociedad civil (sindicatos, gremios, movimientos sociales), iii) personalidad del poder y carisma. En Chile, la (neo) izquierda se desvinculó del marxismo, tomó el camino del voto y aceptó críticamente la economía política del capitalismo⁷.

c) Clasificación ideológica de partidos y movimientos políticos en Chile

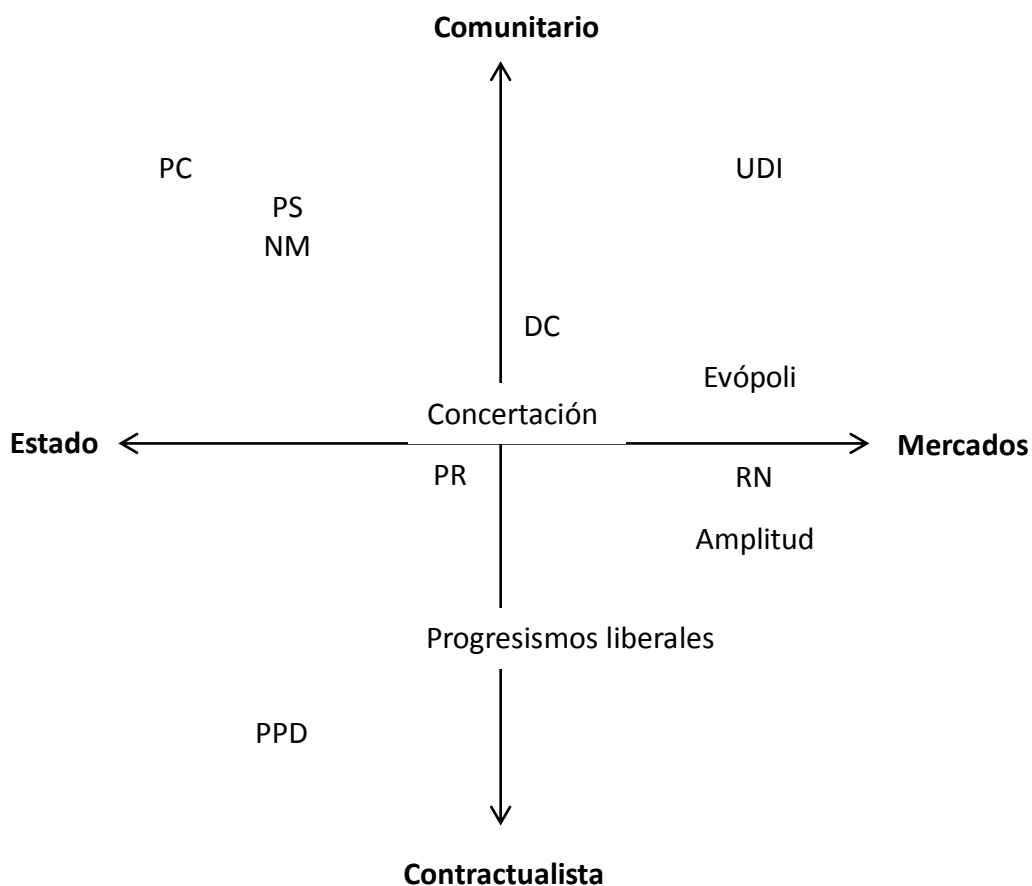
Un análisis de las **constelaciones ideológicos-políticas actuales** del país no puede contemplar únicamente una perspectiva unidimensional. Más bien hay que pensar en dos ejes que conforman cuatro tipos ideales (áreas ideológicas). El eje horizontal corresponde al de economía política (Estado y Mercados), el vertical a la dimensión cultural (conservador y liberal), pero que por la coyuntura chilena debe ser redefinido durkheimianamente por un polo comunitario (solidaridad moral) u otro contractualista-individuación (solidaridad orgánica). Esto permite la siguiente distribución de cuadrantes y partidos según representa el Gráfico N°1:

Para Brunner existe una mala concepción de **centro político**. No es un intermedio unidimensional entre derecha e izquierda. Esta confusión se debe a las elites políticas. Lo más cercano al centro político es la corriente reformista. Por otro lado, hoy día hay una

⁷ Para profundizar en este aspecto se recomienda revisar de las páginas 365 a la 375 de Brunner (2016).

nueva generación de **intelectuales públicos de derecha**. Son liberales que se anclan en la sociedad civil como fuente democrática y esfera más amplia (aunque siempre acotada) para el Estado, cambiando la concepción negativa de libertad y la limitada versión estatal de Hobbes.

Gráfico N°1: Ofertas ideológicas del espacio político chileno⁸



Fuente: Brunner, 2016, p. 421

d) Análisis ideológico de la Nueva Mayoría

El autor propone un análisis de la ideología del gobierno de la Nueva Mayoría. Su hipótesis es que arrancó con un fuerte contenido ideológico (y de las promesas

⁸ El detalle de esta discusión se puede seguir desde las páginas 416 a la 424 de Brunner (2016).

asociadas) pero se enredó en el camino por la gestión de las mismas. Aquí radica la crisis de conducción del 2015. Por lo tanto, estaríamos frente a un doble problema: crisis de conducción y mal funcionamiento en la ejecución. El diagnóstico de la NM contemplaba i) una sociedad cruzada por malestares, frustrada en la participación en los beneficios del desarrollo, ii) sociedad atravesada por profundas desigualdades, segmentada, atomizada y mercantilizada, esto gracias a iii) conjunto de políticas neoliberales y tecnocráticas. Esta nación de lacerante desarreglo, necesitaba adoptar otro modelo y cambiar su trayectoria sin presenciar lo que para Brunner es esencial: el cuarto de siglo probablemente más potente del desarrollo de Chile, con indicadores socioeconómicos mejores que antes.

La política posee dos dimensiones. Una relacionada a la disputa por cargos, y la segunda respecto a la dimensión cognitiva, ideas y proyectos políticos. En Chile, diría Brunner, **las turbulencias de la política chilena viene por estas dos dimensiones:** la lucha de poder y cargos, pero por sobre todo, la dimensión gramsciana (poder ideacional, simbólico y cultural) de la política. Se trata de la lucha por el poder a través, sobre y en las ideas. Este último punto es el que se puede ver en la **escisión ideológica entre la tradición concertacionista y la rupturista NM**. Las tensiones, a nivel nacional, se expresan en: i) juicio sobre la transición, políticas de crecimiento y desarrollo social, ii) juicio a instituciones democráticas y reforma, iii) cooperación pública – privada (educación, salud, previsión, transporte, autopistas), iv) papel del Estado en desarrollo y regulaciones. A nivel internacional, se pueden mencionar: i) posición frente a regímenes populistas y EE.UU, ii) importancia de la ciencia, desarrollo e investigación.

La idea central de Brunner es la de un reemplazo de la elite concertacionista por una nueva elite de la Nueva Mayoría, que se simbolizaría en los ex ministros Peñailillo y Arenas. Esta nueva elite es la base de poder de la NM con una fuerte influencia por el carisma de la Presidenta, con otra experiencia cultural (pos transición), un proyecto más radical, con menos consenso, y con capacidad para dialogar con la calle enarbolando un discurso anti elite (aunque finalmente, para Brunner, ellos también se van conformando como una nueva elite) de representantes de la ciudadanía vs. La tecnocracia.

Por un lado, la **Concertación** fue una coalición política con una ideología que fue creándose en dictadura y democracia dentro de las familias ideológicas socialdemócratas de tercera vía (democracia liberal, dignidad de las personas, justicia social y modernización). Se trata de una convergencia de pensamiento DC, renovación socialista, ideas liberales, nociones estatistas, de tradición laico-positivas radical. Casos políticos

de referencia son: el PSOE español antiguo, Blair y el partido laboralista, Cardoso en Brasil. No es correcto afirmar, para Brunner, que la Concertación es continuidad del modelo y proyecto neoliberal. La Concertación se caracterizó por impulsar:

- Transición: régimen político democrático, Verdad y Justicia respecto a la violación de los Derechos Humanos
- Desarrollo de país: Fórmula “crecimiento con equidad”, ingreso al consumo y bienestar.
- Acceso, participación y calidad de servicios sociales (Estado de Bienestar) en sectores de salud, educación, seguridad social y vivienda.

Esto se realizó a través de un instrumental de políticas públicas modernas de disciplinas académicas (economía, sociología, ciencia política, etc.) incluyendo mecanismos de cuasi mercado para la asignación de subsidio público y focalización. Éstas son influencias de: OCDE, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y Unión Europea.

Por su parte, la **Nueva Mayoría** sería una alianza política articulada entre programa y liderazgo. No viene precedida como convergencia de luchas (como la Concertación), incluso la crítica. La NM es un vacío de visión de mundo e ideología que ha sido llenado por el programa: muchos medios pero sin racionalidad de fines. Los conceptos de fondos van en:

- Democracia chilena es una herencia pactada
- El modelo de desarrollo fue neoliberal y hay que dar paso a otro modelo
- La modernización concertacionista llevó a la alineación de masas, malestares, consumo, deudas y precariedad.

Esta nueva elite NM tiene las siguientes características:

- Supone nuevo ciclo político (aunque no suponga la desaparición de otras elites)
- Genera una identidad simbólica de relato y narrativa desde un deseo anti-elite, sin privilegios ni ventajas.
- Buscar reemplazar la elite política concertacionista en un sentido generacional (Aylwin, Lagos, Boeninger, Bitar, Foxley, Correa) e identitario (antineoliberal, moralmente superior, rompiendo con la Concertación).

- Algunos “ecos” se ven en la derecha (Evópoli, Amplitud y nuevas generaciones) y la izquierda (RD, PRO y movimientos anti sistemas).
- No está claro si tendrá éxito en los desafíos que se propone.
- Autopercepción superior de alcance de sus proyectos e intenciones cuando más bien es una variedad más dentro del capitalismo.

A pesar de la NM, la mayor gravitación político-cultural (PS, DC y otros) conservan latentemente la ideología socialdemócrata de 3era vía. Lo que está en disputa es:

- Fundamentos y alcances de la 3era vía
- Contenido de caja de herramientas de políticas públicas más adecuadas
- Forma, estilo y emociones para próximos años (rupturista o reformista)

La NM no es, sin embargo, un marxismo neo revolucionario, ni neo estructuralista o de raigambre gramsciana. Más bien, los ideólogos y dirigentes de la NM imaginan:

Un capitalismo humano, esferas sociales desmercantilizadas, mercados estrechamente vigilados, un Estado activo y benefactor, panoramas igualitarios, una educación no contaminada por el lucro, sentido público hegemónico, más mezcla social. Al menos entre los grupos sociales no burgueses de la sociedad. (Brunner, 2016, p. 443)

En el plano político-intelectual, los sueños se apoyan en ideas fabianas, socialdemócratas, de “tercera vía”, comunitarias, de democracia social, de escuela justa y derechos garantizados. Los autores consultados son sociólogos europeos progresistas como Touraine y Beck. Intelectuales públicos de la modernidad reflexiva como Habermas, Dworkin y Bauman.

Con el cambio de gabinete del año 2015 la dupla Burgos-Valdés abrió la posibilidad de una coalición discursiva hacia el posibilismo, el concordismo y el gradualismo. Este ajuste ministerial mostró dos bloques en la Nueva Mayoría:

- 1) Rupturistas (orientado principalmente entre PPD – PC)
 - a) Crisis del modelo socialdemócrata rupturista (3era vía: crecimiento con equidad)
 - b) Programa NM como eje: cambio de paradigma
 - c) Radicalidad democrática (Asamblea Constituyente)

- d) Estilo político de confrontación y mayoría parlamentaria a la manera de la retroexcavadora

Tecnócratas de la NM sobrevaloran el Estado con un fuerte componente ideológico, mas no en gestión.

- 2) Reformista (orientado principalmente entre la DC – PS)
 - a. Modernización incompleta de economía y sociedad por insuficiente capacidad humana en innovación en aparato productivo y estatal
 - b. Política pública de 3era vía que supone cooperación público-privada con algunos mecanismos de mercado
 - c. Cambio institucional de la Constitución con proceso participativo y tecnocracia jurídica
 - d. Discurso pro acuerdos con sociedad y parlamento.

Según el sociólogo, la elite de la NM se plantea desde una “**sociología ingenua**” que confunde conceptos en tres elementos: 1) Elites y clases sociales como lo mismo, 2) Elites que funcionan como un solo bloque, 3) Concibiendo la historia de manera unívoca y simplista pensando que las elites únicamente son minorías trabajando por minorías. Se rehúsan a pensar que la democracia se caracteriza por la presencia (y no ausencia) de elites y su respectiva competencia. Las distintas elites funcionales en Chile son obra del mérito y la herencia. Brunner realza este último punto porque considera que la elite de la NM es anti elitista pues pretendería barrer con toda elite, siendo que ella misma se está constituyendo como una nueva elite con los mecanismos propios de una elite: selección controlada y la auténtica competencia.

Desde el progresismo educacional (desmercantilizar provisión de oportunidades educacionales; transitar de la igualdad de oportunidades a la de posiciones) de la NM se prefiere iguala y nivelar la sociedad: no que los talentos y capacidades se desarrollan y compitan. La propuesta de gobierno en educación no tuvo beneficiario ni sujeto colectivo claro. Es una tecnocracia negativa (acabar con sostenedores, contribuciones privadas, desmercantilizar). Fue antagónico a las clases medias.

e) Desafíos políticos de la centroizquierda

Entre los desafíos políticos de la centroizquierda está la recomposición de la elite política y su rearticulación con la sociedad civil. Esto se realiza a través de dos carriles:

- i. Nueva Mayoría tiene que evolucionar para conformar un **nuevo bloque político-cultural**, que de manera similar a la Concertación en su momento, reúna un amplio arco de fuerzas socialistas, socialdemócratas, comunitarias y liberales tras un proyecto compartido.
- ii. **Dicho conglomerado debiera hacerse cargo del actual momento de las contradicciones culturales del capitalismo.** La derecha y la izquierda poco reflexivas no se dan cuenta de esto. ¿Qué tensiones socavan la legitimidad capitalismo y modernidad? Buen resumen se encuentra en Laudato Si. Con base en la crisis ecológica, el cuestionamiento es más amplio al capitalismo moderno y su paradigma tecnocientífico que lo sociólogos suelen llamar como: racionalización, secularización y desencantamiento del mundo.

Este segundo tema, cree Brunner, radica en la capacidad creativa y destructiva del capitalismo y la modernidad. En el país se ve con el especial énfasis en los abusos de poder, así como la erosión ética de la pérdida de sentido de comunidad.

¿Podrá el progresismo chileno recrear en el próximo futuro una coalición político-cultural capaz de entender el principio de acumulación capitalista, estimular y regular los ´instintos animales´ de la empresa y usar los mercados en favor del bienestar general? ¿Y hacerlo sin renunciar, al mismo tiempo, a ridiculizar los excesos y vicios a que ese principio puede llevar? (Brunner, 2016, p. 163).

Daniel Mansuy

a) Comprensión política y multiforme

Daniel Mansuy considera que la crisis en la cual estamos envueltos es una crisis de narración. No es fácil comprender el Chile de hoy, no se puede resumir en tres consignas. “Los problemas políticos son siempre, en alguna medida, problemas intelectuales; y no es casual que los grandes políticos siempre hayan basado su acción en diagnósticos certeros y en comprensiones sofisticadas de la realidad” (Mansuy, 2016, p. 15). **La primera pregunta política debe ser de orientación.** Para salir de la perplejidad se necesita reflexión. A los políticos les cuesta admitir que hay algo así como un

problema. Una adecuada comprensión política requiere no ignorar las opiniones y percepciones de los ciudadanos. Información técnica y estadística, son insumo pero tienen alcance limitado. Si quieren ser relevantes, deben ser traducidos a un lenguaje político. Si así actúa la derecha, la izquierda no ha mediado y reflexionado políticamente las demandas del movimiento estudiantil.

La discusión sobre educación es el mejor ejemplo, estamos centrados en elementos anexos, pero no hay cambio en la calidad y en el aula. La obsesión es con cuestiones estructurales de carácter económico o jurídico. Creemos que puede resolver todos nuestros problemas: desigualdad, desintegración social, segmentación urbana, incivismo, delincuencia, etc. Corremos el riesgo de instrumentalizar la labor educativa (tecnócratas de derecha vs utopistas de izquierda). Una perspectiva correcta debiera preguntar por qué queremos transmitir a través de la educación, cómo y qué papel juegan las familias.

Las explicaciones del fenómeno político no deben alejarse en demasía de la comprensión del ciudadano. Los conceptos utilizados en el habla cotidiana reflejan la realidad. Una explicación política que no pueda ser comprendida por el ciudadano responsable sencillamente no merece ese calificativo. La desvinculación entre lenguaje común y política se vuelve incapaz de enfrentar problemas serios. Otros lenguajes comienzan a apropiarse de lo político: el técnico, el profético y/o el jurídico. Una comprensión política de nuestra situación requiere realizar una crítica severa a la transición. Se requiere un “ensayo cartográfico”, mapa que ayuda a orientarse pues, como sabemos, la transición no supo consolidarse políticamente y terminó aceptando la neutralización de la política.

La política busca articular ciertas diferencias, eso supone aceptarlas y acogerlas, no suprimirlas. Requiere una unidad relativa, o una unidad en la diversidad. En nuestra realidad significa: si los consensos se quebraron, se vuelve imprescindible elaborar otros, que permitan la existencia de la pluralidad en la comunidad. Esta es una de las tareas más urgentes. Es menester reconocer que la izquierda cuenta con una ventaja sustantiva. Tiene proyecto y razones políticas, aunque no le gusten a Mansuy. En política, quien logra rayar la cancha ha ganado (al menos) la mitad de la batalla, “más allá de los resultados electores puntuales, quien impone los términos de discusión logra ordenar a todo el sistema en torno a sus ejes conceptuales” (Mansuy, 2016, p. 130). Extremando el punto de vista, el objetivo de la actividad política es ser capaz de introducir líneas que articulen

la conversación pública. Una propuesta política tiene que hacerse cargo de la necesidad de cambio.

Instrumentos conceptuales anteriores oscurecen tanto que iluminan. Tenemos una urgente tarea, aproximarse a la realidad asumiendo carácter multiforme. “Escapar de los reduccionismos que se disputan la hegemonía en la discusión pública (...) asumir un punto de vista que busque en primer término, comprender” (p. 154). Los hábitos intelectuales están acostumbrados a un análisis binario de la política. Mansuy, por tanto, emprende su esfuerzo por aprender la realidad desde el término “modernización”.

b) Nuestra modernización acelerada y sus nudos problemáticos

El autor cree que Chile ha vivido un rápido proceso de aceleración sin que hayamos caído en la cuenta de lo que esto significa. Se trata, para Mansuy, no de proponer políticas públicas o soluciones prácticas, sino de esbozar un marco conceptual que pueda ayudar a posicionarse en la actualidad. Para ello, se presentan algunos elementos para definir modernización:

- Continua diferenciación social en función de un acelerado desarrollo técnico. Manent dice que la modernidad es el régimen de las separaciones.
- Representa pérdida de unidad de las distintas dimensiones de nuestra vida.
- Cada sistema despliega su código, lenguaje y exigencias específicas diluyendo, así, progresivamente, los vínculos sociales pre reflexivos. Los sistemas desarrollan una pretensión totalizante buscando explicar toda la realidad a partir de un principio o un aspecto⁹.
- La diferenciación es total: religión ya no es instancia articuladora de sentido, lo privado se distingue de lo público, el Estado de la sociedad, ciudadanos de gobernantes, trabajo de la familia.

Como dijimos en la subsección anterior, ante la modernización (proceso transversal y complejo) hay de todos las posiciones. Los reaccionarios son pura negación sin ninguna operatividad política. Los críticos parecen fanáticos (como Atria, según Mansuy) pues intentan restablecer la unidad social que el mercado ha roto. Los complacientes, por su parte, son ciegos frente a las tensiones producidas por la modernización. Una cuarta alternativa es la de mirar la modernidad como un hecho tan macizo como imposible de

⁹ Quizás es la expresión patológica del anhelo por recuperar la integración unitaria de la vida.

negar que debe ser analizado con independencia de juicio. Tocqueville es un caso de esto. Berger y Luckmann, influenciados en él, ayudan a profundizar en dicha perspectiva.

Para Berger y Luckmann, la principal dificultad de la modernización es la crisis de sentido, los individuos no encuentran sentido final a su existencia. “La diferenciación moderna también toca los sistemas normativos: aquellas convicciones que, en el pasado, servían para orientar la vida humana de modo integral, se disuelven, dejando al hombre sin coordenadas estables ni seguras” (Mansuy, 2016, p. 159). El hombre moderno recibe, por tanto, orientaciones múltiples y contradictorias provenientes de subsistemas diferenciados de nuestra vida.

La experiencia chilena indica que **nuestra modernización fue particular**:

- a. Fue un proceso muy acelerado. Recorriendo en pocas décadas lo que otros países recorren en más. En una generación el país cambió de punta a cabo. Este proceso se realizó desde arriba, sin mayores matices o pausas. La auténtica revolución modernizadora fue obra de los economistas de Chicago. Se soportó de manera pasiva sin gobernarlo políticamente. El regreso a la democracia no modificó sustancialmente las cosas. La crisis actual es, de algún modo, una reacción a todo aquello. Nadie quiso asumir los costos asociados a la modernización y esto dejó un curioso estado de vulnerabilidad política.
- b. El proceso se realizó casi exclusivamente desde el mercado. Fue el gran instrumento introducido en muchos ámbitos de la vida social, en los que antes habían operado otras lógicas. Comienzan a surgir las preguntas: ¿Hasta dónde queremos que llegue el mercado? ¿En qué medida y cómo el mercado erosiona algunos vínculos sociales?
- c. Sin embargo, la modernización chilena también conserva rasgos propiamente latinoamericanos, lo que no es un detalle marginal. La modernización opera sobre una cultura católica. Cousiño y Valenzuela caracterizan esta diferencia desde la categoría de “presencia”: “en América Latina, los grados de despersonalización son necesariamente menos profundos que en otros lugares, porque nuestra cultura está marcada por la presencia” (Mansuy, 2016, p. 162).

Repensar nuestra modernización nos lleva a vislumbrar los “nudos problemáticos” del proceso. Mansuy identifica tres:

- a. Ausencia de política. Justamente la política pretende articular la diversidad de lo humano. En épocas de diferenciación la labor es más compleja (esfuerzo por mediar entre intereses y aspiraciones en una sociedad diferenciada) e indispensable (la sociedad va perdiendo referentes tradicionales, entre esos, la política). Siguiendo a Aristóteles, Mansuy plantea que el hombre en tanto animal político (que necesita a otros a interior de la *polis*) no puede prescindir de la política impunemente.
- b. Posibles crisis de sentido identificadas por Berger y Luckmann. Riesgo latente que debe tenerse en cuenta a pesar de la especificidad latinoamericana que otorga cierta resistencia.
- c. Fundamentos morales del orden político y económico. El mercado autorregulado es una ficción. Nuestras sucesivas crisis de confianza guardan relación, de alguna u otra manera con esto, y nunca lo hemos tomado muy en serio.

c) Fomentar comunidades intermedias

La nación fue la forma nacional proveedora de unidad en contexto de diferenciación. Berger y Luckmann proponen una vía para atenuar el impacto de la crisis de la diferenciación funcional y sociedades plurales: el fortalecimiento y fomento de las asociaciones intermedias. Ellas son capaces de proveer sentido a pequeñas comunidades. El sentido siempre es compartido, esa búsqueda siempre se manifiesta de modo social por lo que estas colectividades cumplen un rol indispensable. El Estado y medios de comunicación son responsables de proteger, preservar y fomentar la existencia de tales comunidades, siempre que cumplan condiciones mínimas. En América Latina esto es relevante, en tanto, nuestra vida común se ordena en torno a la presencia, en comunidades efectivas.

Se trataría, para Mansuy, de desarrollar una “auténtica subsidiariedad”, el desafío es fortalecer las comunidades existentes donde las personas se integran naturalmente a algo que sienten propio. Este es un antídoto para las patologías más potentes de la modernidad. Esto significa, también entender la subsidiariedad mucho más allá de los agentes económicos, aunque los incluye. Por tanto, Mansuy se encuentra contrario a todo proyecto que pretende aumentar proporcionalmente las atribuciones del Estado y reduciendo las asociaciones intermedias.

El mundo avanza en anonimato en función de la racionalización burocrática y la diferenciación constante, por lo que este tipo de asociaciones se convierte en fuente de sentido e instancia de encuentro personal, forma básica de tejido social. Estas fuentes de sentido son diversas, no admiten homogeneización ni estandarización, respetarlas en su propia lógica supone no intervenirlas desde códigos ajenos (como obligarlas a adscribir al abstracto Régimen de lo Público que propone Fernando Atria). Está el peligro de concebir lo público sólo como estatal o atribuirle un poder de derecho de tutela. Lo público emerge de la diversidad de lo humano, a partir de lo cual es posible crear y recrear un mundo común y compartido encontrándonos desde nuestras diferencias. Una defensa razonada del mercado podría decir que la libertad económica es importante no sólo porque alcanza mayor eficiencia, sino porque es soporte indispensable de mayor pluralidad. Allí donde un Estado, mal entendido, pueda uniformar, el mercado, bien entendido, despliega pluralidad.

Para Tocqueville una de las amenazas de la sociedad moderna es la combinación de individualismo con masificación. Se logra imponer un Estado tutelar que impone condiciones a masa de individuos carentes de organización. Dos pistas del pensador francés para atenuar estos síntomas: Fomentar asociaciones civiles y descentralizar (acercando las estructuras de poder a las personas). No se trata de cumplir el sueño de la izquierda por la democracia directa, sino de acercar las centralizadas instituciones de representación política con la gente.

Siguiendo a Javier Gomá, es indispensable recuperar la noción de “ejemplaridad pública”, tomar conciencia de que nuestros actos tienen incidencia sobre los otros. Toda acción y toda decisión de cada individuo posee efectos públicos. La ejemplaridad es otra forma de recuperar unidad. Una vida ejemplar no es dividida, tiene coherencia la palabra y la acción.

Nuestra crisis, que es de comunidad, se enfrenta políticamente. Recuperando un lenguaje que nos permita comprender que las dificultades son comunes y que sólo se podrá avanzar asumiendo una dimensión comunitaria efectiva.

d) El proyecto pos-transición de Fernando Atria

Para Mansuy, Fernando Atria elabora uno de los proyectos más acabados de aquello que podríamos llamar la post-transición. Para el constitucionalista, si el descontento no toma cauce político alcanzará una magnitud inorgánica muy importante.

Por tanto, el objetivo es elaborar un dispositivo intelectual que pueda reemplazar el esquema guzmaniano, antes que se produzca una desbandada mayor.

Para Atria, lo que ocurre en Chile desde el 2011 es que se comenzó a cuestionar la hegemonía neoliberal, dominante (y naturalizada) durante décadas. Para el constitucionalista los gobiernos de la Concertación adoptaron el esquema sin percibir claramente que estaban siguiendo las recetas de sus adversarios. El objetivo de Atria es explícito: “reemplazar el paradigma neoliberal, lo que implica modificar nuestros hábitos intelectuales y nuestra manera de aproximarnos a la realidad (...) Las soluciones neoliberales ya no aparecen como evidentes, sino más bien como problemáticas” (Mansuy, 2016, p. 110).

Atria, para Mansuy, sin mediar explicación, transforma la promesa de su paradigma en axioma e certidumbre. “A fin de cuentas se trata de una perspectiva religiosa (e irracional) más que propiamente político o filosófica, en cuanto pretende reducir la incertidumbre propia de la acción humana” (Mansuy, 2016, p. 113). El nuevo paradigma, es el que Atria bautiza como “Régimen de lo Público”. Este régimen busca “sacarnos de las relaciones colectivas fundadas en el egoísmo propio del neoliberalismo, para permitirnos acceder a un ideal de realización recíproca, donde pueda emerger un interés genuino por el otro” (p. 110). Atria cree que el neoliberalismo tiene un déficit de humanidad. El liberalismo contractualista (fundamento del neoliberalismo) supone la plenitud humana como una cuestión individual y prepolítica, pero el nuevo paradigma se afirma en la lógica contraria: la realización humana es necesariamente recíproca¹⁰. La “inhumanidad” del paradigma neoliberal no requiere mayor explicación según el constitucionalista.

La salida de la hegemonía neoliberal no es fácil y Atria se interesa por la orientación más que por los detalles¹¹. Esto ocurriría usando el autointerés con el objetivo de fundar un orden capaz de superarlo. No se trata de negarlo, sino de admitirlo. Utiliza el ejemplo del procedimiento de quiebra. Atria se aleja del liberalismo contractualista más de lo que está dispuesto a reconocer. Nuevamente amparado en Hegel, la inspiración de Atria, asume que la sociedad civil se articula en torno al autointerés particular, mientras

¹⁰ Incluso el subsidio al pobre está concebido más desde el bienestar del rico que desde la dignidad del necesitado.

¹¹ Es lo que está, de menor o mayor medida, detrás de la Nueva Mayoría. Ellos también están más preocupados por la orientación que el detalle, dice Mansuy.

que el Estado permite acceder a lo universal: el mercado es entonces aquel lugar donde todos son mis enemigos, y mi única obligación viene constituida por el mínimo legal.

La “animadversidad” de Atria no es sólo con la empresa sino que los particulares, en cuanto particulares, pues estén condenados a perseguir fines egoístas. Sean empresas, congregaciones religiosas o universidades. Lo particular es necesariamente sospechoso.

Para Mansuy, la Nueva Mayoría encarna el fin de los técnicos, pero éstos no son reemplazados por políticos, sino más bien por profetas que anuncian un mundo nuevo. Esta aproximación presenta dos problemas: 1) instrumentaliza el presente en función del futuro descrito por aquellos que poseen el don de la profecía, tomando a las personas que habitan en el presente como medio para lograr algunos fines en el futuro; 2) ¿la historia ha de agotarse en el nuevo paradigma?, si llegara a acontecer otro nuevo paradigma, éste inevitablemente superará los problemas que conlleve el Régimen de lo Público.

Llama la atención cómo Atria escribe sobre educación, derechos sociales y ciudadanía sin hacer alusión a las comunidades efectivas: familia, ciudad. Son importantes las instancias de socialización que permiten salir de la consideración narcisista de nuestra individualidad. “Es cierto que la familia (y las comunidades) puede transmitir privilegios (entre muchas otras cosas), pero esa es la contracara indispensable de los bienes que procura” (Mansuy, 2016, p. 148).

Para Mansuy, la educación es transmisión de herencia, aquello que antes recibimos de otros y consideramos importante para seguir desplegando. Olvidando esto la educación se convierte en algo meramente instrumental (como lo es para tecnócratas de derecha como para utopistas de izquierda). El régimen atriano no considera la educación como transmisión, eso no ayuda pues para avanzar en la solución de nuestras dificultades tenemos que rehabilitar nuestras comunidades, sólo desde ella puede emerger una vida auténticamente pública. Si la transmisión no es educación, es porque coincide con ver al mercado liberador de tradiciones y naturaleza. La educación que no busca transmitir es porque concibe la transmisión desde la herencia y ella es una carga que nos oprime, nos obliga a recibir algo sin mediar previo acuerdo.

Finalmente, el registro de Atria es polémico. Tiene una peculiar concepción de neoliberalismo. Obtiene, finalmente una visión maniquea de la realidad, tiende a

concentrar todo el mal humano en un sistema. “El mundo construido por Atria tiene tantos o más defectos que la peor versión de lo que llama neoliberalismo” (Mansuy, 2016, p. 128). Comprendiendo el mercado solo desde el autointerés produce un curioso acuerdo con Friedman, Hayek y Marx. Para Friedman el mercado sólo debe ganar dinero. Atria comparte la descripción más no la valoración (pues para Friedman esa sería una sociedad libre). Asumido que la empresa sólo busca eso, hay que pensar en nuevas formas de convivencia que superen el egoísmo. Sin embargo, los hombres nos movemos por una multitud de motivos. El lucro es uno de ellos. Atria, Friedman y Marx terminan simplificando el mundo. La verdad es que las acciones humanas tienen múltiples motivos y no sabemos cuánto pesa una de la otra: “Querer ganar dinero no es necesariamente incompatible con dar trabajo digno o con tener buenas relaciones con la comunidad, porque éstos también son bienes que mueven (al menos en principio) a las personas” (Mansuy, 2016, p. 121).

e) Diagnósticos y límites de la derecha

Por su parte, **las respuestas de la derecha** para las fisuras que explotaron el 2011 concluyen que la crisis no responde a cuestiones estructurales. Mansuy repara en el análisis de Luis Larraín. Para este último, Piñera elevó expectativas y no supo defender el modelo de libre mercado. Mansuy responde a Larraín que las dimensiones de la crisis no se explican por expectativas y que el modelo fue diseñado justamente para no necesitar defensa política.

En tanto, para Marcel Oppliger y Eugenio Guzmán la tesis del malestar descansan, según Mansuy, más en “aseveraciones que argumentos” y “teoría más que evidencia”. Para el doctor en ciencias políticas, las opiniones de los ciudadanos no pueden refutarse sin más desde un conocimiento técnico, sino que son materia intrínseca de lo político. No porque muestres cifras altísimas de crecimiento y satisfacción, la gente estará equivocada. No hay formulación política de los datos.

En ambos libros, sintetiza Mansuy, opera una concepción equivocada de la especificidad de lo político: ella no sería más que una extensión de la economía por lo que basta aplicar con instrumentos de dicha disciplina:

Dado que las estructuras intelectuales dominantes en parte importante de la derecha chilena provienen de la economía clásica, que es metodológicamente individualista (esto es: trabaja a partir de la consideración de preferencias

individuales), dicho sector no logra captar los fenómenos políticos, porque carece de las herramientas conceptuales para ello. (Mansuy, 2016, p. 81).

El caso más notorio del déficit es Axel Kaiser. Para él, la derecha tiene problema intelectual. Discursos doctrinarios generan hegemonías políticas. Autor entiende defensa de libertad económica desde razones morales más que técnicas. Para Mansuy, la intuición es correcta pero parte de premisa partisana pues no concede ningún punto a su interlocutor “El otro modelo”. Elimina, por tanto, cualquier consideración política. Además, para Mansuy, Kaiser tiene concepción simplista del Estado, es violento y opresor. Es contradictorio porque el mercado funciona gracias a las regulaciones estatales.

Para Mansuy, las respuestas de la derecha (que pensarían que el derrumbe de la transición se debe a motivos exógenos) son estrechas, porque asume casi exclusivamente que todo es fruto de la vociferación de la izquierda insatisfecha o coyuntura política sin mucha trascendencia. Pero para Mansuy es importante **tomar en cuenta las desilusiones del progreso**. Basándose en Aaron cree que merecen atención un poco más detenida pues una cosa es querer hacerse cargo de esas desilusiones y otra muy distinta es suscribir íntegramente las propuestas provenientes de la izquierda más radical. La izquierda sacó provecho (con un poco de mala fe) de la tesis del malestar en gobierno de Piñera, pero dicho movimiento conectó con fenómenos efectivos y reales. Sería nefasta guardar silencio sobre esto.

En la derecha el binominal tuvo, también, efectos paradójicos. Creó una situación confortable con la mitad de los cargos y un tercio de los votos. La derecha, tan pro mercado, no aceptaron que también la competencia (en política) tiene virtudes y que su ausencia alimenta disposiciones perezosas. Además propició capacidad de bloqueo y veto pero ningún proyecto político. No se puede articular en torno a la pura negación y silencio. Hubo escasa conciencia que esto también era un problema. Oscilación entre dos alternativas: 1) asumir actitud antagónica y negativa, 2) asumir críticamente los ejes conceptuales de su adversario pero sin nada original que proyectar. La posición se fue desnudando hasta reducirse a una eficiencia muda (cuando fueron gobierno) incapaz de orientar (ni hablar de motivar) hasta el más obtuso de los tecnócratas.

El gobierno de Piñera es muestra de esto: 1) No propuso discurso político sino que utilizó lenguaje empresarial, con instrucciones y exigencias ajenas a la política de ministros, utilizando el concepto de “excelencia” como eje conceptual; 2) El otro eje

utilizado fue el de la primera transición. Volver a los consensos dorados de los '90 como si fuese posible retroceder en el tiempo. Expresivo de la derecha, pues también esos fueron sus años dorados.

Además, la derecha tuvo el derrumbe definitivo de cualquier tipo de legitimidad moral vinculada a la dictadura. Durante los años noventa todavía habían sectores que defendían lo obrado. Pero esto se fue cayendo: la detención de Pinochet lo obligó a defenderse en plano jurídico y no político. Cuando lo toman preso pierde parte del poder que ostentaba. Las mesas de diálogo del '99 muestran que cuerpos fueron arrojados al mar. Ya no se podía hacer caso omiso de las violaciones a los DD.HH., o el 2004 cuando se conoció el caso Riggs.

El momento que los partidarios dejaron de defender el régimen hubieron consecuencias específicas. Como la dictadura encarna aquello que rechazamos, entonces todo lo que encuentra su origen en ella también debe ser rechazada. Por tanto, “las instituciones o reglas instauradas en dicho régimen (que no son pocas) han ido quedando en una situación particularmente precaria: todas son sospechosas, todas carecerían de legitimidad democrática, todas estarían al servicio exclusivo de la agenda guzmaniana” (p. 94). Criticar instituciones de la dictadura se convirtió en “deporte popular”.

Si la derecha carece de discurso de futuro, es porque ha reflexionado poco sobre su pasado. Esta es una consecuencia de la neutralización de la política, la contención dura un tiempo, pero no para siempre. Las movilizaciones del 2011 revelaron las ambigüedades de la transición tanto de la izquierda como la derecha. **La política vuelve a ser requerida.** Tenemos que asumir algún grado de confrontación en la vida social.

La Concertación no fue concebida desde una auténtica vocación mayoritaria. Cuando la tuvo, en ambas cámaras, no supo qué hacer. Al perder por las urnas descargó toda su rabia contra el pasado: sumó a los comunistas, obstruyó al gobierno de Piñera y asumió las consignas del movimiento estudiantil del 2011.

“¿Cómo elegir entre el inmovilismo miope de aquellos que se niegan a asumir los cambios que ha vivido el país y el mesianismo desatado de aquellos que buscan remover los cimientos de lo que llaman el orden neoliberal?” (Mansuy, 2016, p. 129). En este

sector intermedio hay un vacío, pues no existe un fundamento político-intelectual que haga contrapeso a los nostálgicos de la transición y los profetas de izquierda. Los extremos, eso sí, procesan sólo algunos elementos de la realidad política. El síntoma más efectivo es la Democracia Cristiana. La alianza con la izquierda le pesa más que nunca.

Hugo Herrera

a) Necesidad de comprensión política

Comprender el nuevo contexto de modo correcto requiere evitar simplificaciones, abrirse a la heterogeneidad y, además, no mantenerse en una actividad meramente contemplativa y reflexiva sino que también decidir. **Es necesario desarrollar una metodología o una manera de interpretar específicamente política.** Una comprensión política tiene algunas exigencias. Apertura adecuada a la complejidad (generalidad) y singularidad de la situación, por un lado; por otro, capacidad de decisión que lo aleje de la eterna contemplación y, además, someterse al reclamo de la justicia, de manera adecuada y no desproporcionada. Una comprensión decisiva y abierta es un desafío persistente de las elites intelectuales y política. Se trata de legitimidad: la capacidad de articular realmente la voluntad del pueblo según comprensiones plenas de sentido.

La deslegitimidad viene cuando se permanece en contemplación y silencio. Es esterilidad política. Es consecuencia de la impotencia de la comprensión. Esto aleja al pueblo de las elites, siempre hay quienes están dispuestos a decidir. Otra opción es que se entienda la multiplicidad a través de ideas preconcebidas. Esto puede terminar en una concepción estrecha: la impotencia es la consecuencia de la ilegitimidad de la comprensión. También puede ocurrir que la comprensión sea superior al nivel de complejidad. Esto puede dejar de hacer justicia y pasar a modos de violencia.

La izquierda y la derecha han carecido de capacidad comprensiva. En la **izquierda hegemónica** suele llevar una parte por el todo: algo así como que el programa de gobierno es un sentido común nacional. La identificación llega a ser manipuladora. En el afán de imponerse o de reducir la posición ajena “los hegemónicos actúan a menudo como si sus argumentos fueran lo obvio, lo indudable, lo evidente” (p. 58) Si en la vereda del frente están quienes no ven lo evidente esta la tentación de pasarlos por alto, y así, de condenarlos. Suele haber poca capacidad reflexiva en torno al resultado en las urnas. Además de contar votos, la democracia necesita discusión racional común.

La verdad política no es un saber autoevidente, ni la versión secularizada del puño de Dios. No es algo parecido a la economía (mera concurrencia de las partes fijas del precio) sino que necesita asamblea: justificar y probar la plausibilidad de las diversas preferencias.

Dentro de la Nueva Mayoría hay excepciones. Los moderados le entregan una capacidad multiforme, rica y compleja a la sociedad actual. Hay un ciudadano poco cargado ideológicamente que optara por el pacto mientras logre mantener la pluralidad de posiciones internas y la derecha persista en su debilidad y monotonía discursiva.

El éxito del grupo moderado depende que extienda su diagnóstico y entienda que el proceso de cambio de ciclo es un desbarajuste general que afecta al país completo y no que concierne sólo a la NM.

Por su parte, la **derecha política** encarna efectivamente ciertas ideas y sentimientos: orden, esfuerzo, nación y libertad. Hay que distinguirlo de la derecha económica. Hay derechas independientes a los intereses de las capas más ricas: la nacional-popular y la socialcristiana.

Probablemente Jaime Guzmán es el último de los políticos de derecha que articuló un discurso a la altura del tiempo. Relato es el único vigente, éste se nutría de diálogo con la realidad social de este tiempo.

b) Falencias en la derecha: Historia intelectual y estructuras legítimas de poder

Tras la muerte de Guzmán y con las siete alteraciones identificadas, la UDI y la derecha se hallan carentes de un relato válido para el momento presente. Durante el siglo XIX y parte importante del XX la derecha mantuvo una participación fundamental en el mundo académico e intelectual: Manuel Montt, Antonio Varas, José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Abdón Cifuentes, Zorobabel Roríguez, Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards, Mario Góngora, Benjamín Vicuña Mackenna. Pero desde los años '80 esto se vio fuertemente debilitado, sobre todo en las humanidades. Con la vuelta de exiliados, ahora con doctorados en economía la discusión técnica era buena, pero la derecha ha carecido en el campo del pensamiento político. **Esta es una de las falencias más destacables: la ausencia de conciencia sobre la historia del pensamiento intelectual del sector.**

La derecha, salvo excepciones, en los libros comentados, es concebida como una amalgama confusa de liberalismo económico y cristianismo. Compatibilidad difícil entre la maximización de la utilidad individual con la doctrina moral que tiene como fundamento el amor desinteresado al prójimo.

El poder político y económico se ha concentrado en una clase dominante capitalina. El malestar popular es también correlato del exceso de concentración del poder. La ausencia de ideas ha terminado conduciendo a la derecha al énfasis reduccionista de los últimos años y al mutismo a: movilizaciones del 2011, cuarenta años del golpe, primeros meses del gobierno de Bachelet.

La derecha ha disminuido su presencia en estructuras de poder legítimas. Tuvo fuerte arraigo en grandes conglomerados urbanos en Santiago, Viña, Valparaíso, Concepción y Talcahuano. La mística que significaba disputarle las poblaciones a la izquierda quedó obsoleto. Son muchas las razones.

En 1973 se cortó el vínculo de la derecha con los sindicatos. Conjuró amenaza marxista reforzando derecho de propiedad, desmantelando sindicatos. Pero hoy la distancia es injustificada. Los sindicatos son indudablemente un campo de participación política y retirarse de él implica cederle espacio a la izquierda. Participar en el movimiento sindical robustece la libertad política. Por un lado distribuye poder monopólico de la derecha. Por otro, sindicalismo aumenta fuerza incrementando la distribución del poder económico.

La derecha hoy representa una oligarquía social, empresarial con ciertos grupos de clase media emergente y un sector de la Iglesia Católica. Dos de estos casos con legitimidad desgastada.

La ausencia de encarnación en estructuras legítimas de poder (poblaciones, sindicatos) es el efecto, no la causa. La causa es la falta de discurso político. La derecha trata de cubrir este vacío con una doble actitud. Por un lado, se opone. Por otro, recurre a un destilado escolástico y mecánico de Guzmán sobre la libertad, defensa del sistema económico o subsidiariedad privada.

Piñera necesita un discurso más denso para su gobierno: resultados económicos y pueblo en ebullición. En la derecha hay muchos que no se percatan de la falta de discurso. En el anexo del libro de Herrera viene el análisis a algunos artículos que

políticos y estudiosos han tratado de probar que la derecha sí tiene ideas. El resultado es dispar. Aunque dan algunas luces, el diagnóstico no es correcto. Ofrecen salidas muy complejas para la complejidad teórica de la época presente.

La mirada a la **historia intelectual de la derecha** que Herrera realiza supone distinguir entre:

i. **Historia fáctica de la derecha.** Lo que han dicho y hecho los partidos, dirigentes y miembros del sector. Durante siglo XX y actual muestra una hegemonía del elemento oligárquico. Sin embargo, en la corriente intelectual han predominado las corrientes nacional-populares y socialcristianas. Estas son distinguibles de la oligarquía.

ii. **Historia intelectual de la derecha.** Que concentra las producciones teóricas de los pensamientos de derecha.

Sofía Correa se inclina a vincular la derecha con la oligarquía social y económica. Para ella las corrientes socialcristianas y movimientos nacional-populares tienen influencia escasa en la derecha, cuando no recibimiento de hostilidad. Lo que se sigue del texto de ella es que la derecha específicamente política distinguible de la oligarquía, es una excepción. Además, aunque no está en el horizonte de Correa, se sigue que una derecha política requiere, distanciarse hasta cierto punto, de los intereses de la oligarquía.

Para Herrera hay matices, la derecha ha tenido corrientes no-oligárquicas e incluso anti-oligárquicas. Un caso es que la DC, a pesar de su singularidad chilena con la izquierda y generalidad con la derecha, no le quita su raigambre conservadora y las tensiones con la derecha oligárquica. Correa, tampoco, cita a Encina, Góngora, Edwards o Guzmán. Todos ellos son, hasta cierto punto, discernibles de la oligarquía (Guzmán, con toda claridad, en su primera fase). Lo de ella es la historia fáctica de la derecha, no intelectual.

Una historia intelectual de la derecha logra identificar cuatro tradiciones, las cuales coinciden con otras tendencias del sector a nivel occidental. A veces las tradiciones son aliadas, otras tantas se distancian. Las tradiciones pueden ser ordenadas por el eje liberal/no liberal y por otro lado, el eje cristiano/laico como se visualiza en la Tabla N° 3.

Es difícil identificar una esencia de la derecha. Pues su oposición se forma en tanto términos relativos. Además son términos polisémicos. Se usan en campos diversos: asuntos económicos, morales, político-institucionales, incluso estéticas. Las decisiones personales y colectivas van conformando un panorama político de una manera dinámica y fundamentalmente abierta a lo posible.

Tabla N° 3: Cuatro tradiciones intelectuales de la derecha en Chile

	Liberal (económico)		
Cristiano	Cristiano y Liberales	Laico y liberales	Laico
	<p>Moralmente conservadora. En lo económico: librecambismo, capitalismo y subsidiariedad negativa.</p> <p><i>UDI y algo RN.</i> <i>Jaime Guzmán 2</i></p>	<p>Liberales moralmente. Económicamente librecambistas y capitalistas.</p> <p><i>P. Liberal</i> <i>Amplitud</i> <i>Algo RN</i> <i>Barros Arana</i></p>	
	(Social)cristiano y no-liberales	Nacional-populares (Laico y no liberales)	
	<p>Conservador moralmente. Compromiso con los pobres y sindicatos.</p> <p><i>P. Conservador, Falange, Construye Sociedad e IES.</i> <i>Zorobel Rodríguez</i> <i>Jaime Guzmán 1</i> <i>Mario Góngora 1</i></p>	<p>Límite a lo económico. Significado político de Estado, nación y pueblo.</p> <p><i>P. Nacional, Ibañismo</i> <i>P. Agrario-Laboralista</i> <i>Algo RN</i> <i>Encina</i> <i>Mario Góngora 2</i></p>	

	No liberal (económico)	
--	------------------------	--

Fuente: Elaboración propia con datos obtenido en Herrera, 2014

En la Democracia Cristiana es difícil hacer una clasificación pues, de raíz socialcristiana, su pensamiento económico muchas veces es liberal. Los gremialistas fueron socialcristianos (corporativistas), en una época, y cristiano-liberales, en otra.

Esto muestra que el pensamiento de derecha es mucho más complejo y plural de lo que habitualmente se le presenta, ante el predominio neoliberal de hoy. Góngora, Encina, Edwards y Guzmán es una muestra ello. Los tres primeros pensadores que actuaron en política, el último, político con altas dosis intelectuales.

Una reactivación de tradiciones no es un regreso dogmático, sino una aproximación reflexiva a las fuentes de las tradiciones para que iluminen el futuro: socialcristianismo en contexto en contexto de diversidad religiosa o tradición nacional-popular que no caiga en el extremo nacionalista o populista.

El pensamiento de derecha tiene dos fuentes: a) Las cuatro tradiciones de pensamiento; b) La realidad nacional. La oligarquía de la capital de este país le cuesta saber lo que pasa en Chile: pueblo de provincia, poblaciones, trabajadores, brusquedad hacia sus tiendas, capital hacinada, mañanas y noches frías. Eso no es “calle”, ni trabajo voluntario. Es, simplemente, abrirse a la realidad nacional. Recién ahí la derecha volverá a ser ciudadana.

Como hemos dicho, Guzmán es el último vástago de una historia más que centenaria, de una derecha intelectualmente mucho más robusta que la de hoy. En el siglo XIX, la derecha se nutrió de conservadores (Cifuentes, Rodríguez) y liberales (Lastarria, Barros Arana, Vicuña Mackenna), en el siglo XX hay dos nuevas vertientes: la socialcristiana (Juan Enrique Concha¹² y Mario Góngora¹³) y la nacional-popular (Francisco Antonio Encina, Luis Galdames y Alberto Edwards, los tres activos en

¹² Autor de “Cuestiones obreras”, texto inspirado en la *Rerum Novarum*.

¹³ Historiador de la revista *Lircay*, Juventud Conservadora, vicepresidente de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos del Partido Conservador.

política¹⁴). Estos grupos atenuaron su influencia recién bajo el régimen militar. Aquí es donde predomina el neoliberalismo en su versión laica y cristiana.

Al revisar el pensamiento de autores ejemplares de diversas tradiciones de la derecha del pasado podemos decir lo siguiente.

1. Francisco Antonio Encina (Nacional-Popular)

De él viene la ya mencionada mecánica del cambio de ciclo político: desajuste entre pueblo e institucionalidad. Para Encina la educación es una forma de superar el desbarajuste y volver a alcanzar una realización de ideas. Esto está orientado a virtudes industriales (saber técnico-práctico) que militares. Este desarrollo industrial es el intermediario entre ideas y realidad, pueblo y organización. El florecimiento o decaimiento de la nación está en manos de la elite. Muchas veces se antepone los anhelos populares de justicia social y bien general, por los intereses de clase. Destacan dos aspectos imprescindibles en Encina: el carácter nacional-popular y el talante anti-oligárquico. No es un nacionalismo esencialista.

2. Alberto Edwards (Nacional-Popular)

Para Edwards la alternativa no es entre obediencia o desobediencia. Más bien que obediencia, adhesión a un principio espiritual o al sometimiento material a un mecanismo. Para Edwards el segundo es nefasto. Al igual que Encina puede denominarse “tradicionalista crítico”. Ambos tienen la misma actitud a la clase alta chilena. Tienen gran capacidad administrativa y financiera, pero ineptitud para dirigir elementos espirituales de la alta política. Para ambos, se trata de la incapacidad de comprender políticamente la situación. Basta un factor desestabilizador, la clase intelectual, para que el pueblo tome conciencia del carácter oligárquico del orden.

Lo que puede sacar al país de su desquiciamiento es la vieja receta portaliana (un ejecutivo muy fuerte) no la revolución proletaria ni la monarquía absoluta.

¹⁴ A éstos habría que agregar a Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Nicolás Palacios, Luis Ross, Guillermo Subercaseux. Esta generación gira en torno a la llamada “Crisis del Centenario” que también congregó a Luis Emilio Recabarren, por la izquierda, y a Enrique Mac-Iver, por el Partido Radical.

Esta generación, hegemonía de la derecha del Centenario, poseen una gran capacidad interpretativa que desbandó a los liberales en los sectores de elite, sino que también en el mundo de la izquierda.

3. Mario Góngora (Social-cristiano)

Góngora, el más intelectual de los cuatro analizados, opera en el ambiente de intelectuales social-cristianos: Asociación Nacional de Estudios Católicos, influidos por Encíclica *Quadragesimo Anno*, ligada a la Juventud Conservadora y a la revista Lircay. En él se encuentra el pensamiento teórico de mayor calado en la derecha en la segunda mitad del siglo XX. Su obra además de socialcristiana dialoga con autores poco usuales para la derecha como Kant, Hegel, Heidegger, Jaspers, Nietzsche o Burckhardt. Con la creación de la Falange Nacional Góngora entra en crisis existencial. Lo conduce adherir a la izquierda pero luego se desilusiona. Es opositor a Allende y adherente a derrocamiento militar.

Su tesis es que el Estado es la matriz de la nacionalidad: la nación no existiría sin el Estado que la ha configurado siglos XIX y XX. Antes que una sociedad diseñada y burocrática, es la existencia común, la totalidad viviente del país. También lo reconoce como es aparato de poder y que han de imponérsele límites si se quiere resguardar la libertad.

4. Jaime Guzmán (cristiano liberal)

Para Herrera, el Guzmán histórico ha sido reemplazado por un mito caricaturizado por detractores (que lo sindicaron como la mente perversa tras abusos del modelo y violaciones de Derechos Humanos, homosexual reprimido) y seguidores (que ocupan sus escritos como un corpus doctrinario dogmático).

Lo importante de Guzmán es que fue más un político inteligente más que un teórico de la política. Cambió de posiciones cuantas veces estimó, desde el corporativismo, pasando por la democracia liberal, un capitalismo en el cual se trata de dar utilidades y control a trabajadores de la empresa, autoritarismo combinado con liberalismo económico, versión sui generis de democracia. La llamada "síntesis" guzmaniana de teoría económica de Chicago y gremialismo, no es una doctrina, sino una solución de circunstancias.

La preocupación central del pensamiento y praxis política de Jaime Guzmán, según Herrera, fue defender, con sentido de tiempo, la irreductibilidad del espíritu y su posibilidad de desplegarse en un mundo afectado por inmensos poderes seculares. Guzmán entendía la economía de mercado como un mecanismo eficaz, en ciertas circunstancias, para dividir el poder y garantizar la libertad. Su autoritarismo de los '70 y '80 hay que entenderlos desde la respuesta institucional que veía a la amenaza del socialismo real. No hay que confundir esto con su adhesión al autoritarismo con las violaciones a los Derechos Humanos, pues corrió riesgos afrontando a Manuel Contreras, por ejemplo.

5. Conclusiones y Palabras finales

a. Síntesis del análisis

Como vemos, la interpretación sobre la situación política de los últimos años tiene distinto nombre según los autores. Brunner y Ruiz coinciden en llamar a esto ciclo histórico. Para ambos, está en duda el inicio de este nuevo ciclo. Para Brunner depende de la capacidad de la política gubernamental, en este caso de la conducción del gobierno de la Nueva Mayoría, que él cuestiona. En el caso de Ruiz, el arranque de un nuevo ciclo está supeditado a la construcción de una alianza social y política de transformación. Por su parte, Daniel Mansuy asume un orden pos-transición, aun “inestable” a la espera de un nuevo consenso político-intelectual. Para Herrera el cambio de ciclo, tal cual él define, queda demostrado en el desajuste entre las expectativas del pueblo y los límites de la institucionalidad.

En ellos, uno puede percatarse que la etapa pos-transición se origina desde distintos actores democráticos. Desde la sociedad, en el caso de Ruiz. Son los movimientos sociales, expresados en el malestar, los que desbordan el “molde” político actual. El nombre de su libro ya lo dice: “De nuevo la sociedad”. Desde lo político, en el caso de Brunner, es el gobierno el que promueve un nuevo ciclo y modelo pero que no se pudo concretar por factores exógenos y endógenos. En Herrera y Mansuy vemos un rol protagónico del mundo intelectual. Para Herrera falta una comprensión política capaz de dar cuenta del cambio de ciclo y para Mansuy el único que ha hablado del orden pos-transición ha sido Fernando Atria. Los gestores de la transición (Guzmán-Boeninger) quedaron estériles y en silencio cuando se atacó el legado de la Concertación.

Sobre Malestar, Clases Medias y Modernización, Ruiz cree que la experiencia neoliberal cambia las imágenes y representaciones sociales del siglo XX. Más que un “país de clase media”, como le gusta señalar a intelectuales cortesanos y medios de comunicación, el país tiene capas medias muy inseguras. Los individuos pierden crecientemente el control sobre la vida cotidiana. El Estado y las fuerzas empresariales son el gobierno definitivo de las vidas individuales aisladas. Estos sectores subalternos ya no son actores sociales sujetos de derechos.

Las movilizaciones del 2006 y 2011 se expanden hacia nuevas franjas sociales (los reclamos tradiciones universitarios se unen con nuevas demandas y estudiantes). El

ascenso social logrado en el acceso universitario (como destaca la Concertación) trae nuevas formas de exclusión y diferenciación. El 2006 es una muestra de malestar mesocrático y de conflicto social. Sobre la educación recae la demanda de dar certeza (otrora seguridad que daba Iglesia, partidos, etc). Esta inseguridad afecta la democracia en un sentido cultural: malestar con la política. No hay marco interpretativo ni proyecto. Subyace, ante esto, desencanto. La política no incorpora incertidumbres de la experiencia cotidiana. Individuos y familias actúan según oportunidades del mercado. Representación política no les da cabida. Ante los individuos hay una política que no produce identificación y estimula desidentificación que deviene malestar. Esta modernización conservadora (sin modernidad) supone una democracia política (restauración de libertades políticas) disociada de democratización social efectiva (que naturaliza el modelo social y económico).

La movilización del 2006, es desencanto con el desencanto. Refleja el conflicto social no por drasticidad sino que por la capacidad de involucrar otros ámbitos de la sociedad: cuestionamientos a la expansión mercantil, el rol del consumo y la privatización de los individuos. Ya no son las demandas clivaje-dictadura. El inicio del gobierno de Michelle Bachelet representaba expectativas de participación, equidad y renovación. Sin embargo, ella enfrentó conflictos sociales inéditos enfrentándolos con la misma respuesta clausurada de la política: respuesta tecnocrática que diluye diálogo social. De la sordera de los '90 se pasó a la mudez de la década del 2000. El apoyo al movimiento del 2006 demuestra la frustración con la elite por impedir el ascenso social y la inexistencia de la democracia. Pero además, no es menor mencionar que este malestar también tiene una expresión individual (baja inclinación a asociatividad), aparentemente contradictorio, convirtiéndose en un “coctel explosivo” en proceso de formación.

Se avizoran nuevas franjas medias: trabajadores subcontratados alegando por precarización del trabajo que no siguen modelo clásico laboral y sindical. La pobreza si bien se ha reducido, sigue siendo motivo de exclusión. En temas de género la mujer es víctima múltiple de desigualdad.

Por su parte, Brunner plantea que en Chile hay confusiones en torno al concepto de malestar pues no se logran distinguir sus diferentes niveles. El primer malestar son los que se pueden evidenciar en las encuestas de opinión pública. Dependen mucho de las políticas públicas y la conducción gubernamental. Lo que explica, para el caso de la Nueva Mayoría, el bajo apoyo en encuestas. Aquí hay que hacer notar que el malestar

expresado en encuestas se combina con el aumento de la satisfacción personal e individual, también caracterizado en estos sondeos de opinión. Si el primer malestar que identifica Brunner es el de los variantes “climas de opinión” sobre diferentes temas de coyuntura, el segundo malestar está en diálogo con la democracia. Se han ido acumulando estos malestares políticos causados por los escándalos entre dinero y política, por ejemplo. Están relacionados a la distribución del poder, la representación y participación de los ciudadanos en las decisiones y la legitimidad de éstas. El tercer nivel, relacionado con la cultura y el capitalismo, es intrínseco a las sociedades modernas y complejas como la nuestra. Tiene que ver con la forma de organizar la producción, el trabajo y los intercambios y la creación y pertenencia a símbolos. El cuarto malestar, del panóptico y los secretos públicos dice relación los secretos públicos y de poder. El límite entre lo público y lo privado, la utopía de la transparencia y la colonización de la esfera pública por parte de los medios de comunicación son algunos elementos de este malestar.

Sobre las clases medias, el sociólogo afirma que una de las mayores transformaciones del último tiempo ha sido el surgimiento de una nueva clase media, 150 mil profesionales y técnicos a la fuerza de trabajo por año, que valora el esfuerzo personal y se relaciona pragmáticamente con la política. La DC ha recogido tímidamente este malestar. Esta es una nueva expresión política en la NM. Probablemente el hecho político-cultural más importante desde la elección de Michelle Bachelet.

Para Mansuy, las elites que diseñaron el orden de la transición no fueron capaces de procesar el cambio al interior de la sociedad: clase media más exigente con sistema económico. Esa es una de las principales paradojas. La modernización chilena fue un proceso acelerado. En una generación el país cambió completamente. Este proceso se realizó casi exclusivamente desde el mercado donde antes habían operado otras lógicas. Aunque Chile aún conserva rasgos latinoamericanos y católicos enraizadas en la presencia más que en la despersonalización.

La modernización, en este caso, puede ser definida como pérdida de la unidad de las distintas dimensiones, por una continua diferenciación social y el despliegue de códigos y lenguajes de subsistemas diluyendo vínculos pre reflexivos. Así el hombre moderno recibe orientaciones múltiple e inestables ante nuestra modernización caracterizada por: 1) ausencia de la política (que articula la diversidad), 2) crisis de

sentido (final de existencia), 3) ausencia de fundamentos morales y económicos del sistema político y económico.

Herrera, fiel a su conceptualización de cambio de ciclo político, postula básicamente el desajuste entre las ideas y sentimientos con la organización e institución de Chile de los últimos 30 años. El malestar y el clamor por cambios responde a este desacople. Dados los avances económicos sociales y culturales aparecen nuevos anhelos y aspiraciones. Pero estos últimos, aún no son organización. Sin embargo la situación actual es un desajuste más que una revolución. El malestar no es un boicot general y los líderes de movimientos sociales parecen románticos, realizan gestos estéticos pero no toman riesgos, y se alimentan entre los que creen igual pero con poco diálogo con quienes no comparten su diagnóstico.

En torno a intelectuales y sectores ideológicos, para Ruiz, la renovación socialista es uno de los aspectos centrales de la ideología de la transición. Está integrada por mucho intelectual desvinculado de los procesos sociales subalternos por control tecnocrático de la transición. Posee redes y alianzas internacionales. Se basa en la conformación de <<círculo extra institucional del poder>> de curia eclesiástica, empresariado, conglomerados de medios de comunicación, cúpula castrense. Acceso privilegiado a la elite concertacionista (y socialista) que se desentiende de las bases. Se afianza más en democracia que en dictadura.

Fue una renovación en las alianzas políticas más que en el campo intelectual. Por tanto su objetivo fue la democratización política y no social. Supone un giro de concepciones marxistas a socialdemócratas (mal entendidas). Es un nuevo pensamiento en Democracia más que en Socialismo. Énfasis en Gramsci y no en Lenin. Pero incluso tienen una visión cuestionable de Gramsci. La Historia (y las bases populares) la ocupan como legitimación más que como fundamento. Se confronta su “renovado” ideario liberal con el nacional-popular, histórico del Partido Socialista. Con discurso socialdemócrata, de izquierda o al menos de centro, se trata de actitudes de derecha. Es imposible pensar el socialismo y la lucha anticapitalista desde ahí.

Uno de sus íconos es el intelectual cortesano. Su visión de sociedad es propagada por medios de comunicación. Muchos intelectuales de izquierda se esmeran en medir si los índices de pobreza crecen o no, pero no se dedican a descifrar los mecanismos concretos

que producen y reproducen esa pobreza. La visión burguesa de la política, entonces, se centra en los momentos de realización del poder y no en su formación.

Un socialismo democrático tiene que ir más allá del Estado y partido político. Propiciar la máxima expansión de la democracia popular organizada. No basta con creerse inmune a grupos dominantes por poseer verdades teóricas. Además debe contemplar que el conflicto social se ha diluido. Ya no gira en torno al sindicato, sino en el individuo. Por tanto, debe interpretar las viejas desigualdades (distribución del ingreso) y las nuevas (individuales).

Brunner cree que en las sociedades democráticas compiten (pero también se necesitan) políticos y técnicos. Éstos últimos son imprescindibles en los regímenes políticos. Son distintas las concepciones que se puedan tener de los tecnócratas: intelectual público, académico especializado en políticas públicas que ejerce influencia, technopol, tecnoburócrata y político-técnico.

El sociólogo propone analizar la política en dos dimensiones. Aquella instrumental (cargos y puestos), y la otra simbólica (dimensión cognitiva y de proyectos políticos). En Chile la disputa es en ambos sentidos, pero por sobre todo en la dimensión simbólica. Y en ese sentido se puede ver una escisión ideológica entre la tradición concertacionista y la de la Nueva Mayoría. Estas tensiones se expresan en diferentes capas: juicio sobre la transición, crecimiento económico, instituciones políticas, rol del Estado y del mundo privado, etc. Para Brunner habría un reemplazo de la elite concertacionista por una nueva elite de la Nueva Mayoría representada, en su momento, por los ex ministros Peñailillo y Arenas. Ante los sucesivos cambios de gabinete la tensión entre estas dos "almas" ha quedado más clara.

La Concertación se caracteriza por converger en familias socialdemócratas de tercera vía, mediante sus gobiernos impulsó un modelo de transición, desarrollo de país, acceso y participación y calidad de servicios sociales. A través de un instrumental de políticas públicas incluyendo mecanismos de cuasi mercado para asignación de subsidio público y focalización según la recomendación de organismos internacionales. La Nueva Mayoría es una alianza política articulada entre programa y liderazgo, no viene precedida por la convergencia de luchas, como la Concertación. Es una disputa por los medios sin racionalidad de fines. Sus conceptos van por una transición democrática que permitió modelo neoliberal que no da para más. Sin embargo no se trata de un marxismo neo

revolucionario y suponen un capitalismo humano con mercados estrechamente vigilados. Además cree en ideas fabianas, socialdemócratas, tercera vía, comunitarias, democracia social, escuela justa y derechos garantizados.

Brunner acusa a la elite de la Nueva Mayoría de plantear una “sociología ingenua” sobre las elites. Las confunden con clases sociales, plantean que actúa como bloque y, siempre, en beneficio de minorías. Para el sociólogo, la propuesta del progresismo educacional de la NM no tuvo beneficiario ni sujeto colectivo claro. Fue una tecnocracia negativa (acabar con sostenedores, contribuciones privadas, desmercantilizar) y antagónica a las clases medias.

Los desafíos de recomposición de la centro izquierda para Brunner está relacionado con la conformación de un nuevo bloque político-cultural que reúna un amplio arco de socialistas, socialdemócratas, comunitarios y liberales. Dicho conglomerado debiera hacer cargo del actual momento de las contradicciones culturales del capitalismo (relativo al tercer malestar). Buen resumen se encuentra en Laudato Si: crisis ecológica y cuestionamiento a capitalismo moderno y paradigma tecnocientífico. Se trata, también, del cuestionamiento a la capacidad creativa y destructiva del capitalismo y la modernidad: abusos de poder, erosión de la ética y sentido comunitario.

En América Latina se puede hablar de dos izquierdas. La socialdemócrata y la populista. Tienen diferencias en mediaciones institucionales, sociedad civil y personalidad del poder. Mientras que para Chile, Brunner ofrece un análisis de las constelaciones ideológicas-políticas actuales. El eje horizontal corresponde al de economía política (Estado y Mercados) y el vertical a la dimensión cultural (conservador y liberal), pero que por la coyuntura chilena debe ser redefinido durkheimianamente por un polo comunitario (solidaridad moral) u otro contractualista-individuación (solidaridad orgánica). Los partidos políticos pueden ser ubicados según dicho mapa. Sobre esto, el sociólogo complementa su perspectiva señalando que hoy existe una mala concepción de **centro político**. No es un intermedio unidimensional entre derecha e izquierda. Lo más cercano al centro político es la corriente reformista. Además, existe una nueva generación de **intelectuales públicos de derecha**. Son liberales que se anclan en la sociedad civil como fuente democrática, cambiando la concepción negativa de libertad.

Para Mansuy, la crisis actual es de narración, es decir, se trata de un problema intelectual. Esto significa que una orientación política supone no estar tan alejado de las

opiniones y percepciones de ciudadanos. Estadística es insumo pero no es suficiente. El lenguaje propiamente político es desplazado por otros: el técnico, profético o jurídico, por ejemplo. Por tanto se trata de ensayar un mapa para orientarse. Resulta que la transición no supo consolidarse políticamente y terminó aceptando la neutralización de la política. Nadie quiso hacerse cargo de la transición. Así como hubo quienes diseñaron el “orden de la transición”, Fernando Atria es de los primeros en proponer, de manera integral, un orden pos-transición.

Una comprensión actual requiere de un análisis multiforme y hacerse cargo del concepto de modernización: continua diferenciación social en función de un acelerado desarrollo técnico que desintegra lo que antes estuvo unido. Reaccionarios, críticos o complacientes postulan sus propias argumentaciones. Para Mansuy la cuarta alternativa es apoyarse en Berger, Luckmann y Tocqueville. Ellos proponen que la principal dificultad de la modernización es la crisis de sentido: El hombre moderno recibe orientaciones múltiples y contradictorias provenientes de subsistemas diferenciados de nuestra vida.

Ante esto cabe profundizar que nuestra modernización fue particular: acelerada y desde el mercado privilegiadamente. Aunque sigue teniendo el tinte católico sobre la “presencia”. Así pensar nuestra modernización supone hacerse cargo de los “Nudos problemáticos”: ausencia de política (articular diversos intereses humanos), crisis de sentido y fundamentos morales del orden político y económico.

Uno de los desafíos principales de Mansuy es el de desarrollar una auténtica subsidiariedad, es decir, fortalecer las comunidades intermedias: es antídoto para las patologías de la modernidad. Lo público emerge de la diversidad de lo humano, a partir de lo cual es posible crear y recrear un mundo común y compartido encontrándonos desde nuestras diferencias.

Atria intenta elaborar un dispositivo intelectual que pueda reemplazar el esquema de Jaime Guzmán. Específicamente quiere reemplazar el paradigma neoliberal por el “régimen de lo público”, extirpando el egoísmo genuino del neoliberalismo, pues la realización humana es necesariamente recíproca. Para Mansuy, Atria se equivoca al asumir que la sociedad civil (y por tanto las comunidades intermedias) se articula en torno al autointerés particular, mientras que el Estado permite acceder a lo universal.

Mansuy repara que los esfuerzos intelectuales de la derecha el último tiempo han utilizado una concepción equivocada de la especificidad de lo político: ella no sería más que una extensión de la economía por lo que basta aplicar con instrumentos de dicha disciplina. Además, subestiman la importancia de poner atención a las desilusiones y malestar. Si la derecha carece de discurso de futuro, es porque ha reflexionado poco sobre su pasado.

Herrera es claro en señalar en la necesidad de una comprensión política evitando simplificaciones y el silencio, pues produce esterilidad política. Tanto la izquierda como la derecha han carecido de esta comprensión política: a la derecha le falta, a la izquierda le sobra relato. Tras la muerte de Guzmán y con las siete alteraciones identificadas, la UDI y la derecha se hallan carentes de un relato válido para el momento presente. Sin embargo, durante el siglo XIX y parte importante del XX la derecha mantuvo una participación fundamental en el mundo académico e intelectual.

Una de las principales falencias de la derecha es la ausencia de conciencia sobre su propia historia del pensamiento intelectual del sector. Además ha disminuido su presencia en estructuras de poder legítimas (sindicatos y poblaciones). Una historia intelectual de la derecha, como es el esfuerzo de Herrera, identifica cuatro tradiciones, las cuales coinciden con otras tendencias del sector a nivel occidental. A veces las tradiciones son aliadas, otras tantas se distancian. Las tradiciones son ordenadas desde el eje liberal/no liberal y, por otro, el eje cristiano/laico. De esta manera se reconocen cuatro proyectos: nacional-popular, socialcristiano, religioso liberal y liberal laico.

Herrera realiza un análisis con las principales ideas de intelectuales de tres de las cuatro tradiciones. De la nacional-popular con Francisco Antonio Encina y Alberto Edwards, de la social-cristiana con Mario Góngora y la vertiente religiosa-liberal con Jaime Guzmán. Para Herrera estos autores, junto a muchos otros, han dotado a la derecha de comprensión política durante el siglo XIX y XX.

b. Volviendo al Marco Teórico

Dado la provocación intelectual que ofrece el marco teórico y conceptual utilizado en esta investigación creemos importante generar conversación, encuentros y confrontaciones, con el análisis categorial realizado. Es decir, ¿qué elementos, respuestas y/o preguntas, examinadas en el marco teórico, confirman y/o colisionan con las afirmaciones realizadas en nuestros textos analizados?

En primer lugar, parece pertinente volver a la aclaración analítica que ofrece Brunner sobre los políticos y tecnócratas. Para él los primeros, compiten por la legitimidad del voto y la representación popular, mientras el tecnócrata es aquel “monopoliza” el saber experto. Éstos últimos otorgan legitimidad, efectividad y eficacia a los gobiernos. Siempre han existido y desde la etapa moderna acentúan su presencia por los procesos de racionalización, intelectualización y burocratización.

Para él son seis los tipos de tecnócratas que pueden existir:

Tabla N° 4: Tipos de tecnócratas según Brunner

Nombre	Características
Intelectual Público	Tánatos dentro de la polis
Académico especializado	Conocimiento experto en políticas públicas para ejercer influencia. Ejemplo: Eduardo Engel
Tecnócrata	Sirve o critica el poder
Technopol	Ingresa a política por capital experto. Edgardo Boeninger
Tecnoburócrata	Permanente en posiciones superiores del Estado
Político-Técnico	Persona de poder (y partido) que actúa con enfoque ingenieril en acción pública

Fuente: Brunner, 2016.

Creemos que los dos primeros tipos ideales recién expuestos concuerdan con los intelectuales analizados en este trabajo. El intelectual público, que incluso, en el marco

teórico fue catalogado de la misma manera. Y también, creemos que en el caso de Brunner, además de ser intelectual público cumple roles como académico especializado. De hecho en varias páginas de su libro desarrolla argumentadamente análisis en materiales educacionales, tarea que realiza habitualmente en la plaza pública, ya sea universitariamente o como columnista estable del diario El Mercurio.

Es lamentable que una propuesta analítica de esta envergadura no sea profundizada por el autor. Mientras en la Real Academia Española define tánato como muerte, Tánatos es la personificación de la muerte sin violencia. En la psicología freudiana el tánatos es la pulsión de muerte, antónima del eros, pulsión de vida. Con estos recursos *amateur* no podemos desarrollar una perspectiva sólida para entender a un intelectual público como tánatos de la esfera pública. Entonces, como refiere nuestro marco teórico, si Burawoy (2005) define al intelectual público como aquel que escribe en medios de comunicación pero que además interactúa orgánicamente con públicos (y actores sociales) y, Bernasconi y Ariztía (2012) ponen el acento en la capacidad de impacto de las intervenciones en lo público, Brunner añade el carácter “tánático” del intelectual público, que libremente puede ser asociado al conflicto y criticidad que puede ejercer en el espacio público, es decir una perspectiva crítica, ya descrita por Burawoy, en tanto “abogado del “diablo”, heredero de la pureza teórico y epistemológica de la producción teórica-conceptual o, simplemente, con un propósito reflexivo y más que práctico.

En segundo lugar llama la atención el desencuentro entre Garretón (2015) y Herrera (2016). El primero postula la ausencia de una intelectualidad de derecha o conservadora de raigambre pública, lo que demuestra, además la falta de proyecto histórico de la derecha. Serían, a razón del sociólogo, los “Chicago Boys” aquellos que, por primera vez, dotaron de sentido político un proyecto de sociedad más allá del *status quo*. Herrera, por su parte, reconoce cuatro tradiciones de pensamiento en la derecha. Para el filósofo en el siglo XIX, la derecha se nutrió de conservadores (Cifuentes, Rodríguez) y liberales (Lastarria, Barros Arana, Vicuña Mackenna), en el siglo XX hay dos nuevas vertientes: la socialcristiana (Juan Enrique Concha y Mario Góngora) y la nacional-popular (Francisco Antonio Encina, Luis Galdames y Alberto Edwards, los tres activos en política). Hay que decir, sí, que estos grupos redujeron su influencia bajo el régimen militar y donde se emprende el predominio del neoliberalismo en su versión laica y cristiana.

Por tanto, si para Garretón la historia intelectual de la derecha comienza en la segunda mitad del siglo XX, para Herrera ésta ya se había iniciado en el siglo anterior. Garretón sugiere que Mario Góngora, desde la historia, es una excepción a este fenómeno histórico. Góngora, precisamente, es uno de los pensadores que Herrera define entre los que han aportado en la historia intelectual de la derecha. Garretón es enfático en señalar que antes, las apuestas intelectuales y políticas de la derecha eran meras defensas del *status quo*. Habría que dedicar otra tesis de magíster, quizás, a dilucidar si esta hipótesis tiene asidero con la recopilación que Herrera, y otros más, han realizado.

Llama la atención que los dos autores de derecha analizados abogan por una comprensión política de la situación actual. Es decir, acusan que otros tipos de comprensiones han “colonizado” la discusión en la derecha. Estas son mayoritariamente las de carácter económico y coyunturales al contexto de política gubernamental. El rumbo de la derecha, que aclama por una interpretación política del Chile actual, evidencia la necesidad del sector por contar con más herramientas cognitivas.

Siguiendo Ariztía y Bernasconi (2012) parece interesante confirmar algunas características que ellos esgrimen según el tipo de intelectualidad pública y relato presente en nuestro país. En los cuatro autores vemos reflejados que: 1) la narrativa es de ensayo-crónica con análisis incompleto; 2) producen historicidad; 6) la narrativa misma es contiene el carácter performativo del relato. Vemos que en Mansuy, Ruiz y Brunner hay un 3) énfasis en la noción de modernidad y modernización. Finalmente, es en Brunner, donde vemos el total de las características señaladas, pues en su texto también aparece: 4) componente testimoniales y generacionales; 5) auto-reflexión sobre el papel de los intelectuales; 7) el autor tiene rol central por haber sido protagonista de la historia reciente del país¹⁵.

Parece oportuno, además, precisar que para nuevas investigaciones sobre interpretaciones intelectuales se requiere desarrollar una construcción conceptual más amplia y fina acerca de las diferencias y similitudes entre relatos e interpretaciones. Pues en esta investigación ambos términos se entrecruzaron sin mediar mayor distinción. Siguiendo con la idea de la construcción simbólica del tiempo podemos decir que las interpretaciones provienen, principalmente, de marcos intelectuales que intentan explicar

¹⁵ Puede ser de perogrullo aclarar que esta clasificación desarrollada por Ariztía y Bernasconi fue producida luego del análisis de cuatro sociólogos públicos durante 1990, entre ellos el mismo José Joaquín Brunner.

el pasado (relativamente cercano) mientras el relato tiene un componente de futuro que no hay que desmerecer. En segundo lugar, las interpretaciones suelen ser más profundas, con distintas capas y superficies. Por su parte el relato parece ser algo menos complejo y más secuencial, sobre todo el momento del *marketing*. Sin embargo un relato, sobre todo político e intelectual sí posee más capas y definiciones cuidadas y detalladamente justificadas.

Por último, nos parece, importante destacar los cinco desafíos identificados por Lechner (2007) en el marco teórico: 1) complejización del debate sobre globalización; 2) fortalecimiento de auto reflexividad de la sociedad democrática; 3) pérdida de inteligibilidad y erosión de códigos interpretativos y deliberativos; 4) promoción de sociedad de mercado en desmedro de sociedad estadocéntrica, 5) necesidad por abordar marco institucional del circuito intelectual.

Nos parece que el segundo y tercer desafío sirven para catalogar el esfuerzo que esta tesis y la producción intelectual de los autores han hecho. Pues ante la erosión de símbolos comunes y debilitamiento de la deliberación ciudadana existe una preocupación por aumentar la auto reflexividad de la sociedad y su desarrollo democrático. Como se mencionaba desde el comienzo, estos dos desafíos podemos clasificarlos dentro del grupo de aquellos que pertenecen a los cambios sociales en curso, quedando cojo el cuestionamiento pormenorizado que se puede hacer sobre el ambiente intelectual propiamente tal.

En síntesis, conforme al marco teórico elaborado podemos decir que esta investigación ha trabajado en torno al intelectual público, en tanto tánatos de la *polis*, poniendo su foco en la profundización del país ante la falta de códigos interpretativos y comprensión política, llamando la atención por la extensión histórica de la pensamiento intelectual de derecha.

c. Comentarios finales sobre cultura y política

Volviendo a la motivación inicial de este informe podemos ofrecer reflexiones finales desde dos perspectivas. Una más intelectual, quizás sociológica. La segunda claramente política. Si bien están de la mano parece importante distinguirlas.

En primer lugar, como hemos insistido, nos interesa enmarcar la comunicación política dentro del diálogo entre cultura y política. Esto significa entender que la relación

entre estos dos (sub) sistemas es contingente e histórica: por tanto cambia, se estabilizan, etc. La teoría sociológica de la diferenciación funcional permite advertir que aquello que aglutinaba cultural y políticamente antes, ahora no lo hace. Esta secularización “amplia”, es decir, la conformación plural del poder y del sistema de valores, necesita más oxigenación que la rutina y costumbre que antes podía tener la referencia religiosa, política, etc.

Por tanto esta tesis sobre las interpretaciones intelectuales, con pretensión (más o menos intencionada) de relato sobre la nueva etapa política, es una propuesta por ensayar la interacción entre comunicación y política, cultura y política. Sabemos que hay otras formas culturales de la comunicación política: partidos políticos, medios de comunicación, etc. Creemos que estas interpretaciones y relatos intelectuales interactúan con los actores recién mencionados. Pero sobre esto no ha tratado esta investigación.

A la vez, y para dar paso a la segunda reflexión, es necesario proveer de algunas conclusiones para la acción política. El aporte político que una investigación como esta realiza es la de relevar la dimensión simbólica y cultural de la política. Y es desde una perspectiva política que me gustaría plantear los siguientes tres desafíos para una acción colectiva. El primero es sobre uso de las ciencias sociales, el segundo sobre el posicionamiento ético ante la historia y, en tercer lugar, la apuesta en cultura política (Cifuentes, 2017).

En primer lugar, cualquier acción colectiva que se quiera emprender requiere contar con diagnósticos sociológicos certeros y políticamente sinceros. No por una buena interpretación del intelectual de turno se hará buena política. Se necesita de una buena dosis de realismo político. Para gobiernos reformistas esta tarea se pone cuesta arriba cada vez que las transformaciones en curso se deslegitiman por razones técnicas y/o descalificaciones del adversario. Asimismo, los diagnósticos que se ofrecen deben contener una sana distancia de las propias aspiraciones de quien las realiza. Por ejemplo, es peligroso suponer que los “indignados” y “abusados” pertenecen a “nuestro” sector político. Más bien, éstos se dividen entre las distintas fuerzas políticas del país. No son patrimonio ni de izquierdas, ni derechas.

En segundo lugar, no hay que dar por obvias las buenas intenciones. Una política que impulsa el cambio social no puede caer en la concepción religiosa de la política, esto es, suponer que el curso de la Historia y el Destino está de su parte por tanto quien se

oponga a esto es “malo”, “traidor” o “inconsciente”. Me temo que la acción de persuadir e influir en los demás, sobre todo, en aquellos que no piensan como nosotros, está subvalorada. No se trata de abdicar a los postulados del contrincante, sino, precisamente, encontrar buenos fundamentos en su punto de vista y concordar en los comunes pues entendemos que estamos en una sociedad pluralista donde nadie tiene la verdad absoluta. En casos tales como la elección de Donald Trump para presidente de Estados Unidos, la salida del Reino Unido de la Unión Europea o el resultado negativo al plebiscito por la paz en Colombia, parece haber una sensación, desde el mundo “progresista” que quienes propiciaron estas mayorías están enajenados, o no comprendieron todo lo que estaba en juego. Creo que para enjuiciar las opiniones electorales de los ciudadanos, por más erróneas que uno crea que puedan estar, se requiere más matices, apertura y diálogo.

Finalmente, los desafíos culturales para la acción política y colectiva pueden ser separados en dos. Por un lado se trata de rehabilitar las comunidades intermedias y, en segundo lugar, esbozar la elaboración de un relato y narrativa país. En primer lugar, se trata de fortalecer y fomentar las asociaciones intermedias (familia, barrio, comunidad escolar, club deportivo, junta de vecinos, parroquia, sindicato) pues proveen sentido a las personas que las componen. Son un antídoto potente a patologías de la modernidad (ausencia de sentido existencial del individuo con la marcha de la sociedad). Estas asociaciones dotan de sentido y encuentro intersubjetivo. El Estado y el mercado deben respetarlas y promoverlas (Mansuy, 2016). Los partidos, que han perdido espacios en la sociedad, deben volcarse a la ciudadanía descuidando su afanes meramente electorales y de captación de nuevos cuadros, para “empaparse” de sentido común y perder, por algunos momentos, la discusión partidista e instrumental que suele ser especializada y alejar a la “gente de a pie”.

El desafío de la dimensión simbólica y cultural de la política radica en la elaboración de un nuevo relato y narrativa a nivel país. Esto supone un lenguaje propiamente político que pueda articular, mediar y jerarquizar las aspiraciones de los distintos sectores de la sociedad. Precisamente en el último tiempo la ausencia de políticos ha sido aprovechada por otros actores democráticos como lo son los periodistas, empresarios, jueces y voceros de movimientos sociales. Un “relato” debe ser capaz de trazar horizontes de futuro (entre la utopía que orienta y las posibilidades reales que se prometan), unificando las identidades y biografías individuales con los macro sistemas

que operan en la sociedad (Güell, 2009). Como hemos dicho, según Garretón (2015), las interpretaciones de la sociedad en términos de malestar, clases medias emergentes, desconfianza de la política e instituciones no dan cuenta del problema de fondo: la ausencia de un relato y un proyecto de nuestra sociedad después de la dictadura y la consolidación de una democracia incompleta.

6. Referencias Bibliográficas

- Arancibia, J. P. (2006). *Comunicación Política. Fragmentos para una genealogía de la mediatización en Chile*. Santiago: Universidad Arcis.
- Ariztía, T. y Bernasconi, O. (2012). "Sociologías públicas y la producción del cambio social en el Chile de los noventa". En *Produciendo lo social. Uso de las ciencias sociales en el Chile reciente*" (ed. Ariztía, T.). Santiago: Universidad Diego Portales. pp. 133-163
- Bernasconi, O. (2011, septiembre-diciembre). Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. *Revista Acta Sociológica*, Núm. 56, pp. 9-36
- Bobbio, N. (1998 [1993]). *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós
- Bourdieu, Pierre (2010 [1996]). *Sobre la Televisión*. Barcelona: Anagrama.
- Brunner, J. J. y Flisfisch, Á. (1983). *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Santiago: FLACSO.
- Brunner, J.J. (1998a, primavera). "Malestar en la sociedad chilena: ¿De qué, exactamente, estamos hablando?". *Estudios Públicos*. 72. pp. 173-198.
- Brunner, J.J. (1998b). "Apuntes sobre el malestar a la modernidad: ¿transfiguración neo-conversadora del pensamiento progresista?". Sin información. Obtenido el 11 de diciembre de 2017 en: http://200.6.99.248/~bru487cl/files/Malestar_neocon1998.pdf
- Brunner, J. J. (2016). *Nueva Mayoría. Fin de una ilusión*. Santiago: Ediciones B.
- Burawoy, M. (2005). "Por una sociología pública". *Política y Sociedad*. Vol. 42. Núm. 1. pp. 197-225.

- Cifuentes, J. (2017) Recuperar la dimensión simbólica y cultural de la política: Apuntes para la pos-transición. *¿Qué Políticas Públicas para Chile? Propuestas y desafíos para mejorar nuestra democracia* (eds. Cifuentes, J., Pérez, C., Rivera, S.). Santiago: Centro de Estudios del Desarrollo.
- Cordero, R. y Marín, C. (2009). “Medios masivos, opinión pública y transformaciones de la democracia”. *La sociedad de la opinión* (ed. Cordero, R.). Santiago: Universidad Diego Portales.
- Eyal, G. y Bucholz, L. (2010). “From the Sociology of Intellectuals to the Sociology of Interventions”. *Annual Review of Sociology*, Núm. 36. pp. 117-137
- Erluj, E (17 de noviembre de 2017). “Del intelectual público al líder de opinión”. *Revista Santiago*. Recuperado de <http://revistasantiago.cl/del-intelectual-publico-al-lider-de-opinion/>
- Ferry, J-M. y Wolton, D. (1998 [1989]). *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- Funk, R. (2011). “El relato político en el primer año del gobierno de Piñera”. *Revista de Ciencia Política*. Vol. 49, Núm 2. Pp. 151-159.
- Garretón, M. A. (2010). “Fin de ciclo y perspectivas de centroizquierda”. En *Ideas para Chile. Aportes para la centroizquierda* (ed. Clarisa Hardy). Santiago: LOM. pp. 225-242.
- Garretón, M. A. (2015). “Reflexiones sobre ciencias sociales, mundo intelectual y debate sobre el relato de la sociedad chilena”. *Revista Anales*, Séptima Serie N°9.
- Güell, Pedro (2009). “En Chile el futuro se hizo pasado: ¿y ahora cuál futuro? Ensayo sobre la construcción simbólica del tiempo político”. En *El Chile que viene. De dónde venimos, dónde estamos y dónde vamos*. Santiago: Universidad Diego Portales: Santiago. pp. 17-37

- Herrera, H. (2014). *La derecha en la crisis del Bicentenario*. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Hidalgo, P. (2013 [2011]). *El ciclo político de la Concertación*. Santiago: Uqbar.
- Lechner, N. (1984). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago: FLACSO
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM.
- Lechner, N. (2007 [1997]). "Intelectuales y política: nuevos contextos y nuevos desafíos". En *Obras escogidas 2*. Santiago: LOM.
- Manin, P. (2006). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- Mansuy, D. (2016). *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición*. Santiago: Instituto de Estudios del Sociedad (IES).
- Micco, S. (2014). *La política sin los intelectuales. De la deserción al reencuentro*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Ottone, E. (2014). "Conferencia: Cambio de Ciclo Político". En *Revista Estudios Públicos*, Núm. 134. pp. 169-185.
- Ramos, C. (2012a). Proyecto FONDECYT N° 1121124: Datos y relatos científicos que dan forma a la realidad social de Chile: Estudio de los entrelazamientos constructivos y performativos de la ciencia social.
- Ramos, C. (2012b). "Investigación científica y performatividad social: el caso del PNUD en Chile. En *Produciendo lo social* (ed. Ariztía, T.). Santiago: Universidad Diego Portales. pp. 219-252.
- Ruiz, C. (2013). "Antonio Gramsci: Elementos fundamentales de su pensamiento". Presentación Escuela Eugenio González Rojas. Sin información. Obtenido el 11 de

diciembre de 2017 en: https://www.youtube.com/watch?v=yp9N_LNKP_A

- Ruiz, C. (2015). *De nuevo la sociedad*. Santiago: LOM / Nodo XXI.
- Sartori, G. (2008). *Homo videns, la sociedad teledirigida*. Madrid: Alianza.

Referencias de Prensa

- El Mercurio (2017, octubre 15). Los libros que ayudan a iluminar el Chile de hoy. *El Mercurio, sección Artes y Letras*. pp. 2-3
- El Mostrador (2017, abril 4). Frente Amplio: la prueba de fuego de Carlos Ruiz, el intelectual clave de la izquierda extra-Concertación. *El Mostrador*. Recuperado de: <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2017/04/04/frente-amplio-la-prueba-de-fuego-de-carlos-ruiz-el-intelectual-clave-de-la-izquierda-extra-concertacion/>
- La Tercera (2017a, febrero 2). La avanzada intelectual de la centroderecha. Recuperado de: <http://www.latercera.com/noticia/la-avanzada-intelectual-la-centroderecha/>
- La Tercera (2017b, junio 23). Daniel Mansuy y Carlos Ruiz: Un cruce de fuego amigable. *La Tercera*. Recuperado de: <http://www.latercera.com/noticia/daniel-mansuy-carlos-ruiz-cruce-fuego-amigable/>